LA MAREA

Cristina Gumuzio Irala

Capítulo 1

LA MAREA

CRISTINA GUMUZIO IRALA

Las Arenas, septiembre 2019

Este libro está dedicado a mi familia.

A mis padres y a mis tres hermanos; Carlos, Tere y Ana.

A mi marido, Rafa, y a mis hijas; Natalia, María y Ana.

A mis sobrinos, cuñados, primos...

A mis sobrinos nietos; Naia, Mariana, Iñigo y José María.

A mis amigos de siempre.

Y, cómo no, a mis fieles lectores. Entre ellos, en especial, a mí tía Elena.

AGRADECIMIENTOS

A María, mi segunda hija, la primera que ha leído y corregido la novela.

A mi hermana Ana, Rafa, Ana Rodríguez y Enrique Aramburu lectores beta. En especial a Ana Arambarri, parte de mi familia en Madrid. Los seis han aportado su valioso punto de vista.

A Jose Zugadi, ingeniero industrial y antiguo profesor particular de mis hijas. Por su ayuda al explicarme conceptos físicos necesarios para construir parte de la trama.

NOTA DE LA AUTORA

En los inicios, no fuimos conscientes de la magnitud del problema. Solo vimos lo positivo. Nos encontrábamos a las orillas de un mar infinito de información y no valoramos la marea, ni el oleaje, ni la corriente que podría arrastrarnos. Hoy, sin embargo, sabemos que es tarde. Nos encontramos a la deriva, mar adentro.

CAPÍTULO I

KENT

La noche de mi regreso, Londres se encontraba envuelta en una estruenda tormenta y me recibió con la climatología anormal que imperaba en todo el planeta debido al cambio climático; la temperatura había subido a unos niveles alarmantes.

Mi querido padre, David Greavy, solía contar que, en su infancia, el mes de febrero era lluvioso y frío. Esa noche, sin embargo, la temperatura rondaba los treinta grados. El viento soplaba fuerte y racheado. Por dos veces el piloto tuvo que abortar el aterrizaje lo que provocó la histeria entre los pasajeros. Yo me encontraba en estado de shock, por las noticias de lo que había sucedido a mis padres, y no era capaz de sentir nada más allá de mi angustia. Las palabras del agente de policía, las de Jeff, mi jefe directo, ordenando a su secretaria que me reservase un billete en el primer vuelo con destino a Londres, repiqueteaban en mi cabeza.

Antes de salir de la terminal, acerqué la boca al chip que tenía insertado bajo la piel de la muñeca y solicité un coche de alquiler.

El viaje a Dover me llevó una hora larga. Conducía despacio. La visibilidad era baja debido a la densa niebla que entraba desde la costa y las lágrimas que brotaban incontenibles, empañando mis ojos.

Detuve el coche frente a la entrada a casa y permanecí inmóvil mientras veía la fachada del que había sido mi hogar. Los ladridos de Dune, desde el interior me obligaron a reaccionar. Abrí la puerta, el perro se coló entre mis piernas. Saltaba y gemía como si llevase años esperando mi llegada. Me tiré al suelo y la estrujé entre mis brazos. Permanecimos abrazadas entre besos, caricias y lametazos.

Dejé el equipaje en la entrada, evitando mirar a mí alrededor. Seguí a Dune hasta la cocina. Se había detenido delante de sus cuencos vacíos. Los rellené con agua y comida y retiré los restos de orina y heces que había en una esquina.

Acto seguido volví sobre mis pasos y entré en el salón. Era evidente que nadie había estado allí desde lo ocurrido. Ni siquiera Hermione, la asistenta que llevaba años trabajando en la casa. Los sofás guardaban la huella del cuerpo de mis padres y sobre la mesa había un plato con restos de sopa de letras, una taza de té medio llena, un trozo de queso

mordisqueado y mondaduras de naranja. La escena me hizo pensar que algo les había hecho salir precipitadamente de la casa. Mis padres eran extremadamente cuidadosos y ordenados. De haber podido evitarlo, habrían dejado todo recogido. No toqué nada, la policía me había advertido de que no debía hacerlo.

Dune se subió al sofá. Se tumbó y apoyó la cabeza sobre el cojín de cuadros rojos y verdes que utilizaba mi padre cuando echaba la siesta. Los ojos de la perra, con su mirada triste, parecían preguntarme dónde estaban sus dueños. Me acomodé en la hamaca de mimbre, al lado de la chimenea. Era mi favorita. En ella me mecía mientras veía la televisión y miraba el fuego. Fue quizás ese lugar el que hizo desatar en mí la desesperación y un llanto incontenible se abrió paso precipitadamente.

El día anterior, cuando me encontraba en las oficinas del departamento de informática estatal de Nueva York, donde trabajaba desde hacía cinco meses, recibí una llamada de la policía local de Dover. El agente me comunicó que mis padres habían tenido un accidente en la carretera de la costa. El vehículo que conducía mi padre había embestido a otro. Se desconocían las causas, la investigación estaba en curso, pero lo importante era que mis padres habían fallecido en el acto. El impacto de la noticia fue tan devastador que no alcancé a preguntarle si había más víctimas. Simplemente le di las gracias anunciando que viajaría en el primer avión.

Cuando colgué el teléfono, Jeff que había permanecido todo ese tiempo a mi lado me interrogó con la mirada. Después pidió a Marianne, su secretaria, que se encargase de mi reserva.

A los veintitrés años, por mucho que tuviera un expediente académico brillante, comprendí que mi mundo emocional estaba aún en pañales. Cuando llegué a Nueva York fui consciente de todos los problemas que tenía para relacionarme. Había vivido en una burbuja, en la que mis padres habían cuidado que no se colara la realidad. En ese momento supe que estaba sola, ellos habían muerto.

Acurrucada junto a Dune, el dolor se fue abriendo paso. La niña que había sido se desgarraba en medio de aquel salón vacío sin la presencia de los seres que más había querido. Apagué la luz y cerré los ojos. Dune saltó a mi regazo. La abrace y la calidez de su cuerpo hizo que me durmiera.

Me desperté con la luz del amanecer sintiendo dolor por todo el cuerpo. Dune gemía en la entrada. Trastabillando me acerque para abrirle la puerta. Salió corriendo.

Cogí el equipaje y subí las escaleras. Pase de puntillas por delante de la puerta entreabierta de la habitación de mis padres, pero no entré. Fui a

mi habitación. Necesitaba darme una ducha, el día iba a ser difícil. Envuelta en la toalla, me tumbé unos segundos sobre la cama. Olía al jabón que se utilizaba en casa para lavar la ropa blanca. Su profundo aroma me trasladó al calor de mi infancia.

De pronto, me pareció escuchar un leve pitido. Entré en la habitación de mis padres. Las dos camas estaban intactas, la colcha perfectamente estirada, los almohadones ahuecados. No me explicaba por qué habrían salido después de cenar, no era habitual en ellos, y además en pijama. La ropa que habían utilizado durante el día estaba en el cesto de la lavadora y los pijamas no se encontraban bajo la almohada. Supuse que algo grave les habría ocurrido.

Papá se pasaba la vida criticando la falta de comunicación entre las personas, la soledad que los embargaba. Sin embargo, vivía una contradicción. Los dos teletrabajaban en casa y yo estudiaba de forma telemática. Hasta que ingresé en la universidad, solo acudí al colegio para asistir a las actividades formativas que lo requerían. Decía que era peligroso exponerse en grupo por las infecciones que asolaban el planeta.

Nunca los vi preocupados por el dinero. No nos faltaba de nada. Al terminar la escuela, me enviaron a estudiar la carrera de ingeniería informática a la universidad de Oxford. Ésta fue mi primera experiencia con la separación. Mi actitud solitaria y poco comunicativa me llevaba a ansiar las etapas de vacaciones para volver a casa. No hice muchas amistades en el campus. La carga de trabajo era intensa y me dedicaba a fondo.

Al finalizar el último curso, mi tutor me comunicó que el Departamento Estatal de Informática de Estados Unidos había mostrado interés por mi expediente. Me ofrecía realizar allí los dos años de aprendizaje. La noticia me asustó, contesté que lo pensaría. Nunca había salido de Inglaterra y me aterraba alejarme de mi familia. El profesor no tuvo en cuenta mi respuesta y se puso en contacto con mi padre: el resultado fue innegociable. Papá me obligó a aceptar.

El pitido que había escuchado procedía del aparato de mensajería que tenía mamá sobre la mesilla. Pulsé la tecla; había una llamada de tía Mary. La llamaría más tarde. Me costaba hablar de lo ocurrido.

Bajé a la cocina. Dune me seguía silenciosa en cada movimiento. Encendí la hervidora y cogí la cajita donde se guardaban las infusiones de té. En la despensa encontré la galletera bien surtida con las que más nos gustaban a los tres; de semillas de cereal y mantequilla. Puse todo sobre una bandeja y me dirigí al salón. Por unos segundos dudé dónde sentarme, lo hice en el sofá. Mi cuerpo encajó perfectamente con la huella que había dejado en los cojines el cuerpo de mi padre. Me incorporé e hice lo mismo sobre la huella donde se había sentado mi madre. Entonces dejé de sentir

miedo, los dos se encontraban junto a mí. Cerré los ojos y les prometí que iba a ser fuerte.

Envuelta en esa profunda emoción, recordé los fines de semana que pasábamos los tres juntos cuando íbamos de excursión por los alrededores o visitábamos a algún familiar que vivía en el condado de Kent. Los que no salíamos, nos quedábamos tan felices en nuestro jardín, trabajando en el pequeño huerto. Siempre había algo que plantar, recortar, sembrar, arrancar… Mi padre decía que debíamos tratar de vivir lo más cerca posible de la naturaleza. Eso sí que lo recuerdo bien. Repetía que la tecnología estaba acabando con la esencia del ser humano, despojándolo de su más profunda humanidad. Insistía en que había que llevar una vida natural, como la que ellos habían conocido cuando eran jóvenes. Antes de marcharme a Nueva York, me hizo prometer que nunca me dejaría arrastrar por la marea.

El día del accidente hablé con ellos en dos ocasiones. Si algo les hubiese preocupado, me lo habrían hecho saber. O eso quise creer. En unas horas tendría más información. Por el agente de policía sabía que mis padres habían fallecido al estrellarse el coche en el que viajaban contra el guardarraíl de la autovía.

Solicité la hora al chip que llevaba insertado bajo la piel de la muñeca. Faltaban tres horas para la cita que tenía con la policía en el hospital. Cogí la correa y silbé a Dune para que subiese al coche. Conduje por la carretera de la costa. Al pasar cerca del lugar del accidente, todavía había restos de la valla rota. Se me saltaron las lágrimas.

Detuve el coche en una zona de descanso. Me fascinaban las llamativas fachadas de color blanco de los acantilados. Recordé lo que me gustaba coger el ferry para ir a Calais, las historias que me contaba papá sobre los numerosos y extensos túneles secretos. La suave brisa del mar y el color azulado del agua relajaron mi mente, insuflándome energía.

CAPÍTULO II

DESPEDIDAS

A pesar de que la temperatura era elevada, entré tiritando de frío en el hospital. En la recepción, dos agentes de policía salieron a mi encuentro. El mayor, el agente Richard, tenía un aspecto bonachón. El otro, más joven y tenía una mirada nerviosa y viva. Se quitaron varias veces la palabra, tratando de explicarme lo sucedido.

—Le doy mis condolencias —dijo el agente Richard mirándome con compasión—. Debemos bajar al depósito de cadáveres.

—Claro, claro —contesté balbuceante.

Un nudo me atoraba la garganta, tenía la boca reseca y mi cuerpo desprendía angustia, como si de un momento a otro se fuese a descomponer. Seguí a los agentes como un autómata por un pasillo, sin sentir las piernas hasta que llegamos a unas escaleras de caracol que conducían al sótano.

La estancia era enorme. En el centro de la sala había varias mesas de acero inoxidable, alineadas. Me sentí en medio de un sueño, más bien en una pesadilla. Nada me parecía real.

Cuando llegó el médico forense, el agente Richard le entregó una orden y éste hizo una seña a los auxiliares para que trajeran los cuerpos de mis padres. Cerré los ojos cuando escuché el chirrido de una puerta metálica al abrirse, seguida por el sonido de unas ruedillas que supuse arrastraban las camillas. Abrí los ojos, los cuerpos de mis padres estaban tendidos sobre las mesas; frías, grises, cubiertos por sendas sábanas blancas. El espanto me recorrió todas las terminaciones nerviosas y estuve a punto de desmayarme.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó el agente Richard.

No estaba bien, ni preparada. ¿Quién en mi situación lo estaría? Asentí levemente con la cabeza, mientras miraba tambaleante hacia las dos mesas.

El médico destapó primero el rostro de mi padre y luego el de mi madre. La impresión que me causó fue incontenible. Una arcada violenta me obligó a salir corriendo de la sala. Sin encontrar un lavabo, una papelera, vomité sobre el suelo del pasillo. No recuerdo qué más sucedió. Los agentes me contaron que me había desvanecido.

Uno de los policías me ofreció un vaso de agua. Le agradecí el gesto, pero rehusé. Volvieron a mi cabeza las imágenes de mis padres, tendidos

sobre las frías mesas. Me volvió el mareo, era como si la sangre estuviese detenida en algún sitio y no me llegase a la cabeza.

—Hemos terminado señorita Caitlin. Solo tiene que firmar un papel. ¿Cree que podrá conducir hasta la casa?

El agente Richard, dubitativo, volvía a mirarme compasivamente.

—No hace falta, gracias. Me encuentro mejor.

Lo único que ansiaba con desesperación era estar sola con mi dolor. Necesitaba llorar todas las lágrimas que no había derramado y asimilar la crudeza de la realidad que acababa de vivir.

—Como mañana se celebrará el entierro, no la vamos a molestar —El agente Richard me acompañó hasta el coche—. Será un día duro. Si le parece, pasado mañana volvemos a hablar. Nos gustaría darle una explicación de lo ocurrido.

La mañana del entierro amaneció cálida. Antes de salir hacia el cementerio, dejé los cuencos con agua y comida para Dune. La abracé, era lo único que me consolaba.

Llegué al panteón familiar con antelación. Mi alma necesitaba unos minutos de intimidad, para decirles adiós. No solo me iba a despedir de mis padres, si no de una parte de mí misma que se marchaba con ellos.

Las primeras que llegaron fueron tía Mary y tía Blanche. Me disculpé por no haberlas llamado. Por detrás, las seguían sus maridos y mis primos. Después, los amigos de mis padres.

El pesado taconeo de unos zapatos rompió el tenso silencio. Dirigí la vista hacia el sonido; era Hermione, la asistenta de casa, venía agarrada del brazo de uno de sus hijos. Desde que enviudó, vestía de un luto permanente. Nada más verme, me abrazó con fuerza y susurró "mi niña chica,". Procedía del sur de España, aunque llevaba desde su juventud viviendo en Inglaterra.

La llegada del coche fúnebre nos separó del abrazo. Dos empleados de la funeraria cargaron con los ataúdes, mientras los operarios del cementerio comenzaban las labores de apertura de la tumba.

Hermione miró con extrañeza los féretros, sin rodeos me preguntó por qué no habían sido incinerados. El resto de los presentes mostró interés

por la cuestión. Bajé la cabeza, dije unas frases vagas, nadie tenía que saber que el juez lo había ordenado.

Tía Mary, la hermana mayor de mamá, se encargaba de los asuntos familiares. Había pedido a un sacerdote del barrio que fuera a rezar un responso, pero no acudió. La tranquilicé, sabía por mis padres que había escasez de religiosos en activo. Tía Blanch, muy resuelta, me agarró del brazo y tomó la palabra, recitando un par de oraciones.

Comenzaba a lloviznar cuando salimos del cementerio. Los coches formaron una larga comitiva hasta llegar a la casa de tía Mary, situada en una población a medio camino entre Dover y Folkestone.

Nada más atravesar la puerta, me asaltaron oleadas de recuerdos. Habían sido muchas tardes de domingo yendo con mis padres a merendar, jugar en el jardín con mis primos, mientras ellos hablaban o jugaban al bridge.

La mesa del comedor estaba exquisitamente surtida con bandejas de sándwiches de rosbif y pepinillo, cordero, jamón cocido… Recipientes con compota de manzana y platillos con diversas clases de dulces: helados, bizcochos y galletas…

A su alrededor, rememoramos viejas historias y anécdotas. La familia me cobijó con sus muestras de cariño, ofreciéndome su ayuda. A las tías les interesaba saber qué iba a hacer con la casa. Tuve que informarles que tenía que regresar de inmediato a Nueva York y que con el tiempo pensaría en ello. Daba por supuesto que, al ser hija única, el patrimonio de mis padres sería para mí.

Tras un rato de conversación, lancé la pregunta más esperada: ¿qué creían que habría hecho salir a mis padres de casa a esas horas? Nunca lo hacían después de cenar. Nadie tenía respuestas.

A pesar de que tía Mary me insistió en que me quedase en su casa hasta mi vuelta a Nueva York, me mantuve firme y a media tarde regresé a Dover.

Cuando llegué a casa, Dune estaba hecha un ovillo en el sofá. La perra me miraba triste, me senté a su lado y la acaricié. No sabía qué iba a hacer con ella: llevarla conmigo o dejarla al cuidado de las tías. Tanto tía Mary como tía Blanche se habían ofrecido a cuidarla. Me invadía la culpa, pero era consciente de lo difícil que me resultaría cuidarla en Nueva York; una ciudad incómoda para vivir sola con animales de compañía. Mi apartamento formaba parte de un edificio que parecía una colmena, no tenía jardín, y mi trabajo me obligaba a salir a las siete de la mañana para regresar muchas veces pasadas las once de la noche.

Cogí a Dune en brazos y subí a la habitación. Me acosté en la cama e intenté conciliar el sueño. Viejas historias acudieron a mi mente. Entre ellas, rememoré el día que pasé por primera vez a Francia. Papá me llevó en el ferry a Calais. Yo tenía doce años, los mismos que Dune en ese momento. Mamá nos había pedido que le comprásemos una variedad de quesos así que nos dirigimos a la plaza central donde había un mercado al aire libre. Recorrimos los pintorescos puestos: de comida, flores, realizamos los encargos. Un hombre que vendía cachorros se cruzó en nuestro camino. Llevaba los perritos metidos en una raída maleta de color marrón. Mi padre se detuvo y le preguntó por el precio. No podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Quieres uno?

Era lo que más deseaba en el mundo; tener algo que me acompañara en los momentos de soledad, no tenía hermanos, apenas amigos. Dune se convirtió en el mejor regalo. Era muy chiquitina, de apenas dos meses, y tenía el pelo muy rizado; color blanco y lleno de caracolillos.

Todavía sonrío cuando recuerdo la cara de sorpresa que puso mamá al vernos entrar en casa.

—"David, por Dios, ¿cómo has comprado un perro francés?".

Creo que lo tenían preparado de antemano y el encargo de los quesos había sido una disculpa para darme la sorpresa. A mi madre le gustaban los perros y enseguida se convirtió en la madre humana de Dune, que la seguía como un corderito por toda la casa. Había momentos en que me sentía celosa al verlas jugar: Dune llevando la zapatilla agarrada entre sus dientes y mamá riendo y corriendo por detrás.

El sonido de un portazo en el interior de la casa, me despertó. Dune saltó de la cama y corrió ladrando escaleras abajo. Miré la hora, había dormido casi seis horas. Me incorporé.

—Hermione —grité—. ¿Eres tú?

—Sí, niña, traigo el desayuno.

Cuando bajé a la cocina, Hermione había preparado el desayuno; un bizcocho recién horneado, una taza de té, y una jarra de zumo de naranja. Se sentó conmigo y me tomó la mano. Recordamos las noches que se habíamos pasado juntas cuando mis padres se ausentaban. Lo que más me gustaba era la tortilla de patata con cebolla que me hacía para

cenar. Me dejaba tomar una coca cola, mientras ella se ponía un vaso grande de agua que coloreaba con vino tinto.

Hermione tenía la cara redonda, surcada de profundas arrugas. El pelo corto, de un gris canoso, lleno de caracolillos. Los ojos, nublados por las cataratas, tras unas gafas redondas. Me asombraba verla coser con esos dedos, retorcidos por la artrosis, que acababan en unas uñas amarillentas y llenas de estrías.

—¿Qué vas a hacer con la casa? —Se sonó ruidosamente los mocos—. Por Dune no te preocupes. Me la llevo conmigo. Confía en mí, no volverá a ocurrir lo del otro día. Estaba tan afectada por lo de tus padres que me olvide de ella. Sé que no tengo perdón.

—Vamos a olvidarlo. Me enfadé muchísimo, lo reconozco, pero entiendo cómo te encontrabas. Yo misma entré en shock. Respecto a la casa, no voy a hacer nada. ¿Podrás venir a cuidar del jardín? No sé cuánto tiempo permaneceré en Nueva York. Tengo un buen trabajo, pero estoy muy sola.

—Llevas más de cinco meses, alguna amistad habrás hecho —me dijo cariñosa.

—Una amiga, se llama Elaine, y es compañera en el departamento. Almorzamos juntas en el comedor, pero ella tiene novio así que no la veo el fin de semana.

—¿Y los otros compañeros? —Hermione me miró con lástima.

—Son muy competitivos y se comunican poco. Apenas nos relacionamos.

—Pues si no eres feliz, vuelve. ¿Qué te retiene en Nueva York?

—Siento que traicionaría a papá. Ya sabes cómo se puso cuando dije que no quería ir y…

—Tonterías, Caitlin, la vida es de cada uno. Si tu padre viviese y supiese que estás mal, te animaría a volver.

—Pobre Dune —Acaricié la cabeza del perro—. Me siento fatal de abandonarla. No sé qué haré con ella —dije mirando al perro—, te agradezco tu ofrecimiento de llevarla a tu casa. Me parece difícil cuidarla en Nueva York, con la vida que llevo.

—Pero, cariño, no sería abandonarla —Me acarició con sus huesudas manos—. Le veras cada vez que vuelvas. Piénsalo bien, Caitlin.

Hermione se quedó recogiendo la cocina mientras yo salía al jardín. Me acerqué a los frondosos rosales que crecían a ambos lados del porche. Disfruté del intenso aroma que desprendían. Mis padres eran aficionados a la floricultura. El patio parecía un jardín botánico lleno de diferentes plantas y flores.

Al fondo estaba el cenador. Era nuestro lugar preferido para merendar en las tardes poco calurosas. Al lado, comenzaba la pequeña huerta donde cultivábamos frutas y verduras de temporada.

Entré en el invernadero y cogí las tijeras de poda para cortar unas rosas. Mi momento de paz se vio interrumpido por el agente Richard, confirmando su inminente visita.

—Los resultados de la autopsia —comenzó el agente joven—, revelan que su madre ingirió una sustancia tóxica, de momento sin identificar. Este hecho sumado al lugar donde se produjo el accidente hace pensar que se dirigían al hospital. Se está realizando una búsqueda exhaustiva de la caja negra del vehículo.

—¿No estaba en el coche?

—Debió salir despedida como consecuencia del impacto —respondió el agente mayor—. Esta mañana se ha ordenado extender la zona de búsqueda.

Hizo un gesto a su compañero para que recogiera los restos de comida que habían dejado mis padres sobre la mesa del salón.

—Le voy a contar algo —El agente me hizo un gesto para que lo acompañase al porche—. Prométame que quedará entre nosotros —asentí—. Las cámaras de vigilancia de la autopista grabaron el coche de sus padres circulando por el carril de la izquierda a la velocidad permitida. Pero a la altura del kilómetro dieciocho la velocidad se incrementó, dirigiéndose en línea recta contra el guarda rail y como consecuencia saltando al otro lado de la autovía.

—Tuvo que ocurrir algo en el coche —respondí acongojada. Me costaba creer lo que acababa de contar el agente. Mis padres eran dos personas prudentes, respetaban a rajatabla las normas de circulación. Además, no les gustaba la velocidad, se reñían el uno al otro si uno la aumentaba ligeramente.

—En el otro vehículo viajaban dos personas que también murieron en el acto. Le llamarán de la compañía de seguros…

La angustia que me produjo aquella información me provocó un ataque de pánico. Era como si el aire en el porche hubiese aumentado su densidad y no pudiese entrar en mis pulmones.

—¿Se encuentra bien? No era mi intención preocuparla.

—Sí. Manténgame informada, me gustaría saber que ocurrió en realidad.

Hermione me vio tan abatida que se quedó a pasar el día conmigo. Agradecí el calor de su compañía. Aproveché para concretar con ella detalles referentes a la casa antes de regresar a América. Cocinó tortilla de patata con cebolla y sirvió dos vasos de agua que coloreó con vino tinto. Dijo que necesitábamos calmar los ánimos. A pesar de lo mal que estaba, ver su vaso casi rojo, me hizo sonreír. Me parecía estar viendo a papá gesticulando en broma a sus espaldas porque el vaso contenía cada día menos agua y más vino tinto.

Hermione llevaba más de veinte años trabajando en casa, era una más de la familia. Yo sabía que acostumbraba a escuchar nuestras conversaciones, era una mujer curiosa. Le pregunté si había notado algo raro en mis padres.

—No, Caitlin, lo juro por mis muertos. No escuché ni percibí nada raro en ellos. No me creo lo que ha dicho el agente de que iban a esa velocidad. Tu padre era intachable. De eso doy fe; eran las mejores personas que he conocido en mi vida. Seguro que la culpa fue del coche. Tu padre lo llevó al taller la semana pasada.

—Se lo contaré al agente. Podría ser un dato importante. Lo que me desespera es averiguar que ingirió mamá para ponerse tan mal. Hermione, piénsalo, salieron en pijama. El agente seguro que está en lo cierto e iban al hospital. ¡Dios mío! ¿Escuchaste que le pasara algo al coche?

—Solo le oí decir a tu madre que venía del taller y que le había costado poco la avería. Me dijeron que llegarían tarde a comer, que me fuese, que pasarían el día en el centro de jardinería.

CAPÍTULO III

NUEVA YORK

Seis días después del entierro, emprendí el viaje de regreso a Nueva York. Tras darle muchas vueltas y de llorar muchas lágrimas, dejé a Dune al cuidado de tía Blanche. La elegí a ella, entre todos los de la familia que se habían ofrecido, porque nos llevábamos bien y estaba triste por la muerte hacía unos meses de su perro.

Antes de cerrar la casa, metí en una maleta, el cesto, los juguetes, los cuencos de comida y de agua de Dune. La perrita seguía mis movimientos con una mirada triste y nerviosa. Olfateaba que algo iba a cambiar en su horizonte.

Con el corazón encogido la dejé, en casa de tía Blanche. Después conduje hasta el aeropuerto. Me marchaba profundamente apenada, además de desesperada por no saber qué había ocurrido. El agente Richard había escuchado con interés el relato de Hermione, respecto a la visita del coche al taller, y me prometió abrir de inmediato una nueva línea de investigación.

Antes de entrar en la terminal, me cubrí la boca con la mascarilla. Para viajar en avión, tren, metro, autobús… o permanecer en lugares públicos era aconsejable, en todo el planeta, su uso. La razón era importante: la proliferación de las superbacterias. Las resistencias que habían generado las bacterias frente a los antibióticos estaban ocasionando estragos entre la población mundial. Las enfermedades infecciosas por virus y superbacterias se habían convertido en la primera causa de muerte del siglo XXI, superando desde hacía años al número de muertes por cáncer u otras enfermedades. En segundo lugar, estaba la pandemia de la soledad, que se había diseminando por todo el mundo, afectando con mayor incidencia a los países más desarrollados. Los ministerios de Sanidad y Soledad eran las entidades públicas que asumían mayor carga de responsabilidad y trabajo en aquellos tiempos.

A pesar del calor que hacía en la terminal, agradecí el llevar puesta la mascarilla. Me permitía disimular ante el control de pasajeros, el incipiente resfriado que me aquejaba desde hacía un par de días. Sabía que no era correcto actuar así, estaba prohibido viajar con una enfermedad infecciosa, pero no me podía permitir el estar más días alejada de mi trabajo.

Pasé los controles sin problema y una vez en el avión me dirigí a uno de los aseos donde me tomé un analgésico y dos pastillas para la tos. De haberlo hecho público, cualquiera podría haberse dirigido a mi

poniéndome en un aprieto. Cuando volví al asiento, una de las azafatas me detuvo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó observándome detenidamente.

A pesar de llevar la cara medio oculta por la mascarilla era inevitable disimular la hinchazón y el brillo febril de mis ojos.

—Acabo de enterrar a mis padres —dije con una voz entrecortada. Temía que, si mi explicación no resultaba convincente, la azafata me expulsase de inmediato del avión. Pero la explicación que le di acerca del accidente sufrido por mis padres resultó concluyente.

—Lo siento, no era mi intención molestarla. Pase, por favor —dijo acompañándome a mi asiento.

Me abroché el cinturón de seguridad, el avión empezó a moverse. Un acceso incontenible de tos hizo que el pasajero de al lado me mirase con aprensión. Temí que llamase a la azafata. Para evitar suspicacias le relaté que estaba afectada por lo ocurrido a mis padres, de tanto llorar tenía la garganta reseca. El hombre estaba al tanto de la noticia y a partir de entonces se mostró cercano y compasivo. A pesar de mi carácter reservado, pasamos gran parte del vuelo hablando. Confié en la protección de la mascarilla. Por nada del mundo quería contagiarlo. En aquellos tiempos, un simple resfriado podría convertirse en una sentencia de muerte.

Durante el tiempo que viajamos en silencio, eché una ligera cabezada. Soñé con Hermione. Me hablaba al oído, como cuando era niña, y me decía que había tenido una pesadilla y mis padres se encontraban perfectamente.

Una fuerte turbulencia me sacó del sueño. Me encontraba en tal estado de confusión que, durante unos instantes, no supe dónde estaba. Me toqué la frente, ardía de fiebre. Con disimulo tomé otro analgésico. El pasajero de al lado roncaba plácidamente.

A las tres y media de la tarde, el avión tomó tierra en el JFK, el aeropuerto internacional de Nueva York. En la terminal me detuve unos instantes, no sabía qué transporte elegir. Mi apartamento se encontraba en el Upper West Side. Había más de veinte kilómetros desde Queens. El metro era el medio de transporte más rápido y directo. Sin embargo, me encontraba tan mal que al final opté por contratar un autotaxi. Lo solicité a través del chip que llevaba insertado en la muñeca. Pasados unos

minutos el vehículo se detuvo frente a la puerta principal.

El coche era de tamaño reducido, disponía de una fila única con dos asientos, lo había solicitado para una sola persona. Dejé la pequeña bolsa de viaje a un lado y dije: “adelante”. La puerta se cerró y el vehículo inició la marcha. Desde la pantalla, que estaba embutida en la estructura frontal, se podía visualizar la ruta. Solicité a la aplicación una lata de coca cola y un vaso fabricado en un material biodegradable. También solicité música. Elegí algo suave que me adormeciese. Durante un rato permanecía aletargada, pero a mitad de camino, encontré realmente mal. A pesar de los analgésicos que había tomado antes del despegue, y durante el vuelo, tenía más fiebre y me dolía mucho la garganta y me costaba tragar.

Un sonido agudo e intermitente me sobresaltó. En la pantalla del panel frontal parpadeaba el piloto de alarma a la vez que un mensaje avisaba de un atasco importante en el centro de la ciudad. En las calles de Nueva York se sucedían a diario tumultos de multitudes de manifestantes protestando por la falta de trabajo, dinero, comida... Solicité a la aplicación conexión con el canal de información: una multitud de manifestantes había cerrado el paso a las avenidas principales. Cientos de personas, con los rostros cubiertos con mascarillas, gritaban y amenazaban con diferentes objetos a los agentes de policía de la ciudad de Nueva York. En las imágenes se apreciaban columnas de humo elevándose sobre los rascacielos. Me ajusté los auriculares, para escuchar al comentarista explicar que había enormes fogatas, formando barricadas, en los lugares más estratégicos de la ciudad. Para mi desesperación, la circulación estaba detenida.

La vida, en Nueva York, era complicada. El descontento social, común en los países desarrollados, era difícil de contener. Los robots habían sustituido gran parte de los puestos de trabajo y los subsidios sociales eran insuficientes para que los ciudadanos pudiesen llevar una vida digna. La gente reclamaba a los gobernantes el derecho a trabajar, pero el trabajo para los humanos era cada vez más escaso. El sistema económico se estaba estrechando. Al no circular el dinero, por el descenso del consumo, la economía global se encontraba al borde del colapso.

Solicité a la aplicación un cambio de ruta. Necesitaba salir cuanto antes del atasco. Mi frente ardía de fiebre. La aplicación confirmó que las avenidas que conducían al hospital Mount Sinaí, del West Side, no estaban afectadas por el tumulto. Era el que me correspondía por vecindad y la primera vez que iba a visitar un hospital en los Estados Unidos.

En el vestíbulo de la recepción había un enorme mostrador semicircular con múltiples puestos de atención. Detrás de cada puesto atendía un robot de recepción. La máquina se dirigió a mí con una voz monótona y metálica, parecida a la del robot que tenía de asistente

doméstico en el apartamento.

La voz metálica me solicitó que me identificase en el escáner de lectura de la mesa. Para ello, tuve que mirar durante unos segundos fijamente a la pantalla. Era de obligado cumplimiento el tener implantada una lentilla intraocular, la cual llevaba incorporada un microchip multifunción donde se almacenaba toda la información personal: datos registrales, médicos… Además, el microchip, permitía operar con cualquier dispositivo externo. A través de la lentilla se podía encender la televisión, programar el horno, realizar compras conectando directamente con la cuenta bancaria…

Cuando el sistema me identificó, el robot de recepción me realizó una serie de preguntas. Mis respuestas quedaron registradas en el ordenador. Al finalizar el interrogatorio, el robot alargó uno de sus brazos metálicos y me entregó un ticket con un número. Era la primera vez que iba a un servicio de urgencias, estaba realmente asustada. Me dirigí a la sala de espera. Al igual que yo, el resto de las personas de la sala llevaban el rostro cubierto con mascarillas.

Los minutos que permanecí esperando fueron angustiosos. Mi situación era dramática; sola, enferma, desamparada, … viviendo en una ciudad en la que apenas conocía a unas pocas personas. Me pregunté con desesperación qué sería de mi vida. Una voz anunciando por el altavoz mi número de ticket me sacó de esos pensamientos.

Recorrí un pasillo estrecho, en ligera penumbra, hasta llegar al número de despacho que me correspondía. La puerta estaba cerrada, dudé qué hacer; llamar o esperar. Las normas en los hospitales eran muy estrictas. No tuve opción de decidir; la puerta se abrió y una voz metálica dijo: pase.

El despacho era pequeño, calculé de unos diez metros cuadrados. Tenía una mesa diminuta, una camilla y una estantería con cajones metálicos. Dentro no había nadie para recibirme. Me quedé quieta, mi corazón palpitaba muy rápido.

La puerta que daba acceso a la zona interior se abrió. El médico entró acompañado por un robot. Me saludó escueto, mientras su ayudante mecánico lo ayudaba en la exploración. El robot enfermero me colocó una cinta con una placa metálica alrededor de la muñeca. Lo escuché recitar una retahíla de datos referentes a mi tensión arterial, temperatura corporal, pulsaciones… El médico cogió una espátula y tomó una muestra de mi garganta. Luego la introdujo en uno de los múltiples compartimentos que tenía en su estructura cilíndrica el robot enfermero. Tras unos segundos, la voz metálica del robot dio el resultado del análisis:

—Infección bacteriana por estreptococo.

—La bacteria que ha contraído es resistente a los antibióticos —me dijo el médico en un tono serio—. No obstante, tiene pocas placas y son pequeñas por lo que espero la infección se resuelva favorablemente. Ahora voy a proceder a limpiar la zona. Acuéstese de nuevo en la camilla.

El médico me pidió que me tumbase de nuevo en la camilla. Llamó por el interfono, solicitando la ayuda de una enfermera. En esta ocasión no se trataba de una máquina, si no de una mujer amable que intentó tranquilizarme mientras acercaba una luz azul a mi cara. Cerré los ojos, obedeciendo sus instrucciones.

—La bacteria que ha contraído es resistente a los antibióticos —dijo el doctor en tono serio—. No obstante, tiene pocas placas y son pequeñas por lo que espero que la infección se resuelva favorablemente. Hemos limpiado la zona.

—¿Me va a ingresar?

—No, tranquila. Con el tratamiento que le voy a dar, confío en que se resuelva sin problema. Vaya a casa y métase en la cama. La enfermera le entregará un frasco con un preparado para que haga gárgaras y a última hora de la tarde recibirá en su casa los medicamentos. Si la fiebre no cede en unas horas, regrese.

Me cubrí la cara con la mascarilla y salí del despacho. Caminé como un autómata por el pasillo hasta llegar al exterior. Estaba abatida por la sensación de desamparo y mareada por la fiebre.

En la calle hacía calor, aunque estaba empezando a anochecer. Al igual que en Inglaterra, en Nueva York la temperatura era elevada para estar en febrero. Papá me solía contar que cuando él era pequeño las cuatro estaciones se distinguían. y las zonas Desde hacía años, y debido al cambio climático, las estaciones apenas se distinguían. Había zonas que debido a la elevada temperatura era imposible vivir. Por otro lado, el deshielo acelerado de los polos había elevado el nivel del mar y hecho desaparecer diversas zonas de la Tierra. Ambas cosas habían provocado un aumento de los movimientos migratorios, con las dificultades añadidas que conllevaban. A estos problemas se sumaba el hecho de que los recursos de alimentos en la Tierra se encontraban seriamente comprometidos.

Cuando entré en mi portal, el piloto del cajetín de comunicación con mi apartamento estaba en verde. Esto significaba que había recibido algo. Arrastré la maleta hasta el ascensor. Antes de solicitar que acudiese me identifiqué. con paso agotado. La fiebre me estaba subiendo de nuevo. Para ello miré fijamente la pantalla embutida en la botonadura. Era

imprescindible ser identificado para que el ascensor acudiese. Las normas de seguridad en los edificios de Nueva York eran muy estrictas: o se disponía de la acreditación o permiso para acceder o no se podía pasar más allá del portal.

El ascensor se detuvo en la planta veinticinco. Recorrí el descansillo, oscuro y estrecho, hasta llegar a la puerta de mi apartamento. Al igual que en el portal, junto a la entrada, había una pantalla. La miré fijamente, la puerta se abrió.

En el interior hacía mucho calor. Había olvidado conectarme con el programador del sistema de aire acondicionado. Tenía un sueldo bajo lo que me obligaba a estar pendiente de los gastos. Por ello, cada día, al salir de la oficina, enviaba un mensaje al sistema. No lo programaba para una hora fija, porque la hora de llegada a casa era muy variable: dependía del trabajo.

Tres sonidos metálicos: bip bip bip, salieron a mi encuentro. Era Merli, el robot doméstico que venía incluido en el alquiler del apartamento. Solo de verlo, se me heló la sangre. Lo que más ansiaba en ese momento era el contacto cercano con alguien de carne y hueso, que me cuidase y consolase, y no la compañía de unos cuantos kilos de metal.

Lo único bueno de tener un robot en casa era que se encargaba de todas las labores domésticas y de mantenimiento. Entre sus diversas funciones estaba hacer la cama, aspirar y fregar el suelo, limpiar el cuarto de baño y la cocina…

Merli medía un metro de altura y tenía una estructura cilíndrica. Al igual que el robot enfermero se encontraba compartimentado en espacios de distintas formas y tamaños, de los que salían diferentes tipos de útiles: brazos extensores, pinzas de precisión, escáneres… dependiendo de la acción que se requiriese.

Dejé la maleta a un lado y solicité al sistema que pusiese en marcha el aire acondicionado. Luego me dirigí al cuarto de baño. En uno de los cajones del armario, que soportaba la vasija del lavabo, guardaba las medicinas. Una costumbre de casa de mis padres. Rebusqué entre las cajas de vitaminas hasta encontrar un analgésico. Antes de meterme en la cama fui a la cocina a por zumo de naranja. El médico me había insistido en que debía mantenerme en reposo, bien hidratada. Deslicé el dedo por la pantalla de la nevera y lo solicité. El piloto comenzó a parpadear, indicando que el compartimiento destinado a los zumos estaba vacío. Me dirigí a la despensa. Confiaba en que hubiese envases, pero el indicador señaló que se habían terminado. Tampoco quedaba ningún envase de leche. Los días anteriores al viaje a Londres había estado tan enfrascada

en el trabajo que olvidé hacer el pedido de reposición.

En la penumbra del dormitorio, la angustia me atoraba con tal intensidad la garganta, que me dificultaba el tragar. Rompí a llorar desconsolada. No podía asumir que me había quedado sola. Merli entró en la habitación. No era lo que necesitaba.

El sonido de un mensaje, al entrar en mi móvil, me sacó de estos pensamientos. Se trataba de tía Mary preguntándome cómo había llegado. Le escribí que en un rato le llamaba. No tenía ánimo para nada.

Me quedé adormecida, la fiebre no cedía. A las ocho de la tarde me despertó la alarma del móvil. El médico de urgencias había insistido en que debía tomar cuanto antes el tratamiento. Tambaleante me dirigí a la cocina donde se encontraba el cajetín de comunicación con el portal. A través de un conducto, que lo comunicaba con cada apartamento, se recibía la correspondencia, medicinas, paquetería pequeña...

Pulsé el interruptor. La tapa que cerraba el conducto se abrió y en la bandeja de recepción cayeron varios paquetes: algo que había comprado y en ese momento no recordaba, y las medicinas que me habían recetado en el hospital. El reparto domiciliario de medicinas se realizaba tres veces al día: por la mañana, al mediodía y por la tarde. Los servicios hospitalarios tenían la ciudad dividida en zonas y las mensajerías depositaban en los cajetines de comunicación, lo prescrito a los pacientes: tanto los tratamientos crónicos como los agudos. Las farmacias continuaban funcionando, aunque en menor número, y estaban dedicadas a la elaboración de fórmulas magistrales, la medicina natural, los servicios de atención personalizados y la dispensación de medicamentos publicitarios. Estos últimos cada día eran más numerosos, al no estar financiados por el sistema.

Mientras abría el paquete, que contenía los medicamentos, sonó el móvil. Aunque no tenía ganas de hablar, contesté. La tía Blanche era muy insistente y no hubiese parado de llamar hasta lograr hablar conmigo. Además, quería saber cómo se adaptaba Dune a su nuevo hogar. Estaba profundamente arrepentida de no habérmela llevado a Nueva York. Tendría algo vivo a mi lado, dándome cariño, compañía, y no una máquina siguiéndome con un ruido metálico por toda la casa.

—Caitlin, ¿te encuentras bien? Te noto la voz rara. ¿Estás enferma? ¿No te habrás enfriado en el viaje?

—No, tranquila, estoy bien —Carraspeé separada del auricular, para aclarar la voz y disimular la ronquera. No quería inquietarla—. He estado llorando. Me está costando aceptar lo ocurrido.

—Estamos muy preocupados por ti. Tía Mary insiste en que vayamos a acompañarte, pero yo le he dicho que quería hablar antes contigo. No queremos molestar, pero pensar que estas allí sola y…

—Estoy bien, de verdad, no os preocupéis —insistí—. Solo necesito tiempo para asimilarlo. Trabajar me ayudará a recuperarme.

—Prométeme que en verano vendrás a Dover a pasar unos días. Si no vienes, te aseguro que iremos nosotras.

—Te lo prometo, tía Blanche, los días que me den libres los pasaré en casa.

—¿Vas mañana al departamento?

—Sí —mentí. Si le hubiese dicho que estaba enferma se hubiesen presentado de inmediato en Nueva York.

Volví a la cama e intenté dormir. Echaba de menos tener a Dune a mi lado, pegada a mis piernas, lamiéndome la cara o la mano. Mirándome con esa carita tan tierna y generosa. Imploré para que el tratamiento que me había puesto el médico de urgencias me hiciese efecto rápido. Tenía cosas pendientes en la oficina y estaba inquieta por lo que me fuese a proponer mi jefe. El día que la policía me notificó lo del accidente, Jeff me había llamado a su despacho para hablarme de un nuevo trabajo. La fatal noticia hizo que aplazase la cita por lo que me esperaba una incógnita a mi regreso. Pasé la noche inquieta. A ratos con oleadas de calor y en otros con escalofríos. Envuelta entre sueños confusos y pesadillas.

Por la mañana, estaba mejor. Apenas me dolía la garganta y me había bajado la fiebre. Encendí el móvil y leí los mensajes. Tenía varias llamadas de Elaine, de tía Mary, de mis primas... Dejé el teléfono sobre la mesilla y me levanté a desayunar. Luego las llamaría.

Las piernas me pesaban, me costaba caminar. Preparé té y un par de tostadas. A lo lejos oí a Merli arreglando la habitación. Recordé a Hermione, su cariño y cercanía, y eché profundamente de menos a mi familia.

Encendí la tablet para preparar el pedido de reposición de despensa. El mensaje de confirmación del supermercado indicó que llegaría en dos horas. Me tumbé en el sofá y encendí la televisión, con la intención de pasar las horas adormecida entre película y película.

El sonido del timbre de la puerta me despertó. Escuché a Merli acercarse al intercomunicador. Siempre hacía lo mismo: primero comprobaba la identificación del repartidor y luego le daba acceso al ascensor. Me levanté a recibirlo. El chico dejó las bolsas en la cocina y salió sin apenas

pronunciar una palabra. Merli comenzó la recepción del pedido. Seguía la misma rutina: sacaba de uno en uno los productos de las bolsas y los pasaba por el escáner para confirmar que todo estaba correcto: código, caducidad, precio… Luego los colocaba en la cinta transportadora que los conducía hasta el interior de la nevera, del congelador, de la despensa, del armario de limpieza. Los productos estaban identificados con un código que incluía información sobre el lugar donde debían guardarse, dependiendo de que se tratase de un artículo que requiriese de congelador, refrigerador o simplemente se almacenase en despensa.

Cuando escuché la señal de finalización de la carga, me dirigí a la cocina. Llené una jarra de zumo de naranja y calenté en el microondas un plato precocinado de carne en salsa con arroz y verduras. Lo habitual era comprar un menú precocinado para toda la semana; tanto para llevar al trabajo como para comer en casa. El servicio de precocinados ofrecía prácticamente de todo, facilitaba enormemente el día a día. Los envases utilizados, al igual que el resto de los deshechos, se tiraban al conducto de la basura, que los trasladaba directamente hasta el depósito general del edificio, donde se transformaban en material orgánico. Desde que en la década de los años veinte se tomó conciencia del problema tan grave que estaba ocasionado el plástico en el ecosistema, se habían desarrollado nuevos materiales, todos biodegradables. El plástico había desaparecido por completo. Aunque lo había visto de muy pequeña, casi no lo recordaba.

Cuando acabé de comer, me volví al sofá. Un punto intermitente, brillando en el sobre de mensajería del ordenador, me indicó que alguien quería hablarme por mensajería. Leí el Nick del remitente, pero no lo reconocí. La foto de perfil, sí. Alguien del pasado pretendía contactar conmigo.

CAPÍTULO IV

UNA LLAMADA DEL PASADO

Al primer mensaje de Paul Walker no contesté. Había pasado el día eludiendo llamadas y no estaba con ánimo para hablar con alguien que apenas conocía y llevaba años sin estar en contacto. Tras el primer mensaje recibí tres más, así que al final contesté:

—Hola, Paul. ¡Qué sorpresa!

—Lo mismo digo, Caitlin. ¡Cuánto tiempo sin saber de ti! —escribió entre exclamaciones a través del servicio de mensajería de una red social—. Me he enterado de lo de tus padres y te escribo para decirte que lo siento mucho. Pásame tu móvil y hablamos.

Paul y yo éramos antiguos alumnos del colegio de Kent y no nos habíamos vuelto a ver desde entonces. Estaba dos cursos por encima de mí y apenas nos habíamos tratado. Nos conocíamos de vernos por el barrio. Su mensaje me sorprendió mucho. Durante unos segundos dudé si escribirle dándole las gracias o pasarle, como pedía, mi número de móvil. Hice lo último, en ese momento necesitaba hablar con alguien.

—Me ha contado mi madre lo ocurrido. ¡Qué tragedia! ¿Qué tal lo llevas?

—Necesitaré tiempo para hacerme a la idea.

—¿Qué has hecho estos últimos años? Te perdí la pista cuando acabé la secundaria.

—En junio me gradué en Oxford, en ingeniería informática. ¿Y tú?

—Yo, en Harvard, en Biomedicina. ¿Ahora qué haces?

—Unos meses antes de acabar el curso, el departamento estatal de informática de Estados Unidos se puso en contacto con mi tutor y me ofreció realizar las prácticas aquí.

—¿Vives en Nueva York? —me interrumpió.

—Sí, desde septiembre.

—Yo estoy trabajando en un laboratorio de investigación, en Boston. Estamos cerca, podemos vernos algún día…

Estaba aturdida por la cercanía con la que manejaba la conversación. Parecía que fuésemos antiguos amigos y, sin embargo, nuestra relación había sido superficial, algún encuentro casual en en el patio del colegio. No conocía esa faceta tan afable de Paul.

—Perfecto, ya hablaremos. Tengo que organizarme. Acabo de llegar de Kent.

—Claro, no te quiero molestar. Si me das tu permiso te llamaré de vez en cuando. Imagino que estarás muy sola. Pasé por cuando me instalé en Boston. Al principio de hace duro.

—Sí.

—No quiero ser indiscreto. ¿Se sabe qué les ocurrió a tus padres? Mi madre no deja de hablar de ello. Los conocía mucho y está muy impresionada.

—Se ha abierto una investigación. Probablemente hubo un fallo en el coche. La policía cree que iban al hospital. Si yo hubiese estado en casa…

—No te culpabilices, Caitlin, cada uno tiene su destino.

—Si no te importa, Paul, cambiemos de tema. Me resulta muy doloroso revivirlo. Cuéntame algo de tu vida. ¿Por qué fuiste a Harvard?

—Me pasó algo parecido a ti. Acabé secundaria con un expediente brillante y me concedieron una beca. Harvard tiene la mejor facultad de biomedicina del mundo. Estoy contento con mi decisión, antes de graduarme tenía un puesto de trabajo en el laboratorio del que te he hablado. Estoy metido de lleno en un apasionante trabajo de investigación. Por cierto, Caitlin, no recuerdo tu voz así. ¿Te ocurre algo?

—Estoy un poco ronca. Tengo una ligera infección de garganta.

—¿Tienes fiebre? ¿Te ha visto un médico? Si necesitas medicamentos, te los puedo llevar. Tengo acceso al hospital.

—Gracias, Paul, pero no es necesario —contesté rápida—. Ayer, del aeropuerto fui directa al hospital. El médico de urgencias me puso un tratamiento y apenas tengo unas décimas.

—Una infección bacteriana no es ninguna tontería. Insisto. Este fin de semana estoy libre.

—Te lo agradezco de veras, pero en este momento necesito adaptarme a lo ocurrido. Te prometo que nos veremos más adelante; o vienes tú a Nueva York o voy yo a Massachusetts. Me encantaría conocer Harvard. La

única amiga que tengo en el departamento es de Boston y estudió allí.

—Perfecto, Caitlin, no te molesto más. Si necesitas cualquier cosa ya sabes dónde estoy. ¿Te puedo volver a llamar?

—Claro —Agradecí acabar la conversación. Tenía la garganta muy inflamada y me costaba un esfuerzo vocalizar.

Cuando colgamos, fui a la cocina a preparar algo de cena. Deslicé el dedo sobre la pantalla del congelador y seleccioné revuelto de huevos con bacón y queso. El recipiente cayó en segundos sobre la cinta transportadora. El horno microondas era de última generación. Escaneaba el contenido del recipiente y calculaba el tiempo y tipo de calor necesario para que el producto final quedase como si estuviese recién hecho en una sartén, cazuela u horno eléctrico.

Toda la comida precocinada me sabía parecida. Cargué el tenedor con una porción de revuelto mientras añoraba la tortilla de patatas con cebolla que cocinaba con tanto amor, Hermione. También me vino a la memoria el delicioso pastel de carne y puré de patata que hacía mamá y las setas que recogía papá en el campo cercano a casa y salteaba en la sartén. Kent se resistía a dejarse arrastrar por la marea, doblegarse a la tecnología, y en casa se mantenían las costumbres. El pueblo inglés siempre fue rebelde, aferrado a sus tradiciones e intereses. Al contrario de Nueva York, que se movía al compás de las olas.

Me senté frente al ordenador. Esa noche estaba deprimida y no me llegaba el sueño. Me sumé a los millones de personas conectadas a internet en el mundo: unas teletrabajando, otras viendo películas, jugando a videojuegos, o simplemente buscando relaciones sociales. Necesitaba comunicarme con alguien, aunque solo fuese a nivel virtual. Sentí un revoltijo en el estómago, corrí al cuarto de baño a vomitar. Después, no recuerdo qué sucedió.

Me desperté tirada sobre la dura loseta del aseo. Estaba rodeada de restos de vómito. Miré en el ordenador cuando había realizado el último registro. ¡Cuatro horas antes! Me asustó el tiempo que había permanecido inconsciente. Solicité una nueva consulta de urgencia en el hospital.

La recepción del Mount Sinaí me causó mayor impresión que el día anterior. Era de noche y estaba sola. El médico de urgencia me colocó dos sensores minúsculos en el brazo.

—¿Qué son? —pregunté con timidez.

—Sensores de ultrasonido, se utilizan para medir la tensión arterial. La

tiene usted muy baja. ¿Le ha ocurrido antes?

—No, es la primera vez que me pasa —Las lágrimas brotaron incontenibles. Necesitaba a mis padres a mi lado.

—Tranquilícese —Acarició mi mano afectuoso—. Lo más probable es que el medicamento le haya provocado una bajada brusca de tensión. Anímese, el tratamiento está siendo efectivo. Las placas han desaparecido casi por completo. Le recomiendo que continúe unos días más en reposo. Se va a poner bien.

CAPÍTULO V

EL DEPARTAMENTO ESTATAL DE INFORMÁTICA

Quince días después de regresar de Inglaterra, me reincorporé al trabajo. El tiempo de aislamiento, tras padecer una enfermedad infecciosa, dependía de la virulencia de la misma. Era un protocolo tipificado y de obligado cumplimiento. El temor al contagio era una de las principales preocupaciones de la población mundial y las medidas de prevención, extremas.

El departamento de informática ocupaba diez pisos, entre la planta ochenta a la noventa, de un importante rascacielos situado en el Midtown, centro neurálgico de Manhattan. Las oficinas estaban comunicadas con un ascensor interno y escaleras mecánicas.

Cuando entré por primera vez en la planta ochenta y cinco me deslumbró su tamaño. Era un espacio enorme, con una superficie de unos mil metros cuadrados, repleto de mesas y ordenadores. La fachada lateral era una cristalera que se alzaba desde el suelo hasta el techo.

Antes de conducirnos a nuestros puestos, Marianne, la secretaria, nos explicó que, a excepción del grupo de principiantes, que teníamos asignada una zona de la sala, el resto de los compañeros teletrabajaban desde sus casas y se turnaban para asistir días determinados a las oficinas. Por esto no tenían un puesto asignado. Nosotros, por el contrario, teníamos obligación de ir a la oficina y, por tanto, mesa propia.

Nuestro pequeño grupo iba a estar dos años en prácticas y estaba formado por veinticinco ingenieros informáticos. Pasado ese periodo, y tras la valoración de nuestros puntos fuertes y débiles, se nos asignaría

un puesto en una u otra planta. Marianne nos condujo a un rincón del ala lateral de la planta ochenta y cinco. Era una costumbre habitual en la oficina situar al grupo de principiantes en esa zona de la sala.

Conocí a Elaine el primer día de trabajo. Éramos las dos únicas mujeres del grupo de principiantes. Cuando recorrimos la sala, varios chicos se giraron a mirarla. Mi nueva amiga era resultona y muy presumida, siempre estaba perfectamente arreglada; con el pelo rubio, brillante y recién lavado, y el rostro maquillado. Elaine me contó que era de Boston y acababa de graduarse en ingeniería informática, en la universidad de Harvard. A pesar de mis grandes dificultades para relacionarme, conectamos desde el primer momento. Era alegre, desenvuelta, justo lo que a mí me faltaba. Enseguida me di cuenta de que era más madura que yo, a pesar de ser de la misma edad. Tenía una conversación amena, culta, estaba al corriente de lo que ocurría en política o economía a nivel mundial. A su lado, yo me sentía ignorante. Fue entonces cuando me di cuenta de lo ajena que me encontraba respecto a lo que ocurría en el mundo. Había permanecido demasiado tiempo, arropada bajo las faldas de mis padres.

Agradecí que Marianne, la secretaria, nos situase en mesas contiguas. Con Elaine aprendía mucho. A diario, almorzábamos juntas y, alguna tarde, al acabar la jornada, tomábamos una cerveza en cualquier sitio de moda. Bueno, cuando ella estaba libre. Muchos días Billy, el chico con el que vivía, estaba de viaje o su jornada se alargaba. Trabajaba unas plantas por encima de la nuestra. Me caía bien. De vez en cuando bajaba a nuestra planta a tomar un café con nosotras. Me invitaban a salir con ellos el fin de semana, pero yo lo evitaba. No me gustaba ir de carabina.

La mañana de mi reincorporación llegué al departamento antes de la hora de entrada. Estaba nerviosa por lo que me fuese a decir mi jefe, después de haber estado tantos días fuera, y por la cantidad de trabajo atrasado que me estaría esperando. Como era obligado, pasé el control de seguridad del vestíbulo principal del edificio, del ascensor principal, y de la propia planta ochenta y cinco. Para identificarme, tuve que mirar, con la lentilla intraocular, al escáner de la pantalla correspondiente.

La planta ochenta y cinco se encontraba en ligera penumbra. El guarda de seguridad me saludó y encendió las luces de mi zona. Cogí un café en la maquina dispensadora y me acerqué a los enormes ventanales que recorrían los laterales de la sala. La visión de la ciudad, en esa calurosa mañana de finales de febrero, era impresionante. Di unos sorbitos al café. Era fuerte y en segundos puso mis neuronas en marcha. Suspiré al ver los cientos de mensajes pendientes de leer que tenía en la bandeja de entrada.

Empezaron a llegar los compañeros. No conocía a la mayoría. Éramos muchos los que trabajábamos en esa planta. Esa mañana, sin embargo,

me sentí el centro de atención. Los del grupo de principiantes se acercaron a darme el pésame. El morbo por lo sucedido a mis padres había estimulado la curiosidad de muchos para los que hasta ese momento había sido invisible. Rostros, cubiertos con mascarillas, con sus ojos enfocando hacia mí. Papá solía decirme que no entendía esa costumbre que teníamos en Nueva York de llevar siempre los tapabocas. En Dover, no era tan habitual. Pero en las grandes ciudades era peligroso exponerse. Cada año, morían millones de personas en el mundo debido a enfermedades infecciosas: víricas o producidas por superbacterias. Por esto, la mayoría nos cubríamos con mascarillas cuando viajábamos en medios de transporte, alternábamos en bares o visitábamos lugares públicos. Yo estaba acostumbrada a utilizarla. Me servía de barrera de protección frente a los microbios y también de las miradas de la gente. Era una ventaja en muchas circunstancias en que la timidez me superaba, aunque los ojos fuesen los grandes delatores.

Me emocionó recibir muestras de cariño del grupo de principiantes, establecer contacto con personas de carne y hueso. Me había deprimido llevar tantos días de convalecencia conviviendo con un robot.

Elaine llegó con unos minutos de retraso. En eso era lo opuesto a mí; yo siempre llegaba antes de la hora. Nos abrazamos efusivamente. Llevaba días insistiendo en venir a casa a cuidarme, pero yo se lo había impedido. No quería contagiarla.

—¡Caitlin! —Me frotó con energía los brazos. Era un gesto muy característico suyo—. Cuanto te he echado de menos. Vamos a tomar un café y me cuentas…

Lo teníamos a medio acabar, cuando se nos acercó Marianne, la secretaria del jefe de la planta ochenta y cinco.

—… Jeff acaba de llegar y me ha dicho que te espera en su despacho.

Miré a Elaine y a Marianne con aprensión. No intuía qué me iría a decir, aunque sabía que teníamos una conversación pendiente.

—Igual me despide por faltar tantos días.

—¡Por Dios, Caitlin! No pienses eso —Elaine saltó al instante—. Querrá darte el pésame.

Jeff Patterson era doctor en ingeniería informática por la universidad de Princeton. Desde el momento en que lo conocí, se convirtió en mi ídolo. Admiraba su brillante inteligencia y su mente abierta a cualquier iniciativa o novedad. Tenía una actividad desbordante y pretendía tener todo bajo control. Su despacho era un cubículo acristalado y estaba situado en el

centro de la sala. Esto le permitía observar lo que sucedía a su alrededor.

Me detuve frente a la puerta. Jeff estaba hablando en un tono elevado a través del micro. Tenía una silla eléctrica que se desplazaba a gran velocidad de un lado a otro de su mesa de trabajo, que era circular. Cuando me vio, me hizo un gesto para que entrase. Como él no acostumbraba a llevar mascarilla, me quité la mía.

—Caitlin, siento mucho lo ocurrido a tus padres. Tienes muy mala cara. Si necesitas más tiempo para recuperarte puedes coger los días que consideres.

—Gracias, Jeff, estoy bien —Respiré aliviada. El motivo de la reunión no tenía que ver con los días que había estado ausente—. Venir a trabajar va a ser la mejor terapia.

—Si recuerdas, tenemos una conversación pendiente —me observó fijamente antes de continuar—. No creí oportuno comunicarte en aquel momento lo que te voy a proponer. Antes de nada, te felicito por lo bien que has desarrollado durante estos meses tu trabajo. Del grupo de principiantes, eres con diferencia la más aventajada. Por esto, y saltándome la norma de tener a los recién graduados dos años en aprendizaje, te ofrezco participar en un proyecto nuevo.

Lo escuché atónita. No entendía el alcance real de sus palabras. El corazón me latía con tal fuerza que parecía me fuese a explotar en cualquier momento.

—El mes pasado adjudicaron al departamento la informatización del ascensor espacial. ¿Has oído hablar de este proyecto?

—Realmente no mucho —respondí confundida—. Estoy al corriente de que se está construyendo y que hay dificultades que están retrasando su ejecución.

—Todo lo contrario, Caitlin, el proyecto va viento en popa. La promotora responsable del proyecto, en connivencia con los gobiernos participantes, ha transmitido la fake new a los medios con la intención de evitar sabotajes, curiosos visitando la zona… Entiende la transcendencia y complejidad del proyecto. De hecho, la semana pasada me han comunicado que se ha terminado de unir el cable que desplazará el ascensor desde la plataforma marina a la estación espacial y viceversa.

—¿Cómo soportará la tensión y el peso? El contrapeso deberá ser enorme.

—Dejemos eso en manos de los constructores —Jeff se rascó la perilla, en actitud pensativa—, a nosotros lo que nos compete es la parte informática. La cabina del ascensor está recién acabada y nuestra misión será dotarla

de un sistema informático especializado.

—¿Por qué se ha situado la plataforma marina en Ecuador? —No daba crédito a que me estuviera ofreciendo el participar en un proyecto semejante.

—Te entregaré un dossier completo para que estudies el proyecto con profundidad. Se han elegido como enclave Las Galápagos, por dos razones principalmente. La primera y fundamental; a treinta y cinco mil setecientos ochenta y seis kilómetros sobre el nivel del mar, en el plano del ecuador, comienzan las órbitas geoestacionarias. Doy por hecho que habrás estudiado la Geo, zona del espacio donde se orbita sin consumo y no se necesita energía para mantener la estación espacial o cualquier satélite en su posición.

Arrugué el ceño. Había estudiado física en la carrera, pero el tema espacial lo había tratado superficialmente.

—Deduzco por tu mirada que no estás muy al corriente. La Geo es una órbita circular que tiene un movimiento de oeste a este, es decir, lleva el mismo sentido de rotación que la tierra e igual periodo sidéreo; veintitrés horas, cincuenta y seis minutos y cuatro con cero nueve segundos. Por esto, desde la Tierra, se ve inmóvil en el cielo, cualquier objeto geoestacionario. Al apuntar una antena a una dirección fija, y mantener el enlace permanente con el satélite o la estación espacial situada en la Geo, su periodo orbital será igual al sideral de la Tierra.

Aturdida ante tanta información me asaltó la duda de si tendríamos que viajar a Las Galápagos.

—De momento, no. Más adelante, cuando el proyecto esté más avanzado, habrá que viajar a Ecuador para realizar la instalación in situ. La parte fundamental la haremos aquí, en la planta noventa. Esta misma mañana te vas a trasladar. Por ponerte en antecedentes, el diseño y fabricación del ascensor espacial es un proyecto compartido entre Japón y Estados Unidos, aunque la idea originaria partió de Japón. En septiembre de 2018, los japoneses realizaron la primera prueba en el espacio.

—No sabía que venía de tan lejos —exclamé asombrada. Estábamos en 2050, habían pasado treinta y dos años. Yo ni siquiera había nacido…

—En aquella época no se desarrolló, porque no existía un material tan ligero que evitase el colapso de la estructura del ascensor sobre sí misma y fuese lo suficientemente resistente para soportar la tensión generada por la fuerza centrífuga de la Tierra. En un principio se decidieron por los nanotubos de carbono, como material idóneo para la fabricación, pero enseguida se dieron cuenta de que era inviable; el proceso de fabricación sería muy lento. Hace dos años se desarrolló un novedoso material que se

ha mantenido en secreto hasta hace unos meses. ¿Has oído hablar del rafeno?

Meneé de un lado a otro la cabeza. No sabía nada acerca de aquel producto. Durante los últimos meses había estado enfrascada en los estudios y en la novedad del trabajo, y no había prestado atención a las noticias.

—El rafeno es un material altamente resistente y ligero. Tiene la ventaja de que se puede fabricar a gran escala, es un concepto más desarrollado del nanotubo de carbono. Caitlin, ¿recuerdas quién habló por primera vez del ascensor espacial?

Volví a negar en un tono suave a la vez que sentía como mi cara se enrojecía. La astrofísica había sido una optativa en la carrera. No fue una de mis asignaturas elegidas por lo que carecía de formación en el tema.

—Cuenta la historia que en 1895, el físico ruso, Konstantin Tsiolkovsky, se quedó tan impresionado ante la construcción de la torre Eiffel de París que empezó a hablar de la posibilidad de emplear una estructura similar para subir cuerpos al espacio. Su teoría se basaba en utilizar la fuerza centrífuga de rotación del planeta como si fuera una cuerda atada a un balón de fútbol al que se le hace girar. Sin embargo, el concepto teórico en el que se basó finalmente el diseño del ascensor espacial, lo formuló el ingeniero ruso, Yuri Artsutanov, en un artículo que publicó el diario Pravda y enunciaba: al cosmos en tren eléctrico. Como supondrás, el diseño del ascensor ha sido una tarea ardua, de muchos años. Por fin estamos a las puertas de realizarlo.

—Jeff, no entiendo desde dónde parte la estructura. Parece difícil engarzar los diferentes tramos del cable y que se mantengan alineados sin desplazarse o caerse o…

—Claro, Caitlin, fue precisamente el gran reto y la enorme dificultad. Para resolverlo, intervino en el proyecto un grupo formado por los ingenieros más cualificados del planeta, además de matemáticos y físicos. Hasta alcanzar la Geo, se requiere energía para orbitar y mantener alineadas las plataformas que forman la estructura. Si no, como bien dices, se desplazarían hacia los lados y resultaría imposible tensar ni mantener el cable alineado en la posición correcta. Para solventar el problema de la energía, se colocaron propulsores en los extremos de cada una de las plataformas.

—Pero a mayor altura será más difícil… —interrumpí.

—Cierto y por ello a medida que se va ascendiendo, los propulsores de las plataformas superiores son cada vez más potentes. La primera plataforma se construyó en material ferromagnético y se puso en órbita a unos

ochocientos kilómetros de altura. Por encima, cada mil kilómetros aproximadamente, se han fueron colocando plataformas similares hasta alcanzar los treinta y cinco mil setecientos ochenta y seis kilómetros de distancia sobre el Ecuador. Es decir, la zona Geo, donde se orbita sin consumo, y dónde en unos días se situará la nueva estación espacial.

—¿Cómo se han subido las plataformas? Deben tener un tamaño enorme…

—Efectivamente. El tamaño coincide con el interior de la estructura del cable. Se han subido con cohetes y posteriormente el cable ha sido lanzado desde arriba hacia abajo hasta unir todas las plataformas.

—Parece imposible… Tengo otra duda, Jeff. ¿No es peligroso, para la aviación civil, una estructura semejante? Cualquier avión que haya perdido el rumbo o lo haya tenido que variar podría chocar contra el cable. También podrían impactar contra él, y causar daños, la basura espacial y los meteoritos y…

—Cada una de las plataformas está recubierta por un cable ferromagnético que tiene forma solenoidal, y provoca un campo magnético lateral que impide o repele el contacto con otros objetos. Digamos, que se trata de una especie de escudo magnético.

—No sé cómo agradecerte, Jeff, que hayas pensado en mí. Me parece un sueño tener la oportunidad de participar en un proyecto así. Creo que me va a ayudar a superar lo de mis padres.

—No tienes que agradecerme nada. Te he seleccionado porque tienes un nivel elevado.

—¿Tendremos que subir a la estación espacial?

—Algunos de nosotros, sí. Habrá que revisar el sistema informático de la estación.

—¿Merece la pena construir una estructura tan compleja cuando se lleva años subiendo al espacio en cohetes?

—Sí —contestó enérgico—, es importante por los costos. Piensa que el ascensor permitirá subir a órbita cargas con un coste mucho menor que el de los cohetes actuales, que necesitan litros y litros de carburante. El ahorro de combustible será enorme. El ascensor posibilitará el poner en órbita materiales que permitan construir in situ nuevas estaciones espaciales. Quizás hasta nuevos ascensores entre diferentes estaciones. Caitlin, el futuro va por ahí. Imagino que te estarás preguntando: ¿y para qué? Pues entre otras cosas, porque las nuevas tendencias pretenden llegar a planetas más lejanos en busca de nuevos combustibles, entiendo que eres consciente del problema tan grave que tenemos hoy en día para

la obtención de energía. Por otro lado, está todo el tema del desarrollo del turismo espacial. El ascensor espacial va a ser la pieza fundamental para convertir al ser humano en una especie interestelar.

—¿Cuándo está previsto que empecemos? —Estaba tan apasionada con lo que acaba de escuchar que me faltaba el tiempo para ponerme a ello.

—Así me gusta, Caitlin, con entusiasmo. De momento hay que preparar las bases, los programas, los sistemas electrónicos de la cabina… Tenemos que darnos prisa. La estructura está prácticamente terminada y se pretende inaugurarlo durante el verano. Así que recoge rápido tu mesa y sube a la planta noventa. Allí te indicaran dónde se encuentra tu nuevo puesto de trabajo.

Antes de abandonar el despacho, Jeff me entregó un USB con un informe amplio sobre el proyecto del ascensor, tenía que familiarizarme con la estructura cuanto antes.

—¿Lo puedo comentar con mis compañeros? Me van a ver recoger las cosas y…

—Claro. Acabo de enviar un mensaje a todo el personal informado que nos han asignado el proyecto.

Regresé a mi puesto como flotando en una nube. Era consciente de que me encontraba ante las puertas de un proyecto grandioso, y también de un importante ascenso. Pensé en lo orgullosos que hubiesen estado mis padres. Recordé lo felices que les hizo mi admisión en Oxford, a pesar de que la carrera que elegí nunca les gustó. Preferían algo relacionado con las letras: literatura, arte, filología. Pero yo me mantuve firme en mi decisión. Tenía una enorme dependencia de la informática, debido a lo aislada que había vivido, y se me daban de maravilla los números. Siempre había soñado con crear nuevos prototipos, más avanzados.

Marianne, la secretaria personal de Jeff, me esperaba junto a mi mesa. Era una de las pocas personas con las que tenía relación en el departamento. Amable y afectuosa, siempre se volcaba con la gente. Esta actitud era rara en aquellos tiempos donde imperaba un modelo de sociedad individualista, egoísta y poco comunicativa.

—Enhorabuena, Caitlin —Elaine se levantó a felicitarme.

—No sé qué decir. Por un lado, estoy muy contenta, pero por otro me siento mal por vosotros.

—¡Tonterías! —dijo abriendo mucho los ojos—. Eres muy buena con los

números. Prométeme que seguiremos comiendo juntas…

—¡Claro!

Marianne me instó a recoger rápido la mesa. Me iba a acompañar a la planta noventa. De reojo vi cómo me miraban varios de mis compañeros del grupo de principiantes. Sus miradas transmitían una mezcla de envidia y rabia.

—¿Tengo que llevar el portátil? —pregunté a la secretaria.

—No hace falta. Arriba te espera un nuevo ordenador. Pasa toda la información que necesites a un disco externo.

Mientras recogía las cosas, me asaltaron las dudas. Me dio miedo no estar a la altura de lo que me pedirían en el nuevo proyecto. Lo que no me preocupó fue saber la cantidad de horas de trabajo que hacían los de la planta noventa. Supuse que yo formaba parte de un grupo reducido de personas que no tenía vida propia, o más bien que su vida les importaba un pimiento. Le dije a Elaine que probablemente por eso me habrían elegido. ¿Qué tenía en aquel momento en mi vida más importante que trabajar? Cuanto más trabajo tuviese, mejor. De esa forma tendría menos tiempo para pensar, sufrir, recordar. Necesitaba apartar de mi mente mis recuerdos, eran demasiado amargos, y convertirme en un ser nuevo, un folio en blanco, un computador recién formateado. Intentar que mi nueva vida se empezase a escribir a partir de ese momento.

Me llevó un buen rato copiar la información de mi terminal en el disco duro externo. Varios de mis compañeros se acercaron a curiosear y me hicieron todo tipo de preguntas. No entendían por qué me habían elegido para participar en el proyecto cuando los recién graduados pasaban dos años en formación, en la planta ochenta y cinco.

—Yo tampoco lo entiendo, creedme —me disculpé con un tono de voz entrecortado. Me hicieron sentir fatal, pero yo no había hecho nada para conseguir el puesto. Ante sus muestras de envidia, alegué la posibilidad de que me hubiesen elegido por estar sola en el mundo. Tenía plena libertad para trasladarme de un sitio a otro, sin ataduras ni nadie que me esperase o pidiese explicaciones… Traté de ser convincente, pero nada parecía aliviar el malestar que la noticia había causado entre mis compañeros. Marianne se acercó con unas cajas de cartón y esto hizo que se disolviese el corrillo que se había formado alrededor de mi mesa. A excepción de Elaine, ninguno me deseó suerte, ni siquiera me dijo adiós. Decidí pasar de ellos y pensar en el futuro. Iba a trabajar en la planta noventa, junto a los grandes.

—¿Crees que podremos comer juntas? Me muero si me dejas sola con esta panda de buitres —Elaine jugó nerviosa con el anillo que llevaba en el dedo

anular.

—No sé qué encontraré arriba, pero intentaré coincidir contigo en los descansos.

Antes de cerrar la caja de cartón, me cercioré de que no quedase nada en los cajones. En el inferior estaba el manual de operaciones complejas. Siempre viajaba conmigo. Al cogerlo, cayó al suelo un trozo de papel. Era una nota pequeña, escrita a mano. Reconocí la letra: mi madre había anotados varios números y series de letras. Fui incapaz de averiguar a simple de que se trataba. Mi primer impulso fue romperlo en pedazos. Me hacía regresar a mis padres y recordarlos me rompía por dentro. Ante la mirada atónita de Elaine, rompí el papel en diminutos e irregulares trocitos.

—¿Qué te pasa? ¿Es algo malo?

—No, recuerdos del pasado.

Me agaché para cerrar los cajones de la mesa cuando un objeto brillante, en el fondo de la papelera, llamó mi atención: se trataba de mi sacapuntas preferido, un recuerdo de la infancia. Alargué la mano para recogerlo y entre los dedos se coló uno de los trocitos en los que se había convertido la indescifrable nota de mamá. Entonces me invadió un impulso incontenible por recuperarla. Los trozos, revueltos en la papelera, parecían llamarme. Los cogí y guardé en el bolsillo de la mochila. Por la noche trataría de averiguar qué significaban aquella combinación de números y letras.

—Suerte, Caitlin —Elaine me zarandeó suavemente por los hombros—. Saca fotos de la planta y luego me cuentas. ¡Me muero por verla!

—Estoy aterrada. No sé qué voy a hacer allí sola, sin conocer a nadie.

CAPÍTULO VI

LA PLANTA NOVENTA

Mi corazón palpitaba desbocado mientras subía con Marianne en el ascensor interior. La planta noventa tenía un pasillo estrecho al que daban varias puertas. Todas estaban cerradas. Lo recorrimos hasta llegar y entramos en una sala que se encontraba al fondo. Era circular, de dimensiones moderadas, y las mesas de trabajo estaban unidas entre sí formando una especie de anillo. En el centro había una plataforma circular, algo elevada, con una mesa también circular. Me pareció emocionante encontrarme allí, aunque me desilusionó el poco interés que mi incorporación al grupo despertó entre mis nuevos compañeros. La mayoría ni siquiera levantó la vista para interesarse por mi aspecto o saludarme. Todos parecían muy concentrados en su trabajo. Esto un ambiente similar al de la planta ochenta y cinco: cientos de personas individualistas, trabajando como autómatas en plena competencia.

Marianne me acompañó hasta mi nuevo puesto y me ayudó a colocar las cosas. Tuvimos que hacerlo rápido, en unos minutos iba a empezar la reunión.

Un sonido agudo procedente de los altavoces me sobresaltó. Mi asiento empezó a girar hasta quedar posicionado frente a la mesa central. Las sillas de los compañeros también se giraron. Jeff me saludó con la mano. Su aspecto, desenfadado, desbordaba actividad. Vestía de forma informal con vaqueros y zapatillas de deporte.

—Os ruego me prestéis atención —dijo a través del micrófono que llevaba ajustado a la oreja—. Antes de empezar la reunión, os quiero presentar a Caitlin Greavy; la última persona que necesitábamos para completar el grupo. Con ella, somos treinta. Viene de la planta ochenta y cinco, del grupo de los recién graduados. La he seleccionado por su elevado nivel en matemáticas. Bienvenida, Caitlin. Antes de empezar a hablar del contenido del proyecto os recuerdo que hasta que se inaugure el ascensor espacial queda terminante prohibida cualquier filtración fuera de esta sala. No se puede hablar ni sacar información de materiales, técnicas, avances, aparatajes… Si alguien transgrede las normas, las consecuencias serán tremendas y yo os aseguro que no podré hacer nada para ayudarle. Con esto quiero decir que no solo provocaría el despido inmediato, sino que pasaría a manos de la justicia. Espero que os haya quedado claro.

Un chico de piel aceitunada y aspecto sombrío, situado tres puestos a mi derecha, levantó la mano. Jeff le pidió que se acercase al atril. Se

encontraba sobre la plataforma circular y giraba lentamente alrededor de la sala. Esto permitía tener al ponente de frente en algún momento. Antes de que comenzase a hablar, descendieron del techo varias pantallas virtuales.

—Lo que no me ha quedado claro, Jeff —dijo el chico— y puedo jurar que he pasado muchas horas estudiándolo, son las características del nuevo material que protegerá el cable de los agentes externos. Las islas Galápagos tienen un clima estable, pero los fenómenos climatológicos, debidos al cambio climático, los hacen imprevisibles.

Del brazo derecho de mi silla se desplegó una pequeña mesa, que llevaba incorporada una tablet. Permitía seguir la explicación añadiendo comentarios, dudas, preguntas.

—Ayer os hablé del rafeno, el material con el que se han construido el cable y la estructura. Hoy os voy a explicar las propiedades del material que formará el escudo protector. El p21, que es como se llama el nuevo material, ahora os envío un enlace con la ficha técnica, se desplegará desde la estación espacial hasta la plataforma marina, envolviendo toda la estructura y protegiendo todas las plataformas, situadas cada mil kilómetros, hasta la última, a 800 metros del mar. La estructura del escudo protector es transparente y tiene forma solenoidal. Ante cualquier amenaza de impacto a la estructura del cable, o las plataformas, el escudo emitirá una energía magnética cuya fuerza de repulsión será muy superior a cualquier fuerza de atracción al cableado o a la cabina. El radio de acción cubrirá un campo de hasta diez kilómetros de distancia. Por tanto, cualquier objeto que se aproxime, será desviado de inmediato en la dirección opuesta. En los terminales tenéis una imagen holográfica.

En la pantalla de mi tablet apareció el diagrama del solenoide y las fuerzas de atracción y repulsión en los diferentes tramos de la estructura. El chico desde el atril volvió a solicitar permiso de intervención.

—… y si uno de los principales objetivos de este proyecto es fomentar el turismo espacial, ¿cómo viajarán los turistas sin ninguna experiencia en astronáutica? Para las personas no habituadas tiene que ser difícil pasar cinco días dentro de un ascensor, sin gravedad, atados a los asientos o levitando por la cabina. Aún me parece más difícil la estancia en la estación espacial. ¿Cómo soportarán los turistas llevar puesto todo el día el traje espacial, moverse de uno a otro lado, …?

—Tranquilo, Marc —Jeff se puso en pie—. Lo que planteas está solucionado. Como bien dices sería una locura que los turistas viajasen embutidos en trajes espaciales, atados a los asientos o levitando por la cabina. Os confirmo que, tanto en el ascensor como en la estación espacial, la gente

irá vestida como le plazca. Además, habrá libertad de movimiento.

Otro compañero presionó el botón para solicitar intervención. Su aspecto, al igual que el del chico en el atril, era gris, apagado. Parecía que llevase toda la vida entre cuatro paredes.

—Pero, Jeff, eso que dices es imposible. En ausencia de gravedad no es…

—Efectivamente, Louis, sin gravedad no sería posible, pero tanto en la cabina del ascensor como en el interior de la estación espacial habrá gravedad artificial.

¿Gravedad artificial? ¿Una falsa gravedad? Me quedé sin aliento ante tal aseveración. A pesar de mis conocimientos de ingeniería, física y matemáticas, y de haber estudiado la gravedad artificial a nivel teórico, no tenía conocimiento de que se hubiese logrado creado una falsa gravedad. Miré de reojo a mis compañeros, tenían la misma cara de sorpresa e incredulidad que yo. Muchos pulsaron el botón de intervención. Jeff, desde la mesa central, pidió calma.

Una figura holográfica apareció en las pantallas. Se trataba de un hombre maduro, ataviado con una bata blanca, que se presentó como el doctor Schuman.

—… y respecto a la estación espacial Ss-50, se empezó a construir hace diez años. Tiene dimensiones elevadas, forma de esfera, un diámetro de cinco mil metros y un movimiento de giro de cinco veces por minuto. Esto, en su interior, genera una gravedad artificial, similar a la de la tierra, y permite que las personas y los objetos se mantengan firmes en el suelo. Por otro lado, y gracias a la gravedad artificial, se evitarán los problemas a nivel óseo y muscular que genera la ausencia de la misma ...

—Perdona, Jeff —insistió el último chico que había intervenido—. Cuéntanos algo de la estación, me cuesta imaginarla.

—Dentro de la esfera hay cinco edificios, que están comunicados entre sí a través de una serie de conductos. Uno destinado al hotel espacial, otro al laboratorio de investigación, otro a la fabricación de útiles y mantenimiento de las instalaciones, otro al almacenaje, y finalmente la zona de recepción de pasajeros a la llegada y partida.

—¿Cómo se va a proteger el interior de la cabina y la estación espacial de las radiaciones y temperatura externa? —me atreví a preguntar.

—Buena pregunta, Caitlin —Jeff se frotó las manos. Se mostraba pletórico, disfrutando enormemente del proyecto—. Tanto la cabina del ascensor como la estructura de la estación espacial están fabricadas en un material transparente, de gran grosor y dureza, que proporciona el aislamiento

total frente a la radiación cósmica y la temperatura exterior, sea elevada o baja. Luego os pasaré su ficha técnica. Además, tiene la capacidad de absorber parte de la energía exterior y procesarla para el consumo interno.

—¿Dónde se ha construido la estación? —preguntó otro compañero.

—Las piezas que componen la esfera se han fabricado en un lugar oculto, en el desierto de Sonora. Desde allí se han subido en cohetes a la zona Geo. Una vez en el espacio, y gracias a la robótica de última generación, se ha realizado el montaje de la estructura, ensamblando las diferentes partes. La estructura del cable permitirá en un primer momento el funcionamiento de dos ascensores: uno para los pasajeros y otro para las cargas. En el futuro, se prevé que se incorporen más unidades. Pensad en lo económico que será subir materiales al espacio.

—Todavía no nos has dicho en que va a constituir exactamente nuestro trabajo —insistió el chico.

Agradecí que hubiese en la sala compañeros tan activos. Me estaban resolviendo dudas que no me atrevía a preguntar.

—Este equipo se va a encargar de dar el soporte informático a la estación Ss50 y también a los dos ascensores. Por delante, como supondréis, nos quedan muchas horas de trabajo.

Cuando Jeff finalizó la exposición, los asientos se giraron y quedaron de nuevo frente a las paredes. Durante unos minutos dejé la mente en blanco. Me pregunté por qué Jeff me habría seleccionado. Era un proyecto muy complejo. Miré de reojo al compañero de al lado. Quería presentarme, cambiar impresiones sobre lo que nos acababan de explicar, pero estaba absorto en el ordenador y no parecía percatarse de mi presencia. También quise hablar con la compañera que tenía al otro lado, pero se mostró igual de inaccesible.

Abrí el enlace y me puse a leer el proyecto desde el principio. Cuando había surgido la idea para la construcción del ascensor, cómo se había conseguido el material para diseñar la esfera, el procedimiento para la síntesis del rafeno… El video explicativo mostraba el desierto de Sonora, en Arizona. La fábrica donde se desarrolló la parte mecánica se encontraba disimulada bajo una gran duna. La explicación sobre el proceso de construcción de la esfera duró más de una hora. Lo que más me impresionó fueron las imágenes en tiempo real de los operarios trabajando en la estación espacial, en el interior de los edificios; cableando, poniendo tuberías…

Tras la intensa jornada de trabajo, llegué a casa totalmente abatida. Me hubiese gustado compartir con alguien mis primeras impresiones sobre mi

nuevo trabajo. Pero lo único que me recibió fue un agudo sonido metálico: provenía de Merli, mi asistente doméstico. Esto me resultó deprimente y me trasladó emocionalmente al profundo sentimiento de soledad que padecía.

A excepción del café y del sándwich que había tomado a primera hora de la mañana con Elaine, había pasado el resto del día sin comer. Elegí un menú en la pantalla del congelador y metí el recipiente en el horno. En un par de minutos tenía en el plato un entrecot con verduritas a la plancha. Preparé té y me senté frente el ordenador. A pesar de las horas que llevaba sentada frente a una máquina, el ordenador era mi única compañía, mi enlace de comunicación con el mundo exterior.

Entre los mensajes de correo electrónico, que esperaban sin abrir en la bandeja de entrada, había varios de mis tías interesándose por mí. Llevaban adjuntos fotos de Dune, de algún pastel que habían cocinado, del paisaje de Dover… Para mi sorpresa, también tenía un mensaje de Paul. Me preguntaba cómo estaba, qué tal me había ido mi primer día de trabajo. Me confirmó que vendría el sábado a Nueva York y quería que nos viésemos. Me pregunté qué querría ese hombre de mí. No recordaba que Paul hubiese mostrado ningún interés especial en mí, cuando coincidimos en el colegio. Antes de contestar, llamé a Elaine.

—No puedes decir que no, Caitlin —dijo en un tono contundente—. Organizo un brunch en casa y así lo conocemos.

—Tendría que hacerlo yo, pero me encuentro sin ánimo para preparar nada.

—Nunca me habías hablado de él. ¿Es un antiguo amor de adolescencia?

—¡Noooo! —Se me pusieron los pelos en punta—. Casi no recuerdo su cara. Era un compañero de la escuela, dos cursos por encima, apenas tuvimos trato.

Ante su insistencia, contesté a Paul que mi amiga de Boston se había ofrecido a organizar la reunión en su casa. Yo estaba convaleciente y no me convenía pasar todo el día deambulado de un lado a otro.

CAPÍTULO VII

DAMIAN

El sábado me desperté muy temprano. Había quedado con Paul en un café cercano al apartamento de Elaine y estaba inquieta por el reencuentro. Salí a caminar, me ayudaría a apaciguar los nervios. El parque estaba teñido de un color amarillento debido a las altas temperaturas y la escasez de lluvias.

Cuando acabé el paseo me dirigí a la autotienda del barrio. Los antiguos supermercados y pequeños comercios habían sido sustituidos por este tipo de autotiendas. Los escasos comercios al estilo tradicional estaban concentrados en los lugares más céntricos de las ciudades. Yo no solía frecuentarlos: eran selectos y demasiado caros para mi economía. Las autotiendas, por el contrario, tenían precios asequibles. Ocupaban locales amplios, repletos de máquinas expendedoras. Solían utilizarse para las urgencias, los imprevistos, los caprichos, los detalles como el que yo iba a comprar. Los pedidos de alimentación y demás productos se realizaban vía informática.

A pesar de ser temprano, encontré la autotienda llena de gente. Me puse a la cola de una de las maquinas expendedores de bebidas alcohólicas y solicité una botella magnum de vino blanco georgiano. Era el que solíamos beber Elaine y yo, en el pub de debajo de la oficina, cuando salíamos del trabajo. Además, compré un bizcocho para Damian, el mendigo que se apostaba entre la autotienda y la iglesia. Era de estatura mediana y estaba muy delgado. Tenía la piel de la cara engrosada con profundas arrugas debido a la exposición diaria al sol. Le faltaba un brazo. Esto favorecía que los viandantes se detuviesen ante su bandeja de mimbre y le dejasen comida. Yo solía darle una pequeña limosna. No todos los días, no me lo podía permitir, pero sí dos veces por semana. Le solía comprar una botella de leche, un bocadillo, o si me decía que necesitaba algo en particular.

Damian siempre se mostró educado. Me devolvía una sonrisa acompañada de un ligero gesto de vergüenza. Un día me reveló que era ingeniero. Antes de perder el brazo trabajaba en una empresa importante de mecánica. Una tarde, cuando había acabado su jornada, escuchó unos gritos que le hicieron acudir en ayuda de unos operarios. Una de las

máquinas se había atascado. Metió el brazo y la mala suerte hizo que la máquina arrancase cuando lo tenía todavía dentro. Tras el periodo de baja, regresó a la fábrica. Su jefe le dio buenas palabras, le entregó el finiquito. Se quedó con una pensión estatal que no le alcanzaba para mantener a su familia. Su mujer llevaba años en el paro, y no debido a ninguna enfermedad, sino a la masiva invasión de los robots en el mundo laboral.

En aquellos años eran pocos los afortunados que teníamos trabajo. Esto suponía un problema para el sistema. Los ingresos vía impuestos eran mínimos y la gente no tenía dinero para consumir. El consumo, por tanto, había entrado en un bucle. Los gobiernos de los países desarrollados disponían de menos recursos para los subsidios y la desprotección social se convirtió en uno de los principales y más graves problemas.

Fue entonces cuando entendí realmente lo que papá me quería decir cuando me hablaba de la marea. La forma de vida que llevábamos estaba ocasionando un daño irreparable en la humanidad. Una gran parte de las personas habían sido sustituidas por robots. El resto estaba derrotado, con la autoestima por los suelos, aburrido de no tener en que ocupar su tiempo y pasando necesidad. Hombres y mujeres, viviendo en un mundo repleto de avances y comodidades, pero a los que no podían acceder. Individuos que en definitiva no interesaban al sistema, no producían nada, tampoco consumían.

Fue una época en la que el sistema económico mundial estuvo a punto de hacerse pedazos. El poder no tenía donde colocar los productos y obtener beneficios. La desigualdad entre la mínima minoría, que tenía poder y dinero, y la inmensa mayoría que vivía en precario era desproporcionada. El problema migratorio, debido a las elevadas temperaturas, se sumó al problema y la delincuencia se volvió incontrolable.

Damian me contó que tenía cincuenta años y llevaba veinte viviendo en precariedad. Cuando se quedó manco, y se puso a mendigar, todavía circulaba el dinero en metálico y era más fácil conseguir limosnas. Facilitaba echar unas monedas al cestillo que ir a la tienda y comprar algo. El mendigo se reía cuando yo le contaba que no concebía el hecho de llevar el dinero encima: me parecía algo sucio, incómodo y peligroso. Estar en contacto con algo que habían tocado antes millones de personas me parecía inasumible, por las enfermedades que se podían transmitir por contacto directo con el papel o las monedas. Yo nunca había manejado dinero en efectivo, pero sí lo había visto y tocado, incluso recordaba su mal olor. Mis padres guardaban de recuerdo, en la cajita de joyas de la abuela, algunas monedas y billetes. Damian argumentaba frente a esto que lo verdaderamente horrible era tener que ir por la calle con mascarillas, vivíamos en un mundo de locos. Sus palabras me recordaban

a papá. Probablemente por eso hice tan buen contacto con él.

Aquella mañana, al salir de la autotienda, lo busqué para entregarle el trozo de bizcocho. No estaba en su sitio habitual ni tampoco la silla de playa, ni su perro. Pregunté por él al agente de policía que patrullaba por el barrio. No sabía nada. Me resultó extraño, siempre permanecía allí hasta que llegaba la noche.

Decidí entrar en la iglesia. Damian me había comentado acerca de la buena relación que tenía con los sacerdotes. En aquella época, la mayoría de las iglesias de la ciudad se encontraban cerradas. Ésta era una de las pocas que permanecía abierta, incluso mantenía el culto. No se celebraban misas a diario, ni en festivos, solamente en ocasiones excepcionales: funerales, bautizos, bodas. No había suficientes sacerdotes para celebrar la Misa, administrar los sacramentos… Además, la gente había perdido la costumbre y el interés por practicar.

El atractivo de esta iglesia era principalmente cultural; en su interior se guardaban importantes tesoros: retablos, pinturas, esculturas, ornamentos, libros... Era lo que la mantenía en pie.

Antes de acceder al interior tuve que abonar la entrada. Para ello miré fijamente al escáner y seleccioné el tipo de visita que iba a realizar; de culto o de interés cultural. Acto seguido, una de las puertas laterales se abrió.

La iglesia estaba vacía y en ligera penumbra. Caminé por el pasillo lateral de la izquierda hasta llegar a una pequeña puerta de madera, a escasos metros del altar. La golpeé con los nudillos, al principio suave, luego con más fuerza. Nadie parecía escucharme. Dudé unos segundos, accioné la manilla y la abrí. Un sacerdote mayor salió a mi encuentro.

—Siento la intromisión —me disculpé ruborizada—, venía a interesarme por el mendigo. Me resulta raro que no esté afuera.

—¿Damian? —el sacerdote arqueó sus pobladas cejas—. Murió ayer.

—¿Qué le ha pasado? Le he visto estos días y parecía estar perfectamente.

El sacerdote se presentó como padre Mathew. Me invitó a seguirlo hasta una sala, completamente empanelada en madera. Una mesa enorme, también de madera, ocupaba el centro de la estancia. Había ropa usada, juguetes, diferentes accesorios, paquetes de arroz, de azúcar, botellas de leche, cacao…

—Su preocupación por Damian me indica que es usted una persona sensible. Le voy a enseñar lo que hacemos en la iglesia, por si algún día

se anima a venir a ayudarnos. Los sacerdotes de esta comunidad nos ocupamos del mantenimiento y conservación del edificio y sus tesoros. A su vez atendemos a personas que, al igual que Damian, necesitan nuestra ayuda. Cada día hay más necesitados. Cada mañana y cada tarde abrimos esas puertas y atendemos a las personas que reclaman nuestra ayuda. Mire lo que nos trajeron ayer.

En una de las esquinan de la sala había dos sacos enormes de copos de cereales.

—Cada semana nos los trae un devoto feligrés. El hombre acudía a la iglesia a diario cuando todavía se practicaba el culto. Tiene una importante fábrica de cereal y nos regala dos o tres sacos por semana.

—¿Cómo lo entregan a la gente? ¿Lo envasan?

—¡No, por Dios! Lo servimos mezclado con la leche. —El padre Andrew me mostró unas largas hileras cuencos apilados.

Era consciente de la existencia de las colas del hambre, pero no sabía que la iglesia atendía una de ellas. Las puertas de la sala daban a la parte trasera del edificio y yo nunca pasaba por la calle de atrás. El mendigo tampoco me lo había comentado.

—Cada día viene gente que no conocemos y echamos en falta a más de los habituales. Está muriendo mucha gente.

El padre Mathew introdujo la llave en el cerrojo de una de las puertas correderas. El sonido de unas ruedas chirriando me hizo volver la cabeza. Dos sacerdotes, de avanzada edad, empujaban un carro metálico. Transportaban una enorme olla, a rebosar de una humeante leche recién hervida.

—Si se anima a ayudarnos, póngase un delantal —el padre Matthew señaló unos percheros al fondo de la sala—. Le voy a presentar, padre Mikel y padre Joseph.

Cogí un delantal y me lo pasé por el cuello. ¿Cómo me iba a negar a ayudarlos? Miré la hora, tenía tiempo. Sentí que estaba viviendo una situación única.

El padre Matthew abrió las dos enormes puertas de madera. En la calle, una cola enorme de gente esperaba el desayuno. El padre Mikel me pidió que le fuese pasando los cuencos metálicos mientras él, con unas manos temblorosas y huesudas, iba rellenando los cacillos de copos de cereales y los cubría de leche caliente. Me sitúe al lado del padre Matthew y le ayudé a repartir el desayuno. La mayoría de los necesitados tenía las mejillas sonrojadas. Aunque era temprano, el sol brillaba con fuerza. Miré con

tristeza a esas personas, eran parecidas a mí, o a mi familia o mis compañeros de trabajo. Gente que no debería encontrarse en una cola de hambre.

Aquella experiencia me hizo tener una conciencia real del problema que padecía el mundo. Además, me encontré profundamente acompañada, algo que me faltaba desde hacía mucho tiempo. De alguna forma, me sentí unida a la humanidad y ese sentimiento fue tan grande que me infundió una alegría inusual. Creo que el padre Matthew leyó mi corazón. Sonriente me dijo:

—Caitlin, todavía hay esperanza.

Me ofrecí a ayudarles a meter los cuencos en los friegaplatos. Antes de abandonar las dependencias interiores, prometí al padre Matthew volver otro sábado.

Abandoné las dependencias interiores. El padre Mikel se había ido un rato antes porque iba a celebrar un bautizo. A la mitad del pasillo lateral, alrededor de la pila bautismal, había un grupo de gente reunido. El padre Mikel estaba recitando una plegaria. Elevó los ojos, por encima de sus anteojos, y me hizo un gesto invitándome a acercarme. Era la primera vez que iba a asistir a un bautizo católico y me asaltó la curiosidad por la ceremonia y por ver al bebé.

En los países desarrollados, la natalidad había disminuido a niveles alarmantes; era inusual ver niños en la calle. No había facilidades económicas y el índice de fertilidad había disminuido. Por el contrario, en las zonas del mundo menos desarrolladas: Sudamérica, Sudáfrica, India, Sureste asiático… había un aumento descontrolado de natalidad. Esto provocaba que en términos globales hubiese más habitantes en el mundo y un problema de recursos para alimentar a la población mundial.

El padre Mikel pidió que acercasen el niño a la pila bautismal. Una mujer llevaba en brazos al bebé, mientras un hombre portaba la vela. El sacerdote explicó que eran los padrinos y, tras hacerles unas preguntas, vertió el agua sobre la cabecita del bebé. Los llantos retumbaron en la iglesia. El sacerdote cogió un pequeño recipiente, que contenía aceite, y se untó el dedo índice. Luego hizo la señal de la cruz en la frente del niño. Mi falta de conocimiento en materia religiosa era total. Desde hacía años se habían abandonado la mayoría de las religiones.

Cuando acabó la ceremonia abandoné la iglesia. Me detuve en el lugar donde acostumbraba a sentarse Damian. Se me saltaron las lágrimas.

CAPÍTULO VIII

PAUL

La vida, al final, no es más que un juego de pérdidas y ganancias. Acababa de perder a una persona especial e iba a reencontrarme con alguien de mi pasado. Había quedado con Paul en una cafetería cercana al apartamento de Billy y Elaine. Se encontraba situado en Midtown, en pleno corazón de Manhattan. Una zona de viviendas de lujo, cerca de las más exquisitas tiendas, restaurantes, lugares de espectáculos…

Me bajé del metro en Times Square, un par de paradas antes de donde había quedado con mi amigo. Llevaba una mañana de emociones y necesitaba un poco de evasión. Admiré los escaparates de las tiendas, pero no entré en ninguna; había que abonar una cantidad importante de dinero para visitarlas. El importe se incrementaba considerablemente si se requería la atención de un dependiente, y aún más si se pasaba al probador. Era la manera con la que el comercio a nivel de calle competía con el comercio digital. Estaba enfocado a una reducidísima minoría con un elevado poder adquisitivo. La diferencia social, en aquella época, era enorme: la clase media había desaparecido casi por completo: solo tenían sueldos aceptables los empleados del estado y los profesionales altamente cualificados.

Paul me estaba esperando fuera de la cafetería. Tuve que hacer un esfuerzo por reconocerle. Del chico desgarbado y altiricón, con la cara llena de granos, al apuesto hombre que se encontraba apostado junto a la puerta. Alto, de pelo negro, nariz alargada. Los primeros momentos fueron tensos. Apenas nos recordábamos. Tomamos un café rápido antes de dirigirnos a casa de Elaine.

En un primer momento pensé que las atenciones que me profería se deberían a la petición de su madre para que me acompañase. Sus padres y los míos eran amigos. Enseguida me di cuenta de que iba

desencaminada. Paul se mostraba decidido, muy seguro de sí mismo, no lo imaginaba actuando bajos las órdenes de nadie.

Un portero perfectamente uniformado nos recibió en el portal. Estaba informado de nuestra llegada y no tuvimos que pasar por los controles rutinarios de los edificios. Cuando el ascensor se detuvo en la planta treinta y nueve, Elaine y Billy nos esperaban en el descansillo.

—Caitlin —Elaine me dio un abrazo. Mirando a Paul de reojo, grito: —. ¡Preséntanos!

Mi amiga era muy simpática y extrovertida. Cuando estaba nerviosa agitaba las manos y las pulseras, que adornaban sus muñecas, chocaban entre ellas. Billy, por el contrario, era pausado y le insistía en que fuese más comedida. Pero Elaine disfrutaba comunicándose con la gente. Hablaba, reía, bailaba… era un ser maravilloso y excepcional para aquella época.

Me sorprendió la decoración del apartamento. Mi amiga solía jactarse de que no le gustaban las labores de casa y no las atendía. Sin embargo, todo se encontraba en perfecto orden y tenía un cierto aire minimalista.

—Quiero agradeceros vuestra hospitalidad —Paul le entregó a Elaine un detalle y yo hice lo mismo—. No es lo habitual en estos tiempos tan asociales.

—No tengo mérito, me encanta estar con gente —Elaine gritó al desenvolver el pañuelo—. A juego con mi nueva toilette. Además, Paul, no todos los días se conoce a un inglés. Billy, ponnos una copita de vino.

Me sorprendió verla encender un cigarrillo. En el departamento estaba prohibido y también en los locales públicos, incluso en la calle. Era tan nerviosa, que se puso a fumar uno detrás de otro. Cuando acababa una carga de nicotina, abría otra. Billy también parecía un gran fumador, aunque más pausado. Durante el aperitivo se intercambiaron varias cargas: de menta, sabor tabaco, cítrico…

—¿Todavía no se sabe qué les ocurrió a tus padres? —Paul se mostraba desconcertado—. ¡Han pasado más de quince días! Siempre había creído que la policía inglesa era eficaz.

—De momento, nada. La policía no ha encontrado la caja negra. Se baraja la hipótesis de que haya caído en algún lugar alejado del accidente.

—Te veo muy pálida —Elaine me agarró de la mano—. Chicos, estamos agobiando a Caitlin. Hablemos de otra cosa.

Di un sorbito a la copa de vino blanco para armarme de valor. Rememorar lo ocurrido me trasladaba de nuevo al depósito de cadáveres. La imagen de sus cuerpos, cubiertos por sábanas, sobre mesas metálicas, me atormentaba.

—Al día siguiente del entierro, los dos agentes de policía que me habían acompañado a identificar a mis padres, vinieron a casa. Fue entonces cuando me enteré que en el cuerpo de mamá se habían encontrado restos de sustancias tóxicas. ¡Imaginaos el shock! Los agentes recogieron los restos de comida, que había sobre la mesa del salón, y los llevaron a analizar.

La emoción me desbordó por completo. Me eché a llorar.

—Lo siento mucho. No debería de haber venido. Os estoy arruinando la fiesta.

—¡Por Dios, Caitlin! —exclamó Elaine—. ¡No digas eso! Para esto estamos los amigos. Billy, rellena su copa de vino.

—¿Tomaba medicamentos tu madre? —intervino Paul.

Era un hombre analítico, parecía metódico, templado. Apenas nos conocíamos y, sin embargo, me inspiraba confianza.

—¿Lo crees importante? Era hipertensa y tenía recetados tres o cuatro fármacos.

—Pásame la lista. Precisamente trabajo en una investigación científica relacionada con una serie de muertes incuantificable. No me preguntéis, no tengo permiso para hablar.

Lo miré fijamente. Sus ojos, oscuros, me confundían. Entre nosotros nunca había habido nada, apenas nos conocíamos, pero había algo en Paul que me daba seguridad.

—¿Necesitas ayuda para la testamentaría? Tengo un amigo en Harvard especializado en esto.

—Gracias, Paul. En esto sí que te voy a pedir ayuda. Me resulta imposible acceder, a través del asistente virtual, a las últimas voluntades de mis padres.

—¿No has podido acceder todavía a las cuentas?

Elaine estaba alarmada y daba múltiples caladas a su cigarrillo electrónico. Sabía que mis padres me ayudaban a pagar el alquiler del apartamento, el

sueldo de los principiantes no alcanzaba para nada.

—No podemos ayudarte con mucho, pero cuenta con nosotros hasta que se liberen las cuentas. Caitlin, ¿cómo no me lo has contado?

Elaine representaba el polo opuesto a todo lo que conocía. Era todo amor y generosidad. Un regalo que me había otorgado la vida.

—Sabes que no tengo palabras para agradecerte. No te preocupes. Mis tías me han adelantado dinero. No tengo problema.

—Si me das tu permiso —se sumó al instante Paul—, pongo de inmediato el asunto en manos de mi amigo. Se me ocurre que, al haber intervenido el juez de instrucción, el proceso haya quedado paralizado.

No sabía cómo darles las gracias ante semejantes muestras de cariño. Era tan inusual en aquella sociedad, fría y materialista. La emoción que me invadió era tan grande que otra vez se me escaparon las lágrimas.

—No tengo palabras para agradeceros. Espero que en el nuevo puesto me vayan a pagar más.

—Creía que estabas en prácticas —me interrumpió Paul mirándome fijamente.

—Mi jefe me ha seleccionado para participar en un proyecto nuevo. No sé por qué y me ha enemistado con el grupo de principiantes.

—Yo, que conste —intervino Elaine aplaudiendo efusivamente—, me he alegrado un montón por Caitlin.

—Lo sé y lo gradezco. Hubiese renunciado si me hubiese enfrentado a ti.

Paul dio un sorbito a su copa de vino, mientras se interesaba por el contenido. Lamenté no poder hablar de ello, descargar las tensiones a las que me sometía mi nuevo trabajo, pero Jeff había sido muy claro; el que transgrediese las normas se vería en serios problemas con las autoridades. Solo de pensar que tendría que subir en el ascensor espacial me ponía los pelos de punta. Sufría de una cierta claustrofobia y me sentía incómoda en los espacios cerrados. Por no hablar de la estación espacial.

—¿Estás metido en eso? —Elaine interpeló a Billy

—Sí, pero como ha dicho Caitlin tenemos prohibido hablar del proyecto

—Pero tú y yo vivimos juntos —gritó mi amiga abriendo mucho los ojos—,

no tenemos secretos o eso creía. ¿Te han trasladado a la planta noventa?

—No. Continúo en la ochenta y nueve. Elaine, por favor, no insistas.

La tensión se tornó insoportable. Ansiaba que regresase la cordialidad. Paul captó al instante mi malestar y debió la atención recordando anécdotas de nuestra etapa escolar. Elaine y Billy se relajaron y volvió a imperar la paz.

Pasamos al comedor. Felicité a Elaine por la mesa tan bonita que había puesto; me recordaba a la que ponía tía Mary en su casa cuando íbamos los domingos a merendar. El ambiente en el apartamento era lo opuesto al mío. Me hizo reflexionar si el problema estaría en mí; no había sido capaz de aportar nada personal a mis cuatro paredes. Incluso el robot doméstico de Billy y Elaine, me resultaba mejor que Merli. Incluso me hizo reír al verlo lleno de pegatinas de equipos de futbol.

—Aprovechando que los tres trabajáis en el departamento —intervino Paul— ¿Podrías mirar en los ordenadores algo para mí? Como os he contado estoy metido en una investigación y vuestra ayuda me resultaría muy útil.

Me sentí incomoda. Su petición me hizo pensar que el interés que me mostraba no era realmente por mí, ni alentado por su madre que era amiga de mis padres, si no para obtener información. Paul leyó mis pensamientos.

—No es lo que estás pensado, Caitlin.

—No he dicho nada —Le fulminé con la mirada—, pero ¿no es mucha casualidad? Llevamos años sin vernos y ahora apareces en mi vida como por arte de magia y nos pides esto.

Elaine intentó reconciliar la situación y le animó a que se explicase.

—Os doy mi palabra de que no venía con ninguna intención. Al oíros hablar del departamento se me ha ocurrido sobre la marcha que podrías ayudarme. No sé si me encuentro ante un problema grave o una casualidad. Pero me cuesta creer en las casualidades. Al laboratorio donde trabajo están llegando informes médicos confusos. Todos acompañados de denuncias al departamento de sanidad por muertes sospechosas relacionadas con tratamientos médicos. Mi intuición me dice que está ocurriendo algo irregular. Es como si hubiese un plan maquiavélico para acabar con un determinado grupo de gente. Es por esto por lo que os pido vuestra colaboración. Esto nos incumbe a todos.

—Lo siento, Paul, estoy paranoica. Retiro lo que te he dicho. Me gustaría ayudarte, pero en la planta noventa solo tenemos acceso a lo relacionado

con el proyecto.

—Quizás yo pueda hacer algo —intervino Billy—. Lo que cuentas es muy grave. Pásame los números de expedientes.

Lo que acababa de escuchar acerca de las muertes misteriosas me hizo pensar en Damian, el mendigo, y en lo que había contado el padre Andrews de las muertes de tantas personas que eran habituales en las colas del hambre.

Cuando empezó a anochecer Paul y yo nos pusimos en marcha. Él iba a coger el tren de vuelta a Boston, de las diez de la noche, y yo el metro. Antes de despedirnos me disculpé por haberme mostrado suspicaz con él. Quedamos en mantenernos en contacto.

CAPÍTULO IX

DÍAS ANTES DE LA INAUGURACIÓN

Desde mi regreso a Nueva York, tía Mary y tía Blanche no dejaban de llamarme. Les había prometido pasar en Dover las vacaciones de verano y no iba a poder cumplir mi promesa. Jeff nos acababa de comunicar que la fecha prevista para la inauguración del ascensor espacial estaba prevista para el día uno de agosto. Todos los que trabajábamos en la planta noventa nos mostrábamos nerviosos ante la noticia. Nos faltaba el tiempo para hacer todo lo que faltaba. Aquellos días apenas descansábamos, repasando y repasando cada una de las tareas. Yo estaba especialmente inquieta ante mi primer viaje a la base militar de Baltra, en las islas Galápagos. Otros compañeros habían viajado en varias ocasiones.

Una de las últimas reuniones, antes del viaje, fue bastante movida. Nos asaltaban todo tipo de dudas ante el incierto futuro. Además, la gente reclamaba respuestas para dar a las familias que se mostraban inquietas ante los acontecimientos.

—¿Subiremos todos a la vez a la estación espacial? —preguntó Marc, el compañero que se sentaba a mi lado—. ¿Se ha realizado alguna subida de prueba?

—No —Jeff respondió tajante—. Antes del primer ascenso hay que repasar los circuitos y esto nos tocará a nosotros. Lo que sí os confirmo, es que acaba de ser engarzada la última plataforma y el cable está tenso y completamente unido. Cuando estemos en la base militar de Baltra, nos indicarán los detalles.

La noticia me aceleró el corazón. Estaba profundamente arrepentida de haber aceptado a participar en el proyecto. No por falta de conocimientos, me había acoplado perfectamente al equipo, si no por mis dificultades emocionales para enfrentarme a lo desconocido. En ese momento habría dado lo que fuese por abandonarlo, pero no me atreví a hablar con Jeff.

VIERNES, 15 DE JULIO DE 2050. 9:00 DE LA MAÑANA

Recuerdo, como la más estresante de mi vida, la mañana que partíamos hacia la base de Baltra. La angustia me consumía y casi no me salían las palabras. Elaine me acompañó hasta que llegó la hora de mi partida. Intentaba animarme, diciendo que tenía que estar orgullosa de participar en algo tan grande, pero sus ojos no podían ocultar la inmensa preocupación que sentía por mí.

—Tendrías que ver lo calladitos que están ahora nuestros compis —Elaine hizo una mueca intentando hacerme reír—. Tanto que se quejaron por tu ascenso y ahora están mudos. Caitlin, espero que no te hagan subir a la estación espacial. Ni tampoco a Billy. Prométeme que chatearemos a diario.

Nos dimos un abrazo y subí al autobús. En una base área de Nueva York cogimos un avión militar que nos llevó a las islas Galápagos. Durante el viaje, busqué información en la tablet sobre Baltra. Era una isla pequeña y estaba deshabitada, a excepción de la base militar americana y el aeropuerto Seymour, que servía de puerta de entrada al resto de las islas que formaban el archipiélago. El aeropuerto era de la época de la segunda guerra mundial, aunque estaba reformado. Lo construyó la Marina de los Estados Unidos con la intención de patrullar el Canal de Panamá.

Al aproximarnos a la costa, pude ver a través de la ventanilla prácticamente toda la isla. La vegetación era escasa. Los arbustos de nopal y los árboles de palo santo ofrecían un colorido ocre, apagado y árido. Lo me fascinó fue el intenso color verde azulado del mar, y la

espuma blanquecina de las olas, al chocar contra las rocas o mezclarse con la arena blanca de las playas.

Antes de emprender el viaje, Jeff nos había explicado que la plataforma marina se encontraba a varios kilómetros de distancia de Baltra, en pleno Océano Pacífico. Nos recordó que el archipiélago de las Galápagos era una provincia de Ecuador, aunque se encontraba a mil kilómetros de su costa. Lo constituían trece grandes islas volcánicas, seis más pequeñas y cientos de rocas e islotes.

A las cinco de la tarde, hora de Baltra, el avión tomó tierra en el aeropuerto Seymour. Un lugareño, de aspecto desenfadado, vino a recibirnos. Vestía bermudas de flores y una camiseta negra, sin mangas. Se presentó como Emilio Jose, para servirles. Luego, en un tono muy cordial, nos invitó a subir al autobús. Me preocupó que el vehículo no estuviese conducido de forma informatizada. Nunca hasta ese día había viajado en un autobús tan viejo y mucho menos conducido de forma manual. El chofer hablaba sin parar, gesticulaba y se giraba hacia atrás a mirarnos. Se mostraba feliz, absolutamente despreocupado.

—Ahorita los despido acá y los recojo cuando lo deseen. Que pasen unos lindos días —Sonriente fue sacando las maletas de la parte inferior del autobús.

Dos apuestos oficiales, salieron a recibirnos. Nos condujeron a las dependencias donde nos íbamos a alojar. Se trataba de una residencia y estaba al lado del edificio central. Jeff iba a la cabeza del grupo, hablando con los oficiales. Cuando llegamos al pasillo al que daban las habitaciones se detuvo:

—Me informan que se nos ha dejado comida y bebida así que, hasta mañana a las ocho, que nos encontraremos en el comedor principal, podemos descansar.

Me tumbé a lo largo de la cama, mientras contemplaba el movimiento de las aspas del ventilador. Me alivió del sofocante calor que había padecido al bajar del avión. Durante el trayecto a la base, y ante las protestas de algunos de mis compañeros, Emilio José se disculpó por el insuficiente aire acondicionado del autobús; ni era capaz de neutralizar la elevada temperatura del exterior. Nos contó que días atrás se habían alcanzado los sesenta grados al sol. Los escasos animales que quedaban en la isla, estaban muriendo. También habló de la superficie de la isla y como se estaba reduciendo debido a la subida del nivel del mar. Este era otro problema que afectaba al planeta y la causa del incremento de movimientos migratorios.

La primera noche que pasé allí, apenas pude dormir. La idea obsesiva de que iba a tener que subir a la estación espacial me resultaba inasumible.

No me encontraba psicológicamente capaz. Durante el desayuno escuché entre mis compañeros el rumor de que se iba a celebrar un sorteo. Previo al inicio de la reunión, me asaltó un mal presentimiento. Jeff dio unas palmadas y le seguimos hasta la sala. Se encontraba en la planta subterránea y tenía forma de anfiteatro. Conté las filas de asientos; cincuenta, y estaban colocadas en pendiente.

Frente a las primeras filas, situada en un plano elevado, había una tarima de madera, y sobre ella, una mesa semicircular que ocupaba de lado a lado. Esto permitía la visualización de los ponentes desde los diferentes ángulos de la sala.

Antes de la llegada de los oradores, Jeff nos explicó que la sala se utilizaba para reuniones de trabajo, pero que, en el futuro, cuando comenzasen los viajes a la estación espacial, se emitirían videos informativos a los viajeros.

Ocupamos las filas delanteras. Mientras nos acomodábamos, llegó el grupo de técnicos. Al igual que nosotros, también iban dirigidos por su jefe. Jeff nos había informado que los técnicos llevaban dos años en la base de Baltra. Se situaron en las filas detrás de las nuestras. Di un vistazo rápido y calculé que estaríamos cincuenta.

La puerta trasera de la tarima se abrió y dio paso a un grupo de gente, que se fue acomodando tras la mesa semicircular. Había personas de diferentes nacionalidades: blancos, negros y asiáticos.

Pensé: “estoy frente al poder”.

El que supuse sería el portavoz cogió el micrófono, y nos saludó con un pronunciado acento norteamericano. Supuse que tendría un cargo importante.

A ambos lados de la tarima había dos pantallas que se encendieron dando comienzo a la exposición. El hombre explicó cosas que yo ya sabía y otras de las que nunca había oído hablar.

—… y como la cabina del ascensor dispone de una capacidad limitada, en el primer viaje solo van a subir quince personas: la mitad de la capacidad del ascensor. Se ha realizado una selección entre todos ustedes y a continuación nombraré a las personas elegidas para esta primera misión. Deben estar orgullosos de la oportunidad que se les brinda.

Los nombres de los seleccionados fueron apareciendo por orden alfabético en la pantalla. Cuando escuché mi nombre, perdí el aliento. La cabeza me daba vueltas y pensé que me iba a desmayar. Compañeros de la planta noventa giraron las cabezas hacia mí. Sus miradas mostraban diferentes tipos de sentimientos: envidia, aliento, y la gran mayoría alivio por no

haber sido elegidos.

Parecía que todo me salía mal. No podía creer que me hubiesen elegido entre todas las personas que había en la sala.

—Ustedes quince, tendrán el inmenso honor de inaugurar el ascensor espacial —El hombre lo pronunció en un tono triunfal—. No han sido elegidos al azar, como se rumoreaba. Reciban nuestras más cordiales felicitaciones. Les deseamos que disfruten de un agradable ascenso a la estación espacial.

Un coro de aplausos cerró la intervención. Yo no era capaz de aplaudir. Estaba paralizada y decidida a renunciar a todo, abandonar el trabajo, volver a Dover.

—Caitlin, enhorabuena —Jeff se acercó y me cogió del brazo—. No me confundí contigo. Tienes un nivel elevadísimo.

—No sé cómo decirte esto, Jeff. Te agradezco todo lo que ha hecho por mí, pero me siento incapaz de subir en el ascensor. Cuando me trasladaste a la planta noventa no me hablaste de ello. Me aterran los espacios cerrados, las alturas. Emocionalmente no estoy preparada. Que elijan a otra persona.

—Pero, Caitlin, ¿qué estás diciendo? ¿No eres consciente de lo mucho que se valora tu trabajo? En la base de Baltra hay más de cien técnicos e informáticos trabajando en el proyecto y tú eres una de las elegidas. Deberías estar dando saltos de alegría en vez de tener esa cara de miedo. Te ruego no me dejes en mal lugar. Tendría consecuencias negativas en mi carrera profesional.

Ante esa revelación, no podía renunciar. Por nada pondría a Jeff en una situación comprometida. Estaba en deuda con él. Además, era una de las pocas personas con las que tenía una relación cordial, siempre amable conmigo.

—Lo intentaré, es lo único que te puedo prometer. Pero si mi mente va mal no seré capaz de realizar en condiciones mi trabajo.

—Estate tranquila. Vamos a hablar con el médico de la base para que te recete medicamentos.

Nos separamos del grupo y fuimos al consultorio. Expliqué mi problema al médico militar que sugirió a Jeff que me sustituyese por otro.

—No es posible. Caitlin es una pieza clave en la misión.

El doctor meneó la cabeza y me entregó dos cajas de medicamentos: para la ansiedad y el insomnio. La suerte estaba echada, y no había vuelta atrás. Jeff me animó a que fuese a descansar. La aventura comenzaría al día siguiente, a primera hora de la mañana.

Una vez en la soledad de la habitación, me eché a llorar. Llamé a mis tías y les informé de la situación. Los gritos de tía Blanche sobrevolaron el atlántico. Cuando colgué me entró una llamada de Elaine.

—¡Qué mala suerte, Caitlin! ¿No te puedes negar? Billy ha recibido esta mañana la comunicación de que tiene que viajar de inmediato a Galápagos. Dios mío, ¿en qué nos hemos metido?

—En mala hora acepté el ascenso.

—¿Cuándo subís?

—El lunes.

—¿Podremos comunicarnos cuando estés en el ascensor? —me preguntó.

—Han informado que habrá cobertura tanto en la cabina como en la estación espacial.

—Suerte y que vaya todo bien. En cuanto tenga noticias de lo que vaya a hacer Billy, te escribo.

LUNES, 18 DE JULIO DE 2050. 7:00 AM

A la hora señalada, los quince seleccionados abandonamos la base de Baltra. Emilio José nos trasladó en el autobús al embarcadero donde nos recogió un barco. Navegamos durante un par de horas hasta llegar a la plataforma marina. A unos kilómetros de distancia la divisé en el horizonte; era una base enorme desde la que partía el cable que se elevaba hasta perderse en el infinito. Se había salvaguardado la distancia de seguridad con las islas que formaban el archipiélago. Un enorme perímetro de balizas y patrulleras protegía la plataforma de intrusos y curiosos. A medida que nos acercábamos, sentía más miedo. Jeff me intentaba animar hablándome de una y otra cosa. Pero yo no era capaz de concentrarme. Mi mente se encontraba detenida en esa obsesión.

—Sé que es una situación difícil, Caitlin, pero intenta estar tranquila —Jeff me ayudó a bajar del barco—. Subiré en el próximo ascenso, así que en unos días nos encontraremos arriba. Intenta disfrutar de este momento mágico, que te ha tocado vivir. Venga, sonríe. Me haces sentir culpable.

Una vez en el interior de la cabina, un hombre se presentó como Eric Johnson, ingeniero responsable del ascensor, y dio una breve explicación

sobre la distribución.

—La cabina dispone de tres plantas. En la primera se encuentra esta pequeña zona de recepción y la sala de pasajeros. Las escaleras automáticas dan acceso a las plantas superiores y también un montacargas para el equipaje.

La sala de pasajeros era rectangular y tenía treinta sillas separadas, colocadas en hileras.

—En la tarjeta que les entrego tienen el número de habitación y asiento —se dio la vuelta en dirección a las escaleras.

Una vez arriba nos indicó los dormitorios y los aseos comunes, al fondo del pasillo.

—En unos minutos partiremos, dejen rápido sus cosas y bajen a la sala de pasajeros.

El cuarto que me habían asignado era un cuchitril. Tenía un tamaño tan reducido que cabía justo una cama estrecha. Una sensación de claustrofobia me invadió. Me tomé una de las pastillas que me había recetado el médico de la base de Baltra y bajé a la sala de pasajeros. Mi asiento estaba a medio metro de una de las paredes de la cabina y guardaba distancia con el de al lado lo que ofrecía una cierta intimidad. Una estrecha franja acristalada recorría la estructura. Unos compañeros se acercaron para mirar el exterior. Afuera no había más que oscuridad así que tomé asiento. Me abroché el cinturón de seguridad y recliné el respaldo hacia atrás. A pesar de la pastilla, mi corazón palpitaba acelerado. Cerré los ojos intentando distanciarme de la situación, pero la potente voz del ingeniero responsable de la cabina me sobresaltó.

—En cinco minutos partimos. Acomódense en sus asientos y abróchense los cinturones de seguridad. No está permitido moverse hasta que la señal verde se encienda.

Los gritos de entusiasmo, cuando comenzó el ascenso, me atormentaron. Volví a cerrar los ojos. Un sonido metálico retumbó en la cabina. Eric Johnson explicó que provenía de la apertura de la compuerta superior. La luz que entraba por la cristalera me hizo abrir los ojos. Durante los primeros minutos tuve la misma sensación de ir en avión. Se escuchaba el ruido sordo del motor y se sentía la velocidad. Entré en pánico. Cogí otro ansiolítico y lo puse debajo de la lengua. Me debí quedar adormecida.

Me despertaron las voces de mis compañeros y el aroma a café. Me acerqué al fondo de la sala. Un camarero se encontraba colocando sobre una mesa metálica jarras con diferente zumos y bandejas de comida. Lo acompañaban dos asistentes mecánicos. Me serví un vaso de café con

leche y varios sándwiches. La gente estaba desayunando en grupo. Yo regresé a mi asiento con la bandeja. No tenía ánimo para hablar. Además, solo conocía a mis cinco compañeros de la planta noventa, pero estaban a lo suyo. Desde que los conocía, formaban un grupo cerrado. Trabajaban juntos y evitaban relacionarse o compartir con los demás.

Desde mi posición, observé que la mayoría se conocía. Hablaban formando corrillos. Solo unas pocas personas permanecían aisladas como yo.

Pulsé un botón del cuadro de mandos del reposabrazos y se desplegó una mesa y una pantalla de ordenador. Me ajusté los auriculares y elegí una película. Me quedé dormida durante unas horas. Cuando desperté, no había nadie en la sala. La luz ambiental era escasa y tenía una tonalidad azulada, mortecina.

Una vez en mi cuarto me cambié de ropa. El responsable de la cabina nos había explicado que la ropa interior se dispensaba en los cajetines automáticos de los aseos. Nos recomendó inyectarnos a diario medicamentos para evitar trombos y llevar medias de compresión especiales. Me vestí con un pantalón y una camiseta de chándal y me inyecté el medicamento. Luego me acosté en la cama, pero era incapaz de dormir. A través del grueso cristal que formaba la pared veía inevitablemente el exterior. Estar ascendiendo en medio de la nada, ser un punto minúsculo en el universo, me aterraba.

CAPÍTULO X

COLGADOS EN EL UNIVERSO

El sonido de la alarma me despertó la mañana del tercer día de ascenso. Me incorporé sobresaltada y me acerqué a la cristalera de mi cubículo. No

percibí nada extraño, pero bajé corriendo a la sala de pasajeros. La escena que encontré era dantesca; los compañeros hablaban alborotados.

—¿Qué ocurre? —pregunté a Robert, el ingeniero responsable del grupo de técnicos que trabajaba en la base.

—¡Estamos parados!

—¿Parados?¿Qué ha ocurrido?

—No sabemos —Robert tenía la cara desencajada.

La cabeza me empezó a dar vueltas ante la noticia. ¡Colgados en el universo! Me lamentaba de haber accedido a participar en la misión. ¿Qué sentido tenía construir un ascensor al espacio? No éramos capaces de cuidar nuestro planeta y queríamos convertirnos en una especie interespacial. No recuerdo qué más ocurrió. Debí perder la consciencia. Los zarandeos de Robert me devolvieron a la realidad. Me puse una pastilla bajo la lengua y recuperé el control.

—Caitlin —me apremió—, es urgente que hagamos algo. Me han dicho tus compañeros que eres muy buena en algoritmos. Hay que apagar y reiniciar rápido el ordenador central.

Lo escuché atónita. Robert no me había dirigido la palabra en los tres días que llevábamos en el ascensor y en ese momento me hablaba como si nos tratásemos desde hacía tiempo.

Dos hombres de aspecto oriental se acercaron. Llevábamos tres días en el ascensor y hasta ese instante no habíamos sido presentados. Me miraban como si yo tuviese en mis manos una varita mágica capaz de resolver el problema.

—No creo que sea de utilidad —dije casi sin aliento—. Llevo poco tiempo en esto y…

—Si tus compañeros creen que puedes, debes intentarlo —Robert me apremió en un tono enérgico—. A no ser que prefieras morir aquí.

Eric, el ingeniero responsable del ascensor, se juntó a nosotros. Explicó que Joseph, ingeniero mecánico, y Louis, ingeniero eléctrico, acababan de revisar los mecanismos y circuitos eléctricos.

—Confirman que todo se encuentra en perfecto estado, el ordenador central está bloqueado y es urgente que lo reiniciemos.

—¿Podría tratarse de un sabotaje? —le interrumpió Robert.

—Es una posibilidad.

Volví a entrar en pánico. La intuición fatal que me perseguía desde que me habían comunicado que tenía que subir en el ascensor espacial se estaba haciendo realidad.

—¿Se ha comunicado a la base? —Las palabras fluían de mi garganta con dificultad— ¿No pueden arreglarlo desde abajo?

—El bloqueo del ordenador impide la conexión —Eric me miró fijamente—. Hay que actuar rápido. Tenemos diez horas de supervivencia. El tiempo que tardará en agotarse el depósito de combustible. Cuando se pare el motor auxiliar, la fuerza de Coriolis nos separará del cable.

Abandonamos la sala de pasajeros. Una vez en la recepción, Eric abrió una puerta, situada detrás de la escalera mecánica, y pasamos a una sala minúscula. El ordenador que regía el ascensor estaba embutido en una de las paredes. En la pantalla lucían muchas luces, de diferentes colores, unas parpadeando y otras fijas. Nos acomodamos en la mesa de trabajo. Estaba enfrente de la pantalla y ocupaba un lado a otro de la sala.

Eric me entregó un teclado inalámbrico. Dos chicos, de los que no sabía su nombre, trabajaban afanosos frente al computador. Robert los presentó como técnicos de la base de Baltra que estaban bajo su dirección. Yuri era japonés, Dietrich, alemán. Levantaron la cabeza del teclado y me miraron con curiosidad. Tras las presentaciones, nos repartimos las tareas. Urgía encontrar, entre las secuencias de programación, la posición del error.

Yuri solicitó a Eric aislamiento total, requería un elevado nivel de concentración. Los dos responsables salieron de la sala y me quedé a solas con los dos chicos.

Las primeras horas las pasamos revisando exhaustivamente las secuencias numéricas hasta que encontramos el error. Un simple cero repetido tres veces había modificado la secuencia de programación. Cuando lo subsanamos llegó el momento decisivo; había que apagar el ordenador para reiniciarlo.

El sistema se fue deteniendo y la sala quedó en penumbra, a merced de las luces de emergencia, que funcionaban con baterías. La sensación de desamparo me arrastraba. Cerré los ojos, si no conseguíamos arrancar el servidor, la cabina se soltaría del cable y quedaríamos a la deriva, a merced del universo.

El ordenador central no arrancaba. Yuri propuso trabajar en el núcleo y, ayudado de una serie de herramientas minúsculas, desmontó la parte

trasera del panel. Mostraba la destreza de un cirujano, manejando con habilidad un destornillador finísimo. Soltaba y apretaba de una forma precisa y ordenada las clavijas. Todo era tan pequeño que parecía un milagro que pudiese ver lo que hacía. Dietrich volvió a intentar reiniciar el servidor. Entreabrí los ojos, me daba miedo mirar a la pantalla.

El servidor seguía parado. Dietrich se acercó a Yuri y, con una precisión parecida a la del japonés, se puso a trabajar entre aquella madeja de cables minúsculos. Me pidieron que les llevase café.

Robert me abordó nada más entrar en la sala. El resto también se acercó. Estaba explicando que el servidor no arrancaba cuando Yuri entró gritando.

—Caitlin, está en marcha. Corre.

La pantalla estaba gris. Dietrich me aseguró que estaba en marcha porque tenía una actividad eléctrica correcta.

—Hay que reconfigurarlo y no tenemos mucho tiempo. Al generador solo le queda combustible para una hora.

Una intensa descarga de adrenalina puso en marcha mis neuronas. Era el trabajo más difícil al que me iba a enfrentar. Tuve que formular cientos de ecuaciones, secuencias, algoritmos… con la enorme dificultad de no poder leer nada de lo que escribía. La pantalla permanecía gris. Era una lucha feroz contra el tiempo, que avanzaba imparable.

Yuri y Dietrich tecleaban sin descanso en su tablet. Yuri propuso abordar al sistema desde diferentes flancos. Así fue como establecimos un dialogo interno con la máquina. Un lenguaje que dominábamos pocos en el mundo.

La primera media hora fue frustrante, no ocurrió nada. La pantalla continuaba gris y el sistema general de alumbrado, aire acondicionado... no funcionaban. Unos segundos antes de los cincuenta minutos, apareció un signo de guion en el centro de la pantalla. Segundos después, se escuchó un ligero bip. Fueron las primeras buenas noticias, la máquina reconocía nuestro lenguaje y empezaba a ponerse en marcha. Solo quedaban diez minutos para arrancar el servidor o la cabina saldría despedida. Pero no conseguíamos abrir el espacio de diálogo donde introducir la contraseña.

—Hay que anular el anti virus —gritó Yuri—. El cortafuegos está impidiendo el acceso. Hay que ir en busca de la coreana, está especializada en este campo.

Me ofrecí a ir a buscarla y entré corriendo en la sala de visitantes. Al oír su nombre, la chica se incorporó del asiento. Era bajita y muy menuda, y llevaba una cinta negra anudada en la frente.

Ha-neul se sentó frente al servidor. Tecleaba a una velocidad vertiginosa en el teclado inalámbrico. Golpeaba con tanta fuerza las teclas que parecía que de un momento a otro fuesen a salir volando. Pero el anti virus no se desactivaba.

—¡Lo he pillado! —gritó.

En el centro de la pantalla apareció el recuadro para escribir la contraseña. Luego el escritorio principal y los iconos. El motor auxiliar empezó a recibir energía. Ahora se recuperarían las funciones, el servidor central llevaría la cabina a la situación inicial. Las luces se encendieron, el sistema de aire acondicionado se puso en marcha, los retretes químicos en funcionamiento…

Tras unos minutos de un trabajo imparable, Eric vino a buscarnos. Debíamos reunirnos urgentemente con el resto del grupo. No dio más pistas. Me asustó su mirada. No entendía qué más podía ocurrir. El ordenador funcionaba.

—Ahora que el sistema está restablecido —Eric se dirigió a toda la sala— tenemos que decidir qué hacemos.

—No entiendo —Yuri le increpó en un tono nervioso— ¿No te parece suficiente que sigamos sujetos al cable?

—Tenemos que decidir qué vamos a hacer: subir o bajar.

—¿Bajar? ¿Para qué?

—Por seguridad. ¿Qué garantía tenemos de que el ascenso continue bien? No sabemos qué ha sucedido. Si ha sido un sabotaje podrían volver a intentarlo.

Miré a mis compañeros, los sentí diferentes. De lo insociables que se habían mostrado durante esos tres días a ese momento en el que mostraban abiertamente su humanidad.

Hubo una votación a mano alzada. La mayoría se manifestó a favor del ascenso, solo unos pocos preferían descender. Yo me sumé al reducido grupo de los absentistas. No me decidía por ninguna de las dos opciones; ambas me daban miedo. Lo mismo nos podían atacar subiendo que bajando. Aunque mi mayor deseo era bajar, sabía que nos volverían a hacer subir. Por lo menos ya estábamos a veintitantos mil kilómetros de la

tierra.

—Voy a contactar con la base y que sean ellos los que decidan —Eric se colocó los auriculares.

No hubo tiempo para nada. Un movimiento: brusco, rápido, inesperado, nos tiró al suelo. El ascensor se acababa de poner en marcha. Me quedé sin aliento. No recuerdo quién me ayudó a levantarme y me llevó hacia la cristalera. Estaba confundida y no sabía si subíamos o bajábamos.

—¡Estamos subiendo! —Eric gritó a mi lado.

Me separé de la cristalera y me dirigí a mi asiento. Me aterraba ver el exterior. La mayoría de mis compañeros permanecieron pegados a las cristaleras, admirando embelesados el universo.

CAPÍTULO XI

EL FINAL DE CARRERA

Los dos días que siguieron al incidente fluyó la comunicación en el grupo y se crearon lazos de solidaridad entre todos. La parada del ascensor, enfrentarnos a la muerte, fue determinante para nuestro trabajo posterior. Se aplaudió la labor de la chica coreana. Su nombre, Ha-neul, significaba cielo. También nos felicitaron a Dietrich, Yuri y a mí. Personas para las que hasta ese momento había sido invisible, habían comenzado a verme. Desde esa inmensa distancia, que me separaba de la Tierra, me prometí nadar con todas mis fuerzas contra la corriente, entendí que también me había arrastrado.

Unas horas antes de llegar a la estación espacial, el ambiente en la sala de pasajeros era alegre. Me serví un café y me integré con los compañeros. Eric y Robert entraron en la sala con una mirada seria. Pidieron que volviésemos a los asientos y avisaron a los que faltaban para

que bajasen a la mayor brevedad.

—Tenemos otro problema —Eric tomó la palabra—, y parece grave. Joseph y Louis, los mecánicos, nos acaban de informar de que el ascensor está subiendo al doble de la velocidad programada.

—¿Qué medidas se pueden tomar? —Yuri, el japonés, se puso en pie—. Habrá que actuar rápido. Si llegamos al final de carrera fuera de la velocidad estipulada el ascensor podría sobrepasarla.

Mi cuerpo empezó a temblar. El momento de tranquilidad había durado poco.

—¿Sobrepasar la estación espacial? —intervino otro compañero—. ¿Crees que no podremos frenar?

—¿Al doble de la velocidad programada? —Yuri lo miró serio. Le conocía de las tensas horas que habíamos trabajado juntos, reiniciando el servidor, y no hablaba por hablar—. Imposible. El cable finaliza en la estación, saldremos despedidos al espacio. Es urgente reducir la velocidad. ¿Qué proponéis? —preguntó a Joseph y Louis.

—A nivel mecánico no se puede hacer nada —contestó Louis—. Sospechamos que se trata de un nuevo problema informático.

—Vamos a tranquilizarnos —Robert organizó un grupo con los compañeros que tenían mayor formación en esa materia—. Con la mente en calma se piensa mejor.

Los llevó a la sala donde estaba el ordenador central. Después vino a por Yuri, Dietrich y por mí.

Las horas que siguieron se me hicieron eternas. Repasamos los protocolos, pero no encontrábamos dónde se regulaba la velocidad del ascensor. Robert anunció que iba a contactar con la base de Baltra. Tampoco podían ayudarnos desde abajo. El problema estaba propiciado por un segundo acto de sabotaje e impedía al ordenador de la base interaccionar con el del ascensor.

—¡Qué barbaridad! —Yuri exclamó, secándose las gotas de sudor que le caían por la frente—. Subimos a más del doble de lo establecido. Aquí está la posición, oculta entre protecciones de seguridad.

—¿Puedes modificarla? —Dietrich se acercó a él.

—Pásame las claves. Tengo que ver si podemos entrar por otra ruta.

Los siguientes minutos estuve presa de una gran tensión. No dejaba de preguntarme cómo se había violado el protocolo de seguridad. Era inevitable pensar que fuese algún participante del proyecto.

—¡Ya está! —gritó Yuri triunfal.

El movimiento del ascensor era imperceptible. No sentía que la velocidad se hubiese reducido, pero confiaba plenamente en él.

Cuando regresamos a la sala de pasajeros, el resto del grupo nos recibió expectante. Yuri informó que había bajado la velocidad a la mitad de la preestablecida. Tardaríamos más en llegar, pero era necesario frenar gradualmente el ascensor.

Nos abrochamos el cinturón de seguridad Estábamos a pocos kilómetros de la estación espacial.

VIERNES, 22 DE JULIO DE 2050. 14:00 PM

Tres horas antes de lo previsto, llegamos al final de carrera de la estación espacial. El ascensor llevaba tanta inercia que entró más rápido de lo previsto. Las balizas los detuvieron bruscamente al llegar al tope. El impacto de la frenada fue brutal, me soltó el cinturón de seguridad y caí de bruces contra el suelo. Además, la cinta del cinturón me había raspado la frente, provocándome una herida que sangró con fuerza. Esto se debió a un fallo de la cabina del ascensor; los cierres de los cinturones estaban mal ajustados y se soltaron ante la presión.

Al resto de los compañeros les ocurrió algo similar. Varios sufrieron percances; algunos leves, otros más serios. Objetos que había sobre la mesa metálica: vasos, tazas, platos, cubiertos, volaron por los aires golpeándolos.

Eric se mostraba absolutamente bloqueado ante lo ocurrido. Tenía la mirada perdida. Robert le urgió para que reaccionase. A través del sistema de comunicación pidió que los menos lesionados del equipo, subiésemos a las habitaciones a recoger el equipaje del resto.

CAPÍTULO XII

LA ESTACIÓN ESPACIAL; SS50

Tras unos minutos de tensa espera, la puerta de la cabina se abrió, dejándonos paso a un conducto abovedado, cuya estructura, traslúcida, permitía ver la enorme cúpula que contenía a la estación espacial. A la cabeza del grupo iba Eric. Robert, a su lado, cojeando. Había sufrido un golpe fuerte en un tobillo. El conducto acristalado nos llevó a una plaza circular, que comunicaba con otros conductos. Estaba desierta.

Cuando la cruzamos, observé que en el centro había una plataforma circular, con varios telescopios. A su alrededor, tres bancos simulando un lugar de descanso o de encuentro. Intenté no mirar hacia arriba, me aterraba el espacio exterior, pero era inevitable. Sobre nosotros se encontraba la aplastante oscuridad del universo.

—Al final de este conducto se encuentra el hotel —Eric hablaba en un tono elocuente.

Nos detuvimos frente a una enorme puerta acristalada. Contuve la respiración, expectante. Eric pasó el chip que llevaba insertado bajo la piel de la muñeca por el escáner y la puerta se deslizó permitiéndonos el paso.

El chico de recepción nos recibió sonriente. Antes de asignarnos las habitaciones, explicó que el hotel disponía de cincuenta habitaciones, distribuidas en tres plantas. Estaba destinado a las visitas de los altos cargos y al turismo espacial.

—El personal de la estación espacial —Eric interrumpió al recepcionista—, se aloja en el edificio donde se encuentra su puesto de trabajo. Nosotros nos vamos a alojar en la zona destinada a los futuros turistas. Los responsables del proyecto desean que se prueben las instalaciones y

servicios antes del viaje inaugural previsto para los próximos días.

La recepción era majestuosa. Tenía un cierto lujo anticuado donde se mezclaban a la perfección la modernidad de los materiales con el mobiliario, de un clásico y exquisito estilo inglés. Nunca me hubiese imaginado así la decoración del hotel de la estación espacial. El suelo estaba enmoquetado con una alfombra en tonos rojos y grises. Proporcionaba sensación de calidez. El mostrador, de madera oscura, recorría paralelo a una de las paredes del inmenso vestíbulo. Luego comenzaba la magnífica escalera. Parecía sacada de un cuento de fantasía y se elevaba en círculo a las plantas superiores. Los pasamanos eran de madera oscura y los peldaños estaban cubiertos por una alfombra con motivos orientales.

Formamos una cola frente al mostrador. Me sorprendió que los recepcionistas fuesen humanos y no robots como era lo habitual en Nueva York.

Cuando me llegó el turno, pasé por el escáner el chip que tenía implantado bajo la piel de la muñeca. El sistema me asignó la habitación. Se encontraba en la planta primera. Subí por las escaleras. El techo era abovedado y acristalado, lo que permitía ver el exterior.

Antes de deshacer la maleta, observé con detalle lo que había en el cuarto; iba a tener que vivir allí por un tiempo indeterminado así que debía adaptarme rápido. La habitación no desmerecía a la de un hotel de lujo. Tenía una cama amplia, de unos dos metros de ancho, y un cabecero de madera labrada con dos mesillas a juego. Sobre las almohadas de blanco satén había seis bombones de chocolate, envueltos en papel de plata. Enfrente, un majestuoso escritorio sobre el que colgaba una pantalla enorme de ordenador. Junto a él, un pequeño frigorífico. Luego la puerta que comunicaba con el cuarto de baño.

Una enorme cristalera recorría la pared principal de la habitación. No tenía cortinas ni persianas. Desde mi posición podía ver la bóveda de la plaza y el techo de los otros cuatro edificios. Todos de un color gris metalizado. Una cristalera recorría la fachada de cada una de las plantas. Los cinco edificios que formaban la estación espacial tenían una estructura circular y se encontraban situados alrededor de la plaza central.

Me alejé de la inquietante visión, que me ofrecía el ventanal, y acomodé la ropa en el armario, apenas llevaba equipaje. Nos habían instruido cómo debíamos vestir; ropa cómoda e informal.

En el interior del armario ropero, había una pequeña lavadora para lavado en seco. Metí varias prendas y me fui a dar una ducha.

El cuarto de baño era amplio. En la parte central había una espectacular bañera redonda. Abrí uno de los grifos dorados para llenarla de agua. Me sorprendió lo que ocurrió después. No conocía ni había oído hablar de un sistema parecido. El agua y jabón habían sido sustituidos por diminutos discos de gel, que salían a gran velocidad a través de los grifos y circulaban en desorden por la bañera. Entré con recelo. Enseguida me sentí envuelta en un delicioso baño de espuma. Los discos emulaban la sensación térmica y sensorial del agua, mientras las nanopartículas de jabón ejercían sobre mi piel una limpieza eficaz. Cerré los ojos y quise olvidarme por unos instantes dónde me encontraba.

La alarma del chip que llevaba insertado bajo la piel me avisó de que era la hora de bajar a cenar. El recepcionista nos había informado que a las ocho se servía la cena en el comedor principal, aunque se podía bajar a la sala de estar a tomar un aperitivo.

A pesar del baño, me sentía cansada por la tensión acumulada durante el ascenso. Me envolví en la toalla. Sobre la mesita que acompañaba al sofá había una cubitera con hielos y dentro una botella de champán; acompañada de una breve nota de bienvenida. Decidí servirme una copa y no bajar a cenar. Lo único que quería era dormir, olvidarme de dónde estaba. Me arropé entre las envolventes sábanas de fina tela blanca y cerré los ojos. La excitación acumulada por lo ocurrido durante el viaje y la ansiedad ante lo que fuese a suceder me impidió dormir. Me preocupaba todo: cómo me iba a adaptar a vivir allí y volver a coger el ascensor para bajar.

Saboreé uno de los bombones de chocolate y encendí la pantalla para ver una película. Arrullada por el sonido de la música, y las voces de los personajes, al fin me dormí. El sueño duró poco. Instintivamente dirigí la vista a la cristalera, en busca de la luz de la mañana, pero no encontré nada más que la inquietante y abrumadora negrura del exterior. Miré la hora: eran las seis y cuarto. El desayuno no empezaba hasta las siete, aun así, bajé a esperar a que abriesen el comedor.

El recepcionista nocturno me saludó amable y me indicó por donde se accedía al salón principal. Era de grandes dimensiones y comunicaba con el comedor. A excepción de la pared que hacía las veces de fachada, y era traslúcida, el resto estaban empaneladas, a media altura, con madera oscura. Una tela de colores suaves, a juego con la moqueta, las cubría hasta el techo.

Me senté en una butaca, frente a la magnífica biblioteca de madera. En el centro había una chimenea encastrada, donde lucía un fuego artificial, y transmitía calidez. Encendí la tablet. La señal de red era excelente. Parecía impensable estar tan lejos de la Tierra y poder conectar tan fácilmente. Abrí la cuenta de correo electrónico. Durante el ascenso, debido a los problemas ocasionados por el sabotaje, habían estado

interrumpidas las comunicaciones. La bandeja de entrada estaba llena de mensajes: de tía Mary y tía Blanche, que no entendían por qué no me conectaba y me pedían que comunicase con ellas urgentemente. De Elaine y de Paul, en los mismos términos. Evité comentar con ellos los problemas surgidos durante el ascenso. Eric había insistido en que no se hiciesen comentarios al respecto. Dificultarían la investigación.

Leí las noticias de actualidad. Los titulares de los medios de comunicación mundiales comentaban la mayor noticia del siglo: el primer acenso del ascensor espacial. No había ninguna mención a los problemas surgidos. Se hacía una mención a la próxima visita de altos cargos para el acto de la inauguración. Por delante, me esperaba un trabajo intenso revisando el sistema informático.

A las siete en punto entré en el comedor. Llevaba horas sin comer en condiciones y mi estómago no dejaba de protestar, emitiendo una coral de ruidos. Me sorprendió lo grande que era, con una capacidad para atender a unas cien personas. En la zona central había un escenario circular. Supuse que se iban a realizar actuaciones para entretener a los hospedados. Al igual que en el resto del edificio, una de las paredes era acristalada.

No había ningún camarero a la vista, me acerqué a la mesa de servicio. Sobre ella había jarras con zumos, bandejas calienta platos, cestas de frutas y bols de cereales, … Me estaba sirviendo un vaso de zumo de naranja cuando un camarero, perfectamente uniformado de blanco, salió a mi encuentro.

—Buenos días, señorita, disculpe mi ausencia. Elija la mesa que desee, ahora mismito le sirvo. ¿Qué prefiere té o café?

—Café, gracias.

—¿Lo acompaña con un plato de huevos revueltos con Bacon o desea una ración de alubias rojas en salsa de tomate? La comida acá es realmente exquisita.

—Unos huevos revueltos estarán bien.

Me sentí abrumada ante su excesiva atención. Me preguntaba cómo alguien aceptaba venir a trabajar a este lugar. Llevaba apenas unas horas y ansiaba regresar a tierra firme. Ver el sol, sentir el aire, caminar sin rumbo por la ciudad. Entonces fue cuando vi mi vida desde allí arriba y me di cuenta de todo lo bueno que tenía.

El sonido del vaivén de las puertas al abrirse, me hizo levantar la vista de la tablet. Fue la primera vez que le vi. El desconocido eligió una mesa cercana a la mía. No me saludó ni tampoco me miró. La frialdad y falta de

comunicación en aquella época era habitual. Pero era absurdo el hecho de encontrarse dos seres humanos, en el grandioso comedor de una estación espacial, a una distancia de treinta y tantos mil kilómetros de la tierra, y no ser capaces de decirse ni buenos días.

El camarero lo saludó efusivo; esto me dio a entender que se conocían. Aproveché el tiempo que estuvieron hablando, para estudiarle más a fondo. Era algo mayor que yo. El desconocido apartó la atención del camarero y me miró fijamente. Me sentí como una colegiala pillada in fraganti.

Me escondí tras la tablet. Un rubor asfixiante subió por mi cuello y enrojeció mi cara. Bajé la vista al plato de huevos y cargué el tenedor con una porción excesiva. Parte del contenido cayó dentro de la taza de café lo que agravó la situación. Nunca me había sentido tan ridícula. El camarero se percató de lo sucedido y se acercó corriendo a atenderme. Estaba tan nerviosa que no acertaba a disculparme, mientras el hombre limpiaba afanoso la mesa.

—¿Desea que le cambie el mantel?

—No hace falta, gracias. Disculpe mi torpeza y…

Levanté por unos segundos la vista. Fue la primera vez que se cruzaron las miradas entre el desconocido y yo. Sentí una extraña sacudida, parecida a una pequeña descarga eléctrica. Parecía toda la energía del universo se hubiese puesto de acuerdo para conectar nuestros cuerpos.

La llegada de mis compañeros rompió la magia del momento. Eric se dirigió al camarero y le pidió que juntase mesas a la mía. El desconocido dobló la servilleta y se levantó a saludar a Eric. Los dos hombres se dieron unas suaves palmaditas en la espalda. No nos presentaron. Pasó el momento y se despidieron.

—Te echamos en falta anoche —Robert me saludó sonriente—. ¿Qué tal has dormido?

—No muy bien —Di un sorbito a mi segunda taza de café—. Demasiada tensión acumulada. ¿Qué tal va tu tobillo?

—Hinchadísimo —Se recogió un poco el pantalón y pude verlo; abultado y amoratado—. ¿Con ganas de empezar a trabajar?

—Sí, lo que sea para bajar a tierra cuanto antes. Me agobia este lugar. No me explico cómo hay gente que ha decidido venir a trabajar aquí.

—Se paga bien, no lo dudes.

Tras desayunar, recorrimos el conducto abovedado hasta llegar a la plaza. Allí nos dividimos en cinco grupos. Nuestra misión consistía en comprobar que el sistema informático de los cinco edificios funcionase correctamente. Robert me apuntó en su equipo, en el que también estaban Yuri y Dietrich. Dijo que nos íbamos a encargar del sistema informático del edificio de control.

La sala de control era enorme. Estaba llena de computadores y había varias personas trabajando. Antes de empezar nuestro cometido, comentamos lo sucedido durante el ascenso. Todos, sin excepción, se decantaron por la teoría del sabotaje.

—… insisto en que el sistema de seguridad del programa es impenetrable —Uno de ellos elevó la voz sobre el resto—. Ha tenido que ser alguien desde dentro.

Si el chico estaba en lo cierto, el saboteador podría ser cualquiera de la base o del departamento de informática estatal. La tensión se hizo insoportable. Cualquiera de nosotros era sospechoso.

Robert repartió las tareas, mientras organizaba un equipo para investigar lo sucedido. Faltaban pocos días para que los grandes mandatarios, de los diferentes gobiernos, subiesen a celebrar la inauguración oficial.

Me senté frente al ordenador. Las secuencias de algoritmos que se me presentaban eran interminables. A media tarde, me asaltó un intenso dolor de cabeza. Pedí permiso a Robert para retirarme. En esas condiciones era inútil continuar el trabajo.

—Toma un analgésico y nos encontramos en la cena. No nos falles. Será cuando intercambiemos las primeras opiniones.

Me acompañó una sensación de aprensión, al caminar sola por el conducto que conducía a la plaza. Cuando llegué, me detuve en el centro. La oscuridad exterior y el silencio me abrumaron. Continué camino hacia el hotel. Tomé un par de analgésicos y me sumergí en la bañera. El movimiento ondulante de los discos de gel, y la sensación de estar a la temperatura adecuada, me relajaron. Fue desapareciendo la presión en la frente y me quedé ligeramente adormecida. La imagen del desconocido se coló atrevida. Era la primera vez que un hombre me hacía sentir esa sensación. De hecho, nunca había tenido relaciones con chicos a excepción del propio trabajo. Nadie me había mirado nunca como lo había hecho el desconocido. El corazón me latía sobreexcitado; por encontrarme allí, el miedo que había pasado durante el viaje, la oscuridad aterradora que veía inevitablemente a través de la cristalera y, sobre todo, por el

desconocido.

Bajé al salón a esperar a que llegase la hora de la cena. Me senté en el mismo sillón, frente a la chimenea. El crepitar del fuego artificial rebajó la temperatura de mis emociones. Pero la calma duró poco. La puerta se abrió. Levanté la vista pensando que sería alguno de mis compañeros. Nuestros ojos se cruzaron. Era el misterioso hombre del desayuno.

CAPÍTULO XIII

JULES

Al entrar en el comedor, el camarero me recibió afectuoso. Me acompañó a la larga hilera de mesas que había juntado para nuestro grupo. Elegí un asiento junto a la cabecera y le pedí un vaso de zumo de naranja.

—Ahora mismito se lo traigo, junto a un pequeño aperitivo.

—Muchas gracias, José —Llevaba el nombre escrito en la placa identificativa de la solapa del uniforme—. Imagino lo duro que tiene que ser trabajar aquí. Si no es indiscreción, ¿cuánto tiempo lleva en la estación espacial?

—Seis meses, señorita —Miró hacia arriba a la vez que hacía una mueca teatral—, es harto duro, créame. Pero acá pagan muy bien y tengo una gran familia que alimentar.

—¿Tiene muchos hijos?

—Seis, señorita.

—¡Que barbaridad! —Me disculpé al instante por el comentario—. Donde yo vivo mucha gente no tiene hijos y a lo sumo uno. Es raro ver niños por las calles.

—¿Le gustan?

—¡Claro! Soy hija única y lo que más me hubiese gustado era tener hermanos. Me he sentido muy sola en la infancia, aunque mis padres me colmaban de atenciones, no era lo mismo.

—Coincido con usted. Es un tesoro poder compartir los miedos y las alegrías. Las novedades de la juventud.

—¿De dónde es?

—De Catamayo, Ecuador. Allá tenemos un lote de tierra donde cultivamos y criamos animales. Pero no alcanza con lo que se saca. La semilla, los abonos, los piensos son harto caros, los intermediarios apenas pagan por el producto. A esto se suma que el campo está abrasado por el sol y hay poca agua para el regadío y la bebida a los animales.

—¡Qué difícil!

—¡Y tanto! Por lo que he visto en los noticieros, la gente de ciudad no vive mucho mejor. Los robots han quitado hartos puestos de trabajo y a diario hay más colas de hambre.

La conversación con el camarero me produjo una pizca de melancolía. Me parecía estar oyendo a mi padre sermoneándome acerca de las penurias que se nos avecinaban y yo suplicando por lo bajo para que parase. Me agobiaba escuchar tanta negatividad.

El desconocido irrumpió en el comedor. El camarero salió a su encuentro. No eligió la misma mesa del desayuno, que estaba al otro lado de la estancia, si no una individual cercana a la del grupo. De nuevo nos encontrábamos de frente. Me sentí incómoda. No dejaba de mirarme. Parecía que se iba a lanzar a hablar conmigo y en el último segundo se detenía. Me puse a leer las noticias en la tablet. No entendía por qué tardaban tanto en bajar mis compañeros.

El camarero se acercó a su mesa y le sirvió una taza de té. La conversación entre ambos era tan ruidosa que me hizo elevar la vista de la tablet. Sus ojos; cercanos y risueños se cruzaron con los míos. Mantuvimos unos segundos la mirada hasta que el camarero se colocó en el medio de nuestro campo visual. El grupo irrumpió en el comedor y el momento de intimidad pasó.

Robert se sentó a mi lado. Se le veía agotado. Tenía el tobillo muy hinchado y se quejaba de dolor.

—¿Por qué habéis tardado tanto? ¿Ha pasado algo? Siento haberme ido tan pronto, pero no aguantaba el dolor de cabeza.

—Yuri ha encontrado la secuencia donde partió el sabotaje. Hasta obtener más datos, lo vamos a mantener en secreto entre los que trabajamos en la sala de control.

—Tranquilo por mí. Soy discreta. ¿Crees que el saboteador puede atentar contra la estación?

—Estamos en una situación vulnerable. Hay que estar alerta a cualquier movimiento extraño.

—Me aterra que sea alguno de nosotros —Lo miré con inquietud.

Robert se quedó pensativo lo que aumentó mi inquietud. Acababa de poner en tela de juicio la honestidad de nuestros compañeros.

—Habrá que cambiar las contraseñas, esto nos va a retrasar el trabajo. Mañana iremos antes a trabajar.

—Por mí, perfecto. Lo mío no es dormir.

Eric se sentó a cenar con el desconocido. Las risotadas de ambos se elevaron en ocasiones por encima del murmullo de nuestras conversaciones. Durante la cena, el hombre no dejó de mirarme. Lo hacía con una mezcla de soberbia y superioridad.

—¿Sabes quién es? —Me lancé a preguntar a Robert—. Esta mañana también ha desayunado aquí.

—Se llama Jules y es ingeniero. Eric y él han trabajado juntos. Le he conocido hace un rato, aunque había oído hablar de él. Su grupo lleva meses trabajando aquí.

Robert no me contó, y yo tampoco me atreví a preguntarle, qué especialidad tenía ni en qué edificio trabajaba. Por lo que había entendido, en las explicaciones preliminares, el comedor era de uso exclusivo para los alojados en el hotel. Por la relación con José, el camarero, era evidente que acudía a menudo.

Los cinco días que siguieron a aquella noche, no volvimos a coincidir. Fuera de aliviarme, me contrarió. Había algo en Jules que me atraía. Cada

vez que iba al comedor de dejaba de pensar en él.

Respecto al trabajo, tuvimos situaciones muy complicadas. Realizamos cientos de comprobaciones e implantamos múltiples sistemas anti sabotaje. Eric, al fin, dio la orden de bajar el ascensor. Yo estaba ansiosa porque subiera Jeff, mi jefe. Me daba confianza y seguridad. Además, quería preguntarle hasta cuándo me iba a tener allí. Había momentos en que la angustia me sobrepasaba. Las pastillas que me había entregado el médico de la base no me hacían el efecto esperado.

La situación se agravó el día que Yuri descubrió que el acto de sabotaje había partido de un ordenador del Departamento Estatal de Informática de los Estados Unidos; el lugar donde trabajaba yo. La noticia revolucionó al equipo. Nos volvió desconfiados. Me sentí cuestionada. Del grupo que trabajábamos en la sala de control, yo era la única que procedía del departamento estatal.

—Es a Jeff, el jefe del departamento al que le corresponde decidir cómo manejar la información —Robert se mostró contundente—. Hasta que llegue a la estación mantendremos la noticia en secreto.

La situación era delicada. Cualquiera de mis compañeros del departamento podría estar detrás; uno o varios. No tenía que ser necesariamente alguien de la planta noventa. Quiénes querrían boicotear el proyecto y qué otras intenciones albergarían. Me aterraba que el siguiente objetivo fuese atentar contra la estación espacial. Si el saboteador tenía acceso al sistema informático de la SS50, estábamos en sus manos. Simplemente con alterar la gravedad, bloquear la renovación de oxígeno o alterar la temperatura dentro de la esfera, acabaría con nosotros. Planteamos un debate entre los compañeros para dilucidar si el objetivo sería el proyecto al completo o solo el ascensor espacial.

El séptimo día, Robert nos dio la tarde libre. Habíamos pasado seis jornadas de más de doce horas de trabajo frente al ordenador. Nada más llegar a mi habitación, me sumergí entre discos de gel en un baño relajante. Adormecida llamé a las tías y a Elaine. Tuve que hacer un gran esfuerzo encomiable para no desvelarles lo referente al sabotaje. A pesar de que confiaba plenamente en su discreción, temía que mi móvil hubiese sido intervenido.

Un rato antes de la cena, bajé a la sala de estar. Me relajaba sentarme al lado de la chimenea y observar, mientras leía en la tablet, el incesante chisporroteo del fuego artificial. Su sonido me hacía sentir cerca de casa.

El camarero me escuchó llegar y me recibió con un tentempié y un refresco.

—Hoy la veo contenta. Me lastimaba observar ese rostro bello, tan triste.

—Gracias, José. Estoy más animada. Mañana llegará mi jefe y lo primero que le voy a pedir es fecha para bajar. Aunque me gusta el trabajo, no estoy hecha para esto. Me asfixian los espacios cerrados. Eres un héroe por trabajar aquí.

—No lo crea, señorita. Yo también añoro ver el sol, respirar aire puro. Imagínese, soy un hombre de campo. Pero gracias a lo que me abonan, mi familia puede comer a diario, los chicos ir a la escuela, y esto es lo que me consuela.

—Tienes razón, José, y te felicito por ello. Tu esfuerzo es encomiable, seguro que lo más importante de tu vida. Me lamento por lo poco que he valorado y apreciado mi vida anterior. Tenía tanto…

—¿A qué se refiere? Es joven, bella, tiene estudios cualificado, un trabajo importarte…

—Pero eso no es lo realmente importante. En estos días aquí, me he dado cuenta de los valiosos años de mi existencia que he perdido encerrada con mi ordenador. Esta experiencia me ha obligado a ver las cosas de otra manera. El incidente del ascensor me empujó a comunicarme con los compañeros, a salir de la burbuja ostracista en la que vivía sumergida. Mis padres me adoraban y temían por todo. Ahora sé que la sobreprotección es negativa. No te deja crecer.

José se iba a arrancar a hablar cuando unas voces masculinas, alegres y sonoras, interrumpieron nuestra conversación. Se trataba de Eric y para mi sorpresa iba acompañado del desconocido.

—Hola, Caitlin. ¿Qué haces aquí tan sola? ¿Nos invitas a acompañarte?

—Claro, Jeff.

—¿Os conocéis?

—No —Mi corazón latía desbocado.

—No mientas —Jules soltó una carcajada que me resultó insultante—. Reconoce que hemos coincidido un par de ves en el comedor.

—Bueno, eso sí, pero quería decir que no habíamos sido presentados.

—No hagas caso —Eric presionó el interruptor para avisar al camarero—. Jules es una buena persona, pero muy guasón. Durante el almuerzo le he contado tu intervención en el incidente del ascensor y me ha insistido en

que quería conocerte.

—Tampoco exageres —Jules me envió una sonrisa ancha, provocativa. Parecía querer demostrar que estaba por encima de mí, pero mi fuerza interior me sobreponía. No servía de nada que yo intentase mostrar indefensión y vulnerabilidad.

—¿De dónde eres, Caitlin? —Sus ojos me desnudaron.

—De Dover.

—¡Inglesa! ¡Toma ya! Te delatan esos ojos azules, son de nuestra tierra.

—¿Y usted? —Un rubor me subió por el cuello, mi corazón estaba a punto de estallar.

—¿Cómo que usted? Por favor, tutéame. No soy tan viejo.

—No era mi intención…

—Olvídalo— Lo dijo en un tono socarrón, mientras guiñaba el ojo a su colega—. Yo soy de la capi. Eric, por si no lo sabes, Maidstone es más importante que Dover, aunque reconozco que los acantilados son muy bonitos.

Decidle seguí la broma. Me sentía acorralada en una conversación absurda frente a él que la manejaba con desenvoltura. Llamó al camarero y le pidió un ron con coca cola.

—¿Te gusta estar aquí? Se te ve tensa.

—La verdad es que no —contesté seria—. Confío en que mi jefe me envíe en breve de vuelta a Nueva York.

—Espero que te quedes unos días, así nos podremos conocer. Eric, creo que Caitlin está molesta conmigo porque el otro día no le saludé, y lo hubiese hecho… pero, mujer, estabas tan seria que dabas miedo.

Se rio a carcajadas. Su sonrisa era tan cautivadora que me cautivó por completo. Eric se alejó para hablar con la tablet lo que nos permitió más intimidad. Hablamos de nuestra vida en Inglaterra. De cómo era el espíritu inglés, aferrado a sus costumbres. Su perseverancia en mantener los jardines en perfecto estado, a pesar de las dificultades motivadas por el cambio climático.

Durante la cena, Jules me dejó de lado y la pasó hablando con Eric. Me sorprendió sentirme tan molesta ante su indiferencia. Nunca me había encontrado en una situación semejante y no sabía qué debía sentir ni

cómo actuar. Cuando salimos del comedor me agarró del brazo y me pidió que lo acompañase a tomar una copa. Acepté. Frente a la chimenea, acompañados por crepitar del fuego artificial, el tiempo se detuvo entre nosotros.

—¿Te gusta trabajar en el departamento estatal de informática?. Debes de ser muy buena para que siendo principiante te hayan incorporado al proyecto.

—¿Cómo sabes que soy principiante? No recuerdo haberlo mencionado.

—Me lo ha contado Eric, y que tienes un curriculum excelente. Lo que no entiendo es por qué no estás a gusto aquí. Cualquiera en tu lugar estaría dando saltos de alegría.

—Soy un poco claustrofóbica. Todavía no me he adaptado.

—No haber aceptado —Movió de un lado a otro la cabeza, haciendo una mueca de sorna—. Muchos de los que se han quedado abajo hubiesen dado lo que fuese por subir. ¡Que no te oigan!

—Ojalá hubiese podido elegir —me disculpé como una boba—. Mi jefe me pidió que subiese, de haberme negado lo habría dejado en mal lugar. Estoy agradecida a todo lo que ha hecho por mí.

—¿Robert? ¿En qué te ha ayudado? —Su mirada me fulminó con incredulidad.

—Robert no es mi jefe. Lo he conocido aquí. Es Jeff Patterson.

—Cierto, lo había olvidado. ¿En qué te ha ayudado para que te encuentres en semejante deuda? —Su sonrisa burlona me aturdía y me hacía sentir ridícula—. ¿Eres tan buena o está locamente enamorado de ti?

Dio un sorbo al cubata y arqueó las cejas.

—¡Pero qué dices! Jeff es mucho mayor que yo. Simplemente encajaba en el proyecto. Ahora cuéntame algo de ti —Le corté brusca.

Jules me contó lo que ya sabía por Robert. Era ingeniero y estaba especializado en astronáutica.

—Llevo seis meses trabajando en el edificio de investigación de la SS50 y soy el responsable del observatorio espacial. Antes de la inauguración, voy a coger unos días de vacaciones —Sus ojos brillaban por el efecto del ron—. Bueno, si el ascensor funciona y podemos bajar. Por lo que he oído, el segundo ascenso está yendo bien. ¿Sabes qué pasó durante el vuestro?

Menuda experiencia sentirse a merced del universo.

Nos quedamos en silencio. Me pasó por la cabeza la idea de que me había invitado a tomar algo para obtener información.

—Lo siento, Jules, pero no estoy autorizada a contar nada. Háblalo con Eric o Robert.

—Se lo he preguntado a Eric, pero no me ha explicado a qué se debió la parada. Alega que es alto secreto. ¿Te parece justo? Nos estamos jugando el pellejo y es obligado que tengamos información. Imagino que serían unos momentos terribles.

—Sí, fueron unas horas angustiosas. En un instante me pasó toda la vida por delante. Fui consciente de no ser más que un punto insignificante en el universo. Ha sido una experiencia dura, pero me ha hecho pensar en cosas que antes no valoraba. Háblame de la estación. ¿En los otros edificios, hay comedor y salón?

—¿Por qué me lo preguntas? —Su sonrisa burlona me hizo sonrojar—. ¿Me has echado de menos estos días?

Era un hombre era imposible, iba dos pasos por delante de mí.

—No pretendía decir esto —El rubor me encendió la cara—, solo quería…

—Tranquila, solo te estaba tomando el pelo. Las habitaciones de los otros edificios son más pequeñas que las del hotel, la sala no es tan lujosa y el comedor, más sencillo. ¿No quieres saber por qué he venido hoy a cenar? Me parece que no te atreves a preguntármelo.

Me quedé muda. Era tan listo e impredecible que podía salir con lo que fuera. Su mirada penetrante no dejaba de presionarme.

—Justo te lo iba a preguntar.

—Jajaja —Sus carcajadas llenaron el salón—, eres muy lista, Caitlin, y es lo que te imaginas. He venido porque quería conocerte.

Pulsó el timbre de mesa y enseguida acudió el camarero. José acompañó la bebida con una bandeja de dulces. Mientras hablaban, observé de reojo a Jules.

Tenía las yemas de los dedos hinchadas y enrojecidas de tanto morderse las uñas. Bajo esa falsa apariencia de seguridad había un hombre nervioso.

—Espero que el ron sea de su gusto —dijo el camarero—, es de lo mejorcito del Caribe.

—Está perfecto, gracias —Dijo paladeándolo con los ojos cerrados.

—Se ve que vienes a menudo al hotel.

—Hasta que llegasteis, José atendía el comedor del edificio donde me alojo. El otro día vine a desayunar para saludar a Eric e interesarme por el incidente del ascensor. Además, ver gente nueva es estimulante cuando llevas tanto tiempo encerrado aquí.

Trataba de reincidir en el tema, pero yo no estaba dispuesta a caer en la trampa. Dio un sorbo largo a la copa, mientras me observaba dubitativo.

—Para demostrarte que soy un hombre sincero, reconozco que esta noche, en parte, he venido con la intención de sacarte información. Al observatorio han llegado rumores de que de que un japonés, un alemán y tú habéis descubierto quién se encuentra detrás del sabotaje.

Me sentí dolida, profundamente decepcionada. Había esperado más de él. La expresión de mi rostro delataba mis sentimientos y esto le animó a seguir.

—Pero en otra parte, Caitlin, en la más importante, he venido porque quería verte. Siento algo especial por ti.

Me quedé muda, sin saber qué contestar. Mis ojos no necesitaban palabras, comunicaban lo mismo.

—Espero que te quedes hasta que yo baje. Como te dije el otro día, necesito vacaciones.

—No está en mis manos, Jules. Solo sé que el hotel quedará libre unos días antes de la inauguración. Subirán los hombres más poderosos y las medidas de seguridad serán excepcionales.

—No lo dudes. Siempre ocurre lo mismo.

—Espero que te permitan bajar. No sé cómo aguantas tanto tiempo aquí. Solo llevo seis días y me asfixio. No soporto mirar a través de la cristalera. El exterior me conmociona.

La entrada de Yuri y Dietrich interrumpió nuestra conversación.

—¿Podemos acompañaros o se trata de un encuentro personal?

—Por supuesto. La he invitado yo —dijo en un tono jovial. Por la forma de saludarse me di cuenta de que los tres hombres se conocían— ¿Hay algún problema?

—Por supuesto, sentaos, aviso al camarero. ¿Qué tal va la investigación?

—Bien —respondió Dietrich— ¿Y la tuya sobre las superbacterias?

—Eso es cosa del laboratorio. Yo me dedico a los astros.

No tenía conocimiento de que en la estación espacial se estuviese investigando la forma de atacar a las superbacterias. Los antibióticos apenas surtían efecto desde hacía varios años. Las resistencias eran un problema gravísimo a nivel mundial. Yuri interrumpió mi pregunta, acaparando por completo la atención de Jules. Me quedé a un lado. La rabia me consumía. Me despedí alegando que estaba cansada. Era más de medianoche. Jules me miró decepcionado. Entendí que había puesto más expectativas en nuestro encuentro.

Me acosté hecha una furia. Sabía que no tenía razón alguna para enfadarme con mis compañeros, era lo normal que se hubiesen sentado con nosotros. Pero mi frustración me desbordaba. Jules, durante el encuentro, había roto un pedacito de la burbuja donde me protegía. Me sentí vulnerable. Mis emociones fluían sin control por la pequeña abertura y yo no era capaz de retenerlas. Decidí mantenerme alejada de Jules. La llegada de Jeff y el trabajo para atrapar al saboteador me ayudaron a desviar la atención. Jules hizo caso omiso a mi distancia y se presentó a cenar todas las noches. Hubo días que incluso vino a almorzar al self service del edificio principal. Su presencia me hacía sufrir así que dejé de bajar al comedor.

Una de esos días, Jeff me insistió en que me sumase al grupo. Se mostraba preocupado por mi actitud cerrada. Nadie ocupó el asiento de enfrente y me arrepentí de haber accedido. Parecía que me hubiesen apartado. Me encontraba de nuevo sola, escondida dentro de mi burbuja.

CAPÍTULO XIV

LA CAJA NEGRA

El domingo hicimos una pausa. Solía aprovechar las horas libres para ir al gimnasio del hotel. En la estación espacial había una falsa gravedad, y no había que temer por el estado de nuestros huesos, pero estar tanto tiempo sin caminar me provocaba retención de líquidos.

—Buenos días señorita —me saludó sonriente José, el camarero—. ¡Qué madrugadora! Ya veo que viene del gimnasio.

—No podía dormir y el ejercicio me anima.

—Ahorita mismo va a disfrutar de un desayuno especial. ¿Le apetece acompañarlo con té o café?

—Té, gracias.

Encendí la tablet. La bandeja de entrada del correo electrónico estaba llena de mensajes que todavía no había leído. El día anterior había sido muy agitado. Mis tías manifestaban su preocupación por el tiempo que llevaba en la estación espacial y la falta de noticias sobre la fecha de bajada. También tenía mensajes pendientes de Elaine y Paul. Entre todos me llamó la atención uno marcado en rojo; el símbolo indicaba máxima prioridad. Lo abrí: era del agente Richard. La noticia me dejó en estado de shock.

El vaivén de la puerta y una voz grave y alegre me hicieron levantar la mirada.

—¿Qué le ocurre a mi amiga de la cara triste? —Jules me pidió permiso para sentarse en mi mesa. Cerré la tablet y asentí.

—Estoy bien, gracias —Un calor asfixiante me subió por el cuello.

—Caitlin —Me miró con cariño— ¿Me estás rehuyendo? Llevas días sin bajar a cenar. ¿No te ha dicho Eric que he preguntado por ti?

Pensé que no tenía que dar explicaciones sobre mi vida a ese hombre,

pero me pareció incorrecto no contestarle o contestarle mal.

—He recibido una mala noticia y no tenía ganas de estar con gente.

Al recordar el contenido del mensaje mis ojos se empañaron de lágrimas. Bajé la vista.

—No sabía nada. ¿Qué te ha pasado?

—Es una historia difícil —Me froté los ojos. Me avergonzaba que me viese llorar.

—Caitlin, hablar de las cosas hace que pierdan fuerza. Puedes compartirlo conmigo.

No podíamos dejar de mirarnos. Fue entonces cuando entendí que su interés por mí era real. No solo me utilizaba para obtener información. Entre nosotros algo había cambiado.

—Supongo que sabrás lo que les ocurrió a mis padres.

Jules asintió con la cabeza y me acarició las manos. Era la primera vez que tenía un contacto de este estilo con un hombre.

—Ahora no puedo hablar —Las lágrimas me ahogaban.

—Tranquila. Como tenemos el día libre, ¿qué te parece si cenamos juntos esta noche? Así conoces el edificio donde me alojo. Allí nadie nos molestará. ¿Qué me dices? ¿Aceptas?

Su mirada tenía tanta fuerza que, tras unos segundos de deliberación, al fin acepté. Había algo en Jules que me dominaba y me hacía sentir algo nuevo y muy fuerte. Pero mi intuición me alertaba que no era para mí y me inducía a alejarme de él. De alguna forma, los astros nos reunían de nuevo.

Cuando llegué al edificio donde trabajaba Jules, no estaba esperándome en la recepción tal y como habíamos acordado. Dudé si se presentaría o me daría plantón. Entré en la sala de estar. No pensaban darle mucho tiempo, si no llegaba en diez minutos me marcharía.

El tamaño del salón era similar al del hotel, aunque la decoración era más funcional. Varias personas, que no conocía ni de vista, estaban apostados a la barra de bar, tomando algo y charlando. Estaba pidiendo una cerveza cuando sentí sus manos en mi cintura.

—Discúlpame. Ha surgido una urgencia en el observatorio y he tenido que acudir. Vamos al comedor —Me cogió de la mano—. Allí estaremos más

cómodos.

Eligió una mesa apartada, al lado de la cristalera. Los primeros minutos fueron de gran tensión: yo no sabía qué decir y él se mordisqueaba lo poco que le quedaba de las uñas.

—Me he enterado que bajas dentro de unos días con el primer grupo —dijo rompiendo el hielo.

—¡Qué barbaridad! ¡Como corren las noticias!

Al mediodía me había reunido con Jeff para ponerle al corriente de las últimas novedades. La policía me pedía que me personase a la mayor brevedad en Dover y mi jefe me firmó el permiso para el descenso.

—Estarás contenta. Es lo que querías.

—Es la mejor noticia que he tenido desde hace tiempo, aunque voy a tomármelo con calma, faltan quince días hasta la fecha prevista.

—Me alegro por ti, Caitlin, yo también intentaré bajar con vuestro grupo. Como te dije, llevo seis meses aquí y necesito un descanso. Bueno, cuéntame qué ha pasado.

—El agente que intervino en el procedimiento me ha informado que acaban de encontrar la caja negra del coche. Después de cinco meses…

—Es increíble que hayan tardado tanto —respondió mirándome con curiosidad—. ¿Dónde estaba?

—En una acequia, a bastantes metros del lugar del accidente. La semana pasada hubo una gran tormenta, con intensas lluvias torrenciales, y la fuerza del agua removió el fondo de ríos. Se cree que esto ha hecho que la caja salga a la superficie.

—¿Revelan las cintas lo qué pasó? —Lo preguntó con cautela.

—Sí, por eso me ha pedido que viaje a Inglaterra a corroborar que las imágenes grabadas de mis padres y las voces son suyas. Sin esta verificación, no se puede proseguir el proceso.

—¿Te ha adelantado algo? Si quieres o puedes contar.

—Por lo que me ha adelantado el agente, se dirigían al hospital. La hipótesis que barajan es que mi madre sufrió una reacción grave. En la cinta se escucha que tenía dificultad para respirar. Mi padre intentó ayudarla y el coche perdió el control. Todo esto encaja con lo que vi en casa cuando fui al entierro. Estaba claro que algo inesperado y urgente les

había hecho salir corriendo.

—Qué lastima que no puedan analizar que ocurrió.

—¿Por qué dices esto?

—Al incinerar los cuerpos…

—No los incineraron. El juez ordenó el entierro a la espera de encontrar la caja negra. El agente me ha solicitado permiso para la inhumación de los cuerpos y proceder a las autopsias.

—Lo siento, Caitlin, entiendo que estés fatal. Pensarás que soy un engreído por haber pensado que tus males se debían a mí. ¿Tienes hermanos en Inglaterra?

—No, soy hija única —Jules acababa de tocar mi punto débil, me provocó un profundo sollozo—. Me he quedado prácticamente sola. Tengo a mis dos tías, hermanas de mi madre, pero viven en Folkestone, a unos kilómetros de casa.

—¿Y la familia de tu padre?

—En Manchester, nos tratamos poco.

—Tendrás amigos, …

—Lamentablemente no. El sistema de enseñanza no facilitaba las relaciones. Estudiaba en casa y solo iba al colegio cuando había clases presenciales, prácticas o cualquier otra actividad que lo requiriese. El resto, lo hacía por ordenador. Mis padres teletrabajaban en casa. Eran correctores y traductores. Mi vida se reducía a la familia.

—¿Y los fines de semana? ¿Las vacaciones? —insistió mirándome con lástima—. ¿No había chicos de tu edad en el barrio?

—No se me daba bien hacer amigos, ni tampoco ahora. Por eso me refugiaba en los estudios. Si hubiese tenido que ir a diario a un colegio, me habría ayudado a socializarme.

—¿Y en Oxford? Vivirías en el campus…

—Más de lo mismo, Jules. ¿Qué quieres que te diga? Hice alguna amistad, pero al graduarnos nos distanciamos. En Nueva York tengo una buena amiga. Se llama Elaine y trabaja en el departamento.

—Algo es algo. Lo que no entiendo es por qué tus padres te tenían tan

protegida.

—En Dover hubo momentos de gran tensión social, imagino que en Maidstone ocurriría lo mismo. Las calles no eran seguras, había revueltas, robos, la gente no tenía recursos para sobrevivir.

—Sí —dijo Jules—, allí ocurría lo mismo, pero al ser chico imagino que lo tenía más fácil. Siento decirte esto, Caitlin, pero tus padres te hicieron un flaco favor. La sobreprotección te ha restado experiencias. Eres inteligente y preciosa. Sal de una vez del cascaron y crece. La vida es corta.

Sabía que él tenía razón y aunque sus palabras sonaban duras eran lo que necesitaba oír para cambiar el rumbo de mi vida. Me sirvió otra copa de vino. Sentí cómo el alcohol me iba relajando y mis emociones fluían libremente.

—Lo que no me puedo creer, aunque me lo jures —hizo con las manos una especie de pantomima—, es que no haya ningún hombre esperándote abajo.

Esta ocurrencia me hizo sonreír. Quizá por eso me gustaba tanto Jules. Me atrapaba con su cercanía y sentido del humor.

—No.

—¿Alguien habrá habido? —insistió.

—Durante el primer año en Oxford conocí en el campus a un chico. Salimos una temporada. —Para que me dejase en paz, mentí.

—¿Pero erais novios?

Lo miré atónita. No parecía creer lo que le decía. Me empujaba a que le confesase que él era el primer hombre con el que coqueteaba. Le pedí que me sirviese más vino y cambié de tema. Le pregunté por su vida, su familia. Jules habló poco de él. Tenía padres y un hermano menor. No entró en detalles. Cuando acabamos de cenar me propuso dar un paseo. Caminamos en silencio por el conducto que conducía a la plaza. Nos sentamos en uno de los bancos. Miré hacia arriba, a la cúpula de cristal. Agarrada de la mano de su mano, y con una parte de mi cuerpo en contacto directo con el suyo, me sentí segura. La tenebrosidad del espacio me dejó de inquietar y su negrura a fascinar. Junto a Jules lo veía y lo sentía todo diferente. Me dio un beso en los labios, profundo, dulce. No le confesé que era mi primer beso, aunque me lo preguntó entre carantoñas.

—Cuando bajemos voy a ir con gente del equipo a pasar unos días a un resort. Necesitamos un tiempo de desconexión. ¿Por qué no te unes a

nosotros?

—¿A un resort? ¿Dónde?

—Se encuentra en una isla cercana a Baltra, a dos horas en barco. Lo descubrimos el año pasado. Llevábamos meses trabajando en la base y nos dieron unos días de permiso. Emilio José, ¿lo conoces?, el conductor del autobús —asentí— fue el que nos habló del resort. Es un lugar maravilloso, único, indescriptible. Apúntate. Seguro que te va a ayudar —dijo volviéndome a besar—. ¿Qué me dices?

—Me encantaría, pero el permiso es para ir a Inglaterra.

—No va a variar nada porque te retrases unos días. Venga, dime que sí.

Jules se mostraba muy tenaz. Nos acabábamos de conocer y nuestra relación volaba a una velocidad vertiginosa. Nuestras almas, de algún modo, habían conectado.

CAPÍTULO XV

COSTA TORTUGA

Llegó el ansiado día del descenso. Estaba excitada por volver a viajar en el ascensor y, sobre todo, porque Jules me había confirmado que bajaría con el primer grupo. Antes de bajar a desayunar, me di un último baño entre los discos de gel. No era comparable a la ducha de aerosol que me esperaba en el ascensor espacial.

Jeff descendía con nosotros, la inauguración oficial del ascensor se iba a retrasar un mes y medio y no tenía sentido permanecer en la base militar de Baltra. También bajaba Eric, como responsable de la cabina. Busqué a Jules en la plataforma de salida, en la sala de pasajeros, pero no estaba. Temí que le hubiese surgido un problema y se suspendiesen las vacaciones en el resort. Los últimos días en la estación los habíamos

pasado juntos y habían sido muy felices.

Reconocí su voz en la lejanía, a la vez que Eric confirmaba que el pasaje estaba completo y pedía que nos abrochásemos los cinturones de seguridad. En unos minutos comenzaría el descenso. En la sala de pasajeros había pocos asientos ocupados. Supuse que la mayoría comenzaría el viaje desde sus propios cubículos.

Las puertas del ascensor se cerraron, una alarma indicó que nos poníamos en marcha. Los primeros minutos los pasé mal. Sentía un ligero mareo, la sensación de velocidad era superior a la del ascenso, parecía que me fuese a lanzan contra el techo de la cabina. Volví a pensar en Jules. No estaba en la sala de pasajeros y no tenía noticias suyas desde el día anterior. Estaba segura de haber escuchado su voz. La ansiedad por encontrarme con él me consumía. No me dejaba espacio a sentir claustrofobia ni miedo a quedarnos colgados, solo pensaba en él. No podía soportar que nuestra incipiente relación fuese a terminar así, aunque era consciente de que tenía más probabilidades de fracasar que de seguir adelante. Después de mi viaje a Inglaterra, a verificar la identidad de mis padres, regresaría a Nueva York y él, a la estación espacial. Sería difícil, por no decir imposible mantener una relación así. Intentaba ser realista, no dejarme arrastrar por la pasión, pero estaba profundamente enamorada. Era mi primera experiencia en el amor y estaba desorientada. Estar con él me daba un inmenso placer, pero también me hacía sufrir la inseguridad, la obsesión de estar con él, el pánico a perderle.

Cerré los ojos. La pastilla que había tomado antes de entrar en el ascensor me había adormecido.

—Caitlin, despierta. —Unos zarandeos suaves me despertaron—. ¿No decías que te daba miedo el ascensor? —. Jules se reía a carcajadas—. Llevamos un rato bajando y tú, durmiendo plácidamente.

—Jules —No pude controlar la expresión de felicidad—. No sabía si habías subido, no te he visto en la plataforma ni…

—¿Qué dices? ¡Por nada del mundo me perdería estar contigo! —Se puso en cuclillas frente a mí. Sus ojos leían mis sentimientos como en un libro abierto— ¿Le has informado a Jeff que vienes al resort?

—Todavía no.

—¿A qué esperas? Díselo ahora. Nosotros ya lo hemos notificado a la base.

¿Nosotros? Parecía que nunca fuésemos a estar realmente solos. En la estación espacial rodeados de gente y ahora con sus compañeros. Lo quería en exclusividad, pero él no mostraba lo mismo. Dudé unos

segundos antes de contestar. Me aterraba lo que fuese a pensar Jeff. Era una locura ir al resort antes de viajar a Inglaterra. Mi mente se debatía entre lo que quería y lo que era correcto hacer. Retrasar la investigación de la policía… Jules frunció el ceño ante mi indecisión. Se puso en pie y dijo que iba a tomar algo.

En las mesas del fondo de la sala de pasajeros había bebidas, aperitivos, dulces… Se juntó a un grupo. Supuse que serían los compañeros con los que iba a ir al resort. Una de las chicas me miró provocadora, sonrió y lo agarró del brazo. Jules le siguió la broma, incluso le hizo carantoñas haciendo caso omiso de mí. Hablaban sin parar, no dejaban de reírse. Me sentí confundida; no sabía cómo actuar. Si juntarme al grupo y hacer como si nada o mandarle a paseo. La actitud de Jules me hacía daño. Tan pronto se mostraba loco por mí como me obviaba.

Me resultaba violento comunicarle a Jeff mi intención de pasar unos días en el resort. Sabía que era una insustancialidad por mi parte ir de vacaciones demorando la investigación policial. Si no lo hacía, sería el final de mi relación con Jules. De pronto, lo tuve claro: permanecí en mi asiento y cerré los ojos. Mi intuición me avisaba de que debía alejarme de Jules. Contra todo pronóstico mi actitud tuvo el efecto contrario. A Jules le gustaba dominar las situaciones, ganar las partidas, que se le riesen las gracias, le admirasen, … y en mi se encontró frente a un muro. Había perdido demasiadas cosas en la vida y no iba a ceder.

—¿Has decidido cuándo vas a hablar con Jeff? —Jules regresó a mi asiento y me cogió de las manos—. Caitlin, yo solo quiero estar contigo.

Esa frase abrió de cuajo una grieta en el muro. Me sentí de nuevo tan querida y deseada que respondí que sí.

—Perfecto —Me soltó el cinturón de seguridad y me condujo a la mesa donde se encontraban sus compañeros—. Te voy a presentar a mis amigos.

Me saludaron sonrientes, incluso la chica que hacía unos momentos había estado coqueteando con él. Era evidente que le gustaba Jules.

Jeff entró en la sala de pasajeros. Me acerqué a él y le expliqué la situación. Me sorprendió su respuesta.

—Me alegro, Caitlin, disfruta. Después de lo ocurrido te vendrán bien unas vacaciones. Con todas las horas que has trabajado las tienes muy bien merecidas.

—Gracias, Jeff, estaba preocupada porque te pareciese mal.

Los cinco días que duró el descenso reinó la tranquilidad en la cabina. No hubo ningún incidente técnico a destacar y el viaje se desarrolló según lo previsto. Por otro lado, Jules y yo aprovechamos para intimar más. Soñaba con llegar al resort. Jules lo describía con tal pasión que me parecía haber estado en aquel lugar.

A medida que nos acercábamos al mar, el ascensor fue reduciendo progresivamente la velocidad. Cuando se detuvo en el foso de la plataforma marina no hubo sobresaltos, ni accidentes… la parada fue sueve y los cinturones de seguridad funcionaron correctamente. Sonó la alarma que nos permitía levantarnos. Eric comenzó a aplaudir.

Un barco de la marina nos trasladó de la plataforma marina al puerto de Baltra. Emilio José, el conductor del autobús, nos esperaba en el embarcadero para trasladarnos a la base militar. Jules no paraba de hablar y reírse. Se le veía feliz de estar fuera de la estación espacial.

En la base nos tuvimos que separar. Jules y su grupo fueron a las dependencias donde estaban alojados mientras que nosotros tuvimos que pasar a una sala de reuniones. No pudimos ni llevar las maletas a las habitaciones.

—Perdonen lo precipitado de la reunión —Un militar de alto rango se dirigió a nosotros desde la tarima—, a raíz de los acontecimientos referentes al sabotaje es urgente fijar una nueva hoja de ruta. La inauguración oficial del ascensor está prevista para el próximo treinta de septiembre. ¿Qué tal ha resultado el descenso?

—Todo en orden —contestó Eric.

—¿Se ha averiguado quién fue el responsable del sabotaje? —intervino Jeff.

Durante el descenso me comentó lo incómodo que le resultaba que el delincuente fuese del departamento estatal. Nos ponía a todos en el punto de mira.

—No. Todavía no se ha localizado al responsable. Lo encontraremos, no lo duden.

Estaba impaciente por acabar la reunión y reencontrarme con Jules. Me inquietó no saber nada de él. Intenté contactar con su móvil, pero estaba desconectado. Pasé la noche inquieta, con la intuición de que algo iba a

salir mal.

Nos encontramos por la mañana en el comedor. Jules estaba con sus amigos y me saludó con una cierta distancia. Aunque llevaba la procesión por dentro, no le pregunté por qué no me había devuelto la llamada. El viaje no comenzaba como lo había imaginado y me sentí insegura en medio de sus compañeros que hablaban y reían sin incluirme en sus chanzas.

En el puerto embarcamos rumbo a la pequeña isla donde se encontraba el resort. La embarcación era pequeña e iba despacio. Navegamos más de una hora por un mar tranquilo, de agua transparente. Lo contrario al mar de mi tierra, en Inglaterra, bravo y frío.

Cuando desembarcamos, un lugareño nos recibió en el embarcadero y nos trasladó hasta el resort. Cogí de la mano a Jules, que me devolvió una mirada cercana. Recorrimos un camino de tierra, lleno de baches, con un calor sofocante. La furgoneta estaba destartalada y no tenía aire acondicionado. A pesar de la incomodidad, yo iba feliz. Jules estaba plenamente conmigo.

El sendero discurría en medio de la naturaleza; un paraje frondoso impedía ver más allá de los matorrales, árboles y demás vegetación que crecía a ambos lados. Al adentrarnos, el paisaje comenzó a clarear y a lo lejos divisé el resort.

El nombre del hotel estaba escrito en tiza blanca en un tablón de madera: Cala Tortuga. La fachada del edificio, pintada en color amarillo. La recepción era un espacio abierto, sin puerta de entrada ni de salida, y comunicaba con un inmenso jardín al que daban otros edificios.

Me sorprendió que para proceder al registro el recepcionista no nos hiciese pasar por el escáner el chip que llevábamos insertado bajo la piel de la muñeca. Tampoco pasamos la lentilla intraocular. Solo dimos los nombres y apellidos y el número de cuenta bancaria. Jules se rio al ver mi cara de incredulidad.

El recepcionista nos entregó una pequeña llave metálica y una tarjeta de papel, con el número de habitación. Además, había que presentarla para que se fuesen cargando los gastos. Yo nunca había visto algo parecido, aunque si había oído a mis padres hablar de ello.

Mo entendí por qué Jules cogió una habitación individual. Esto me sentó mal y me arrepentí de haber aceptado venir. Estaba claro que sus amigos sabían que había algo entre nosotros, pero parecía querer restarle seriedad, compromiso.

Las siete habitaciones se encontraban en el mismo edificio, aunque en diferentes plantas. La mía en la planta baja, la de Jules, arriba. Cerré la puerta conteniendo las lágrimas. Era evidente que él no daba el mismo valor a nuestra relación. Salí a la pequeña terraza. El edificio se encontraba muy cerca del mar. Una franja de césped, repleta de palmeras cocoteras, lo separaba de la estrecha playa, de arena blanca y fina. A sus orillas rompían olitas blanquecinas. El lugar me pareció fascinante. Lo único que rompía el encanto del momento era la actitud de Jules.

Miré si tenía mensajes en el móvil. Habíamos quedado en encontrarnos en una hora en recepción. El calor era sofocante, me metí en la ducha. Llevaba más de un mes sin sentir el agua cayendo sobre mi piel, ni la suavidad del jabón. Lo único tecnológico era el sistema de protección solar. Cerré el grifo de agua y me protegí los ojos y oídos con unos discos protectores. Luego pulsé un interruptor. De la alcachofa de la ducha salió un vapor que me cubrió por completo. Se trataba de una cobertura invisible, como una especie de traje especial, que cubría de protector solar todos los poros de la piel. Para retirarla había otro sistema que aspiraba las nanopartículas.

Me ajusté las gafas de sol y me dirigí a la recepción. Estaba impaciente por encontrarme con Jules, pero no me atreví a llamarlo ni a ir a su habitación. No quería invadir su intimidad. Con más de veinte minutos de retraso, llegaron los seis, en grupo.

—Caitlin —Jules me saludó entre sonoras carcajadas—. ¡Qué raro se me hace verte vestida de playa! ¿De dónde has sacado ese vestidito?

—Lo he comprado en una de las tiendas de recepción —Todos me observaban y me sentí insegura. Era la primera vez que usaba uno de esos vestidos playeros— ¿Y vosotros? ¿No os pensáis bañar?

—¡Claro! —Jules me dio la mano—. Hemos bajado a pasear por la playa. Que suerte tienes, te dan la mejor habitación, me conoces a mí. ¿Me ayudas a elegir un traje de baño?

Las tiendas del resort eran como las describían mis padres, las habían conocido en su juventud. No había robots ni máquinas de dispensación sino atentos dependientes tras los mostradores. Me compré varias cosas inútiles. Los precios eran muy competitivos.

—Vamos a tomar algo —Jules pagó el traje de baño y me agarró del brazo—. Luego vuelves, si quieres comprar más. ¡Estoy muerto de sed!

De reojo vi cómo las dos chicas que nos acompañaban, murmuraban con risitas por lo bajo. Supuse que hablaban de mí. Les debía parecer

absolutamente idiota, manejada al antojo de ese hombre.

Jules eligió una mesa bajo la sombra de una palmera cocotera, hacía mucho calor. El camarero nos atendió servicial y anunció una actuación musical nocturna.

—Hagan por venir. Lo disfrutaran —Su sonrisa, amplia, dejaba ver sus dientes blancos, en contraste con el tono oscuro de su piel.

Jules dijo que iba a darse un baño para comer fresquito. Las dos chicas, entre juegos, lo siguieron a la piscina. Me quedé perpleja. Debía habérmelo propuesto. Si yo no le interesaba, ¿por qué me había invitado a ir? Y si le gustaba tanto, como me repetía, ¿por qué me dejaba cada dos por tres de lado?

Por la noche, fuimos al mismo restaurante a cenar. Antes de comenzar la actuación, un grupo de camareros, perfectamente uniformados, pasó por las mesas ofreciendo bebidas. Durante la tarde había visto hombres trepar por las cocoteras para cortar con sus pequeños machetes los cocos. El camarero explicó que la leche de coco, mezclada con ron, era la bebida típica del resort. Partió siete cocos por la mitad y los rellenó con la propia leche de la fruta y un chorrito de ron del caribe. Luego los adornó con pajitas de colores.

Los artistas subieron al escenario. Durante la primera parte de la actuación, el grupo cantó suaves melodías. Luego, propuso a la audiencia participar en el karaoke. Hubo gente que salió a bailar y otros que subieron a la tarima para acompañar con sus voces a los cantantes. Jules me arrastró a la pista de baile. Después de bailar un par de canciones se soltó de mí y subió al escenario. Era muy impulsivo. Cogió el micrófono y me dedicó una canción; guantanamera. Tenía una voz grave y cantaba bien.

Los días que pasamos allí, los disfruté al máximo. Paseamos, nadamos, navegamos, incluso hicimos submarinismo… Lo único que me desesperaba era que nunca estábamos solos. Lo quería solo para mí, pero él me compartía con el grupo. Había momentos en que parecía que todo marchaba viento en popa, y otros en que parecíamos dos auténticos desconocidos. En realidad, lo éramos. Dos personas que nos habíamos conocido en un lugar y unas circunstancias especiales y teníamos un futuro incierto. En varias ocasiones intenté hablar de esto con él; cómo íbamos a continuar nuestra relación en la distancia. Jules y sus amigos regresaban por un tiempo indefinido a la estación espacial y yo me dirigía primero a Inglaterra y luego a Nueva York. Pero Jules evitaba hablar de ello. Hacía bromas, tonteaba conmigo o con las chicas del grupo, o simplemente se levantaba y se iba. Mi incertidumbre ante el futuro era total. Lo peor era que sus ojos, al mirarme, me arrastraban. Me decían cosas que se contradecían con sus acciones. De todas las mareas que me

habían arrastrado hasta entonces, aquella era la más fuerte.

La noche antes de marcharnos del resort, Jules se pasó toda la cena tonteando con una de las dos chicas del grupo. La provocación me provocó un corte de digestión que me obligó a ir al cuarto de baño a vomitar. La otra chica me siguió y fue a decírselo.

—¿Qué te pasa, Caitlin? —Jules me preguntó en un tono socarrón, cuando regresé a la mesa—. ¿Estás celosa?

Aunque la idea de no volvernos a ver me atormentaba, sabía que tenía que alejarme de él. Su actitud conmigo era toxica. No sabía qué quería realmente de mí ni cómo yo iba a superar la pérdida. La adicción que tenía por él me consumía.

CAPÍTULO XVI

DOVER

El viaje de regreso a Inglaterra lo pasé prácticamente hablando por teléfono. Mis tías estaban ansiosas por conocer detalles de la vida en la estación espacial. Elaine por saber todo sobre mi relación con Jules. Era muy expresiva y se mostraba feliz porque hubiese conocido por fin a alguien. Siempre me decía que lamentaba verme tan sola. Además, Billy y Jules eran grandes amigos. Habían trabajado juntos en varios proyectos y en ese momento participaban en el diseño de la estructura para otro ascensor espacial, que subiese hasta una nueva estación espacial más lejana.

—Pero bueno, Caitlin —exclamó entre grandes carcajadas—. Subes a la estación espacial y encuentras al hombre de tu vida. Cuéntame desde el principio.

—Es una historia complicada. No le veo mucho futuro. No sé qué quiere realmente de mí. Tan pronto se muestra apasionado como me deja de

lado.

—¿Qué ha pasado? No me has contado nada estos días.

—Estaba tan enfadada que no tenía ganas de hablar. Ha estado tonteando con una de su grupo que no le deja en paz.

—Voy a contárselo a Billy, a ver qué puede indagar.

—No, por favor. Prefiero dejarlo así. Ni siquiera me he despedido esta mañana de él.

—¿Cuántos días te vas a quedar en Inglaterra? Vuelve pronto. Te echo mucho de menos. ¡Llevamos dos meses sin vernos!

Agradecí las muestras de cariño de mi amiga. La realidad era que regresaba a Inglaterra con el corazón hecho pedazos. Me sentía sin fuerzas para revivir lo ocurrido a mis padres, enfrentarme de nuevo a la policía.

En Heathrow me esperaban tía Mary y tía Blanche, iban acompañadas por Dune. Las tías me abrazaron efusivamente mientras la perrita se abalanzaba literalmente sobre mí. Las había echado mucho de menos.

—Quédate a dormir en casa —Tía Blanche se mostró insistente y tras un rato de negociación, acepté. No tenía ánimo para nada, mucho menos abrir una casa que llevaba meses cerrada y reencontrarme otra vez con el vacío.

Tía Blanche me había preparado el cuarto de uno de mis primos. Tomamos té y luego me fui a dormir. Necesitaba estar a solas para llorar todo el dolor que me había infligido Jules. Aunque tenía un par de mensajes suyos, no contesté. Tenía que ser fuerte y olvidarme de él. Yo quería algo que él no parecía interesado en darme: una relación seria, un compromiso.

Dune se acostó junto a mi espada. Su contactó me fue calmando. Fue en ese momento cuando decidí llevármela conmigo a Nueva York.

Al día siguiente salí temprano. Quería pasar por casa antes de presentarme en la jefatura de policía. Nada más cruzar la puerta me invadió una sensación mucho peor que en mi última visita. Sabía por las tías que Hermione había sufrido un ictus y estaba ingresada en una residencia. El suelo del vestíbulo y de la cocina estaba lleno de polvo. La moqueta del salón y las escaleras pisoteada. La policía tenía permiso para

entrar cuando lo requiriese la investigación.

Atravesé el vestíbulo con el corazón encogido. La mezcla de polvo y soledad me dejaron sin aliento, tanto que me costaba respirar. Entré en el salón y me puse a temblar. Salí al jardín. Los rosales de mamá estaban secos; no quedaba ni el recuerdo de una flor. Las ramas de los árboles, también secas y caídas. La pequeña huerta, perdida. Todo lo que habíamos cultivado con tanto cariño había desaparecido.

Cogí los papeles que había ido a buscar y me dirigí a la jefatura.

—Le voy a poner las cintas para que verifique la identidad —El agente Richard me paso el ordenador.

No me hizo falta ver ni oír mucho: indudablemente eran mis padres. Pedí al agente que detuviese la grabación y firmé el documento donde acreditaba su identidad. Me disculpe por no poder contener las lágrimas.

—No se preocupe. Tómese el tiempo que necesite y cuando esté más tranquila pulse el timbre. Un representante del gobierno acudirá a informarle sobre la investigación.

—Ya me encuentro mejor. Me ha impactado verlos… ¿no me va a explicar usted lo que han averiguado?

—No. Es competencia de otro departamento. No tengo acceso a la información.

Aquella respuesta me angustió más. No imaginaba de qué podría tratarse, pero sonaba mal. Mi corazón se aceleró. Un hombre trajeado, no uniformado como la policía, entró en el despacho. Me saludó y antes de comenzar a hablar se aseguró que los micros y las cámaras estuviesen cerrados.

—Me disculpo por no presentarme, enseguida entenderá por qué. Esta reunión es una muestra de agradecimiento del gobierno hacia sus padres. Además de una advertencia para que dé por buena la explicación que le va a dar la policía y no vuelva a pedir información sobre lo sucedido. Por su seguridad nunca la mencione, usted y yo no estamos aquí y nunca más nos volveremos a poner en contacto.

—Me está asustando.

—El laboratorio analizó los restos de la cena que habían tomado sus padres, los productos de la nevera, despensa, productos que había por la casa. No encontró nada.

Me quedé horrorizada cuando el agente me desveló que mis padres pertenecían al MI6, agencia de inteligencia exterior del Reino Unido.

—Aquella secuencia de números que encontró en un libro y envío al agente Richard era la contraseña para acceder a una caja de alta seguridad que tenían oculta en su despacho. Por suerte pudimos recuperar la documentación del caso en el que estaban trabajando.

—Pero si eran unos simples traductores, me cuesta creerlo. Nunca escuché nada ni…

—No se atormente y esté orgullosa de ellos. Eran unos grandes profesionales y sus acciones salvaron muchas vidas.

—Sigo sin entender qué ocurrió…

—Los servicios de inteligencia han descifrado la llamada de teléfono que recibieron aquella noche. Les urgían a salir corriendo hacia un lugar para evitar un atentado contra alguien de su entorno. Lo siento, Caitlin, era una trampa. El coche había sido manipulado y los extorsionadores lo manejaron por control remoto provocando el fatal accidente.

—¿Pero si es todo tan secreto cómo podían acceder a ellos…?

—Contraespionaje, para interrumpir una acción. Voy a avisar al agente Richard para que le comunique lo sucedido. Le acaban de pasar de pasar el informe oficial. No le hable de lo que le he contado y muestre interés por la versión que le va a ofrecer.

El hombre abandonó el despacho. Después de unos minutos entró el agente Richard. Me habló del informe que había elaborado el médico forense. Una importante inflamación en los pulmones de mi madre, debido a una alergia masiva.

—El laboratorio encontró PX7 en su cuerpo.

—¿Qué es? —me costaba disimular que sabía la verdad y que se dejase de historias. Recordé la advertencia del otro hombre y me mordí la lengua. El agente Richard no tenía la culpa, él mismo desconocía lo ocurrido.

—Se trata de un compuesto que se añadía a los fertilizantes y potenciaba el crecimiento de las plantas. Hace tiempo que se retiró del mercado. Producía reacciones alérgicas en las personas… El frasco de fertilizante que se encontró sobre la mesa del salón lo contenía. La hipótesis que se baraja es que su madre pulverizó la planta y al inhalar

sufrió la reacción alérgica.

—¿Cómo se permite la venta de este producto? No lo entiendo.

—No lo está y se va a realizar un requerimiento a la empresa fabricante. Nos tememos que pueda haber otras personas damnificadas.

Salí derrumbada de la jefatura de policía. Me encontraba en estado de shock. En mi cabeza retumbaban las palabras del hombre desconocido y la pantomima para seguir las explicaciones del agente Richard. Tenía que olvidar la realidad. La vida me iba en ello. Entonces entendí la sobreprotección a la que habían sometido mis padres. Su trabajo era peligroso para mí.

Cuando llegué a casa de tía Blanche, ella y otros de mi familia me esperaban impacientes. Según iba avanzando mi relato, sobre lo que me había informado el agente Richard, sus rostros se mostraron más sombríos. Lo que contaba era difícil de creer; un agente tóxico en un fertilizante para las plantas. Y eso que no sabían la verdad.

Me quedé a dormir en casa de tía Blanche. La mía me resultaba inhóspita y abandonada. Esa noche tomé decisiones importantes. Debía asumir cuanto antes lo sucedido y seguir adelante con mi vida. No dejarme arrastrar por la tristeza y depresión. Además, me iba a llevar a Dune conmigo. No pensaba volver a subir a la estación espacial, aunque esto me costase el trabajo. Lo más doloroso fue pensar qué iba a hacer con la casa familiar. No tenía intención de volver a vivir en Inglaterra. Me traía demasiados recuerdos y en Nueva York me encontraba a gusto. Era consciente de que mi decisión iba a afectar a la familia, tendrían miedo de no volverme a ver.

Por la mañana recibí un mensaje notificando que las cuentas bancarias estaban desbloqueadas. El agente Richard se había comprometido a notificar de urgencia al juez el reconocimiento de la identidad de mis padres. Abrí la tablet y accedí a la testamentaria. Mis padres me habían dejado una suma muy considerable de dinero. Esto me daba libertad para pensar qué quería hacer con mi vida.

La llamada del hijo de Hermione me sacó de estos pensamientos. Le había escrito para ir a visitarla antes de mi regreso a Nueva York.

—Caitlin, es mejor que no vayas. El médico ha dicho que debe estar tranquila, podría sufrir un ataque cardiaco. Se pone muy tensa al recordar a tus padres. Más adelante cuando supere la crisis…

—Dile que le quiero mucho. Te llamaré de vez en cuando para ver cómo

sigue y si ocurre algo me avisas.

De camino a casa llamé a la inmobiliaria. Urgí a la vendedora para que pasase a tasarla. Estaba decidida a venderla. De pronto, me entró una llamada de Jeff. Antes de cortar la conversación con la vendedora le dije que hablábamos en un rato para concretar la visita. No era normal que mi jefe me llamase y pensé que habría sucedido algo.

—Antes de nada, ¿qué tal va lo de tus padres?

Le relaté la versión que me había dado el agente Richard y se mostró consternado.

—¿Qué tal van las cosas por el departamento?

—La inauguración del ascensor espacial se va a aplazar a diciembre. Se necesitan garantías de que no haya riesgo de un nuevo sabotaje. Por esto te llamo. Quiero proponerte que te quedes en Inglaterra hasta después de la inauguración. Tu no vas a subir a la estación y puedes teletrabajar desde tu casa. Me parece importante que pases en tu tiempo con tu familia y cuando estés recuperada vuelvas. ¿Qué me dices?

—Me has cogido por sorpresa. Tenía planeado regresar en un par de días…

—Hazme caso, Caitlin, te he visto mal. Es importante que te recuperes y dónde mejor que junto a los tuyos. Pasa la Navidad con la familia y en enero vuelves.

No sabía cómo agradecerle por sus atenciones. Accedí. Jeff tenía razón. Vender la casa, deshacerme de todo era una forma de huida. Tenía que enfrentarme a ello, cerrar la herida. Cuando colgamos llamé a la inmobiliaria para cancelar la visita. Contraté un servicio de limpieza y un equipo de jardinería. Las tías se ofrecieron a ayudarme a vaciar los armarios roperos de papá y mamá. Repartimos sus recuerdos. En el despacho donde trabajaban instalé el ordenador. Eché de menos el compartir el día a día con mis compañeros, pero estar en casa me estaba ayudando a hacer el duelo. La que se mostraba impaciente por verme era Elaine. Llevábamos meses comunicándonos a través de videoconferencia. Le conté lo ocurrido y que me quedaba en Dover hasta enero.

—Contaba contigo —Mi amiga se mostraba consternada—. Billy va a subir a la estación y estoy aterrada. Mañana sale hacia la base de Baltra y en dos días coge el ascensor. ¿Quieres que le diga algo a Jules?

—No, por favor. Ya sabes que desde que volvimos del resort no hemos vuelto a estar en contacto. No quiero volver a hablar de él. Recordarle me

hacía sufrir.

Agradecí haber aceptado el ofrecimiento de Jeff. La casa iba recuperando su estado original y me acogía de nuevo. El jardín también se iba recuperando con las atenciones del equipo de jardinería. Dune se mostraba feliz de estar conmigo y haber vuelto a casa.

Una mañana de diciembre Elaine me llamó alarmada. El equipo de ciberseguridad había dado por fin con el responsable del sabotaje.

—Se trata de Alan, acaba de entrar la policía y se lo llevan esposado.

Era un compañero del grupo de principiantes y parecía serio.

—Me cuesta creerlo. ¿Lo ha reconocido?

—¡Que va! Dice que alguien ha metido ese archivo en su ordenador.

—Lo veo incapaz de esto. Voy a llamar a Jeff. Podría ser una trampa para despistarnos.

Mi jefe hizo caso omiso a mis comentarios. Se decantaba por las conclusiones del equipo de ciberseguridad. A los pocos días de la detención de Alan se puso en marcha la operación y fecha para el ascenso inaugural.

La inauguración del ascensor espacial fue un éxito. Los medios de comunicación llenaron horas de noticias, con fotos y declaraciones de los mandatarios y los viajeros invitados al evento. El hotel donde yo había permanecido más de un mes parecía diferente. En el salón y en el comedor, en vez de un grupo de informáticos, había personas elegantemente vestidas, brindando, riendo, bailando…

El día veinticinco de diciembre, a pocos días de mi viaje a Nueva York, me acerqué a la residencia a felicitar la Navidad a Hermione. Me recriminó con una media sonrisa lo ingrata que había sido por no haberla ido a visitar.

—Intenté venir —La agarré de las manos—, pero tu hijo me dijo que lo dejase para cuando estuviese mejor y yo lo respeté. Sabes que te he echado mucho de menos.

—Lo sé, mi niña. No puedo olvidar lo de tus padres. ¿Qué tal estás?

Le conté de pe a pa todo lo que había hecho desde la última vez que nos habíamos visto, cuando el entierro. El viaje en el ascensor, la estación espacial, mi relación frustrada con Jules… Hermione era parte de mi

familia y hablábamos de todo.

—Mi hijo no me ha contado nada, pero sé por las noticias lo del fertilizante. Te juro que yo no noté nada raro en tu madre y eso que andaba todo el día entre sus plantas.

Se echó a llorar. La abracé. Comprendí porque su hijo había retrasado mi visita. Eran demasiadas emociones para una persona que se encontraba tan débil. Salí de la residencia con el corazón encogido y la promesa de volverla a ver.

Dos días antes de fin de año, me llamó Jules. Contesté la llamada por error. Me pareció leer en la pantalla del móvil el nombre de uno de mis primos.

—Gracias, Jules. Feliz año para ti también.

—¿Estás en Dover?

—Sí.

—Yo estoy en Maidstone. Podríamos vernos y hablar de lo que nos ocurrió.

—Lo veo difícil, estoy liada empaquetando las cosas. En unos días vuelvo a Nueva York.

—¿Por qué no comemos en Canterbury? No te voy a suplicar.

Debí haber lanzado el móvil lejos, donde no lo pudiese escuchar, sin embargo, como si estuviese bajo un hechizo, acepté. Contra todo pronóstico se comportó de una manera diferente. Me dedicó todo tipo de atenciones y exclusividad. Hablamos de lo ocurrido en el resort. Se disculpó alegando que se había dejado querer por aquella chica, que no lo dejaba en paz. Me quería a mí, por ella no sentía nada. Había sido una aventura sin más. Nos despedimos con un abrazo infinito. En unos días él regresaba a la base de Baltra y yo a Nueva York. Durante meses no volvimos a vernos, aunque manteníamos contacto a diario a través del ordenador. Elaine estaba feliz de que se hubiese solucionado lo nuestro y soñaba haciendo planes para los cuatro.

CAPÍTULO XVII

UNA VISITA INESPERADA

Llegó marzo y el día de mi cumpleaños. Elaine me había animado a celebrarlo. Durante esos meses en que Jules y Billy continuaban en la estación espacial, nos habíamos unido más. Pasaba días en su casa y viceversa. Me propuso invitar a la cena al grupo de principiantes. A raíz de la detención del compañero, se había establecido una estrecha relación entre los veinticuatro. Era una forma de protegernos de las sospechas de colaboración en el acto de sabotaje. Me alegró que Jeff y Robert aceptasen la invitación. Hacía un par de semanas que habían bajado de la estación espacial.

La mañana de la fiesta me levanté nerviosa. Sentía una especie de electricidad recorriéndome el cuerpo. Era la primera vez que organizaba un evento. En total iban a acudir veinte personas y el apartamento era pequeño. Me había reconciliado con la casa y también con Merli, el asistente doméstico. Desde el incidente en el ascensor espacial valoraba lo que tenía.

La compañía de Dune lo iluminaba todo. Lo que antes me deprimía del robot, en ese momento me hacía reír. Me divertía ver al perro persiguiéndolo por el pasillo. Había momentos en que parecía que jugaban a cogerse.

Elaine y yo habíamos quedado en que vendría a primera hora a ayudarme, pero me llamó diciendo que le había surgido un contratiempo; no me explicó el motivo. Como no sabía cocinar, y mucho menos preparar un festejo de semejante envergadura, contraté una empresa de autocatering. Elaine y la empresa llegaron a la vez.

—¿Qué te ha ocurrido? —le pregunté curiosa.

—Es largo, luego te cuento. Vamos a organizar, tenemos poco tiempo.

Dune recibió entre ladridos a los dos robots del autocatering, mientras Merli la seguía como un corderito. Los robots iban uniformados de camareros, con delantal blanco y gorrito a juego. Sus brazos metálicos arrastraban tres enormes maletas. Los miré sorprendida. Era la primera vez que contrataba un servicio de ese tipo y había dado por supuesto que

vendrían a atender camareros de carne y hueso.

Los robots escanearon el vestíbulo, la cocina, el salón. Tras procesar los datos, abrieron la primera maleta en el vestíbulo. En su interior había seis mesitas desplegables; redondas, altas, como las de los bares. Las colocaron acorde a las distancias, previamente calculadas, a la salida de la cocina, en el vestíbulo y el salón.

Después, abrieron en la cocina la segunda maleta, la colocaron contra una de las paredes. Era un mueble estantería lleno de baldas. Sobre las de arriba circulaba una corriente de aire caliente, bajo las inferiores, una corriente de aire fría. El espacio, en el mueble-servicio de cocina, estaba perfectamente organizado. Las bandejas de canapés de ensaladas, mariscos, sushi… en las baldas refrigeradas. Los canapés de hojaldre y demás calientes en las superiores.

Cuando los robots terminaron de organizar las bandejas de comida, movieron los sofás y las mesas del salón dejándolo despejado. Elaine y yo observábamos atónitas trabajar a los robots. Abrieron la tercera maleta entre el salón y el vestíbulo. Al desplegarse se convirtió en la barra de un bar.

Elaine y yo nos colamos detrás de la barra. Era impresionante que en tan poco espacio pudiese haber cabida para tanto. La parte inferior la ocupaba la cámara frigorífica. Las bebidas estaban perfectamente colocadas; refrescos, zumos, cervezas… La parte superior tenía dos filas de baldas repletas de botellas de diferentes licores: ginebra, ron, whisky…

En uno de los extremos de la barra había una máquina de hacer hielo y una picadora para preparar granizados. Elaine y yo nos miramos divertidas, nos sacamos fotos que enviamos a nuestras amistades. Dune estaba excitadísima y corría de un lado a otro olisqueando todo y confiando en conseguir algo de comida.

A las siete comenzaron a llegar los invitados. A pesar de que el apartamento era pequeño, los robots habían parametrizado el espacio tan bien que nos acomodamos perfectamente. Los dos camareros mecánicos comenzaron a pasar las bandejas con los aperitivos. Sirvieron las bebidas y pusieron música.

Hacia las nueve de la noche, en medio del ruido de nuestras voces y de la música, sonó el timbre del portal. No esperaba a más invitados. Temí que algún vecino se hubiese quejado a la policía. Elaine me interrumpió el paso al interfono, se encargaba ella, Jeff me estaba reclamando.

La luz del salón se apagó y un robot se acercó a mí con una tarta donde lucían varias velas. En medio de las voces de mis compañeros, cantando el cumpleaños feliz, entraron dos hombres. Me quedé paralizada por la

sorpresa. Mis ojos se resistían a reconocer lo que estaban viendo, pero era real. Jules me miraba con una expresión burlona e iba acompañado por Billy.

La fiesta cambió en ese mismo instante. Mi estado de ánimo se elevó a niveles inimaginables. Era la primera muestra real de su amor hacia mí. Pero no podíamos estar juntos, nos encontrábamos rodeados de gente. Además, todos los invitados querían saber las últimas novedades de la estación espacial. Jules y Billy se sentaron en el sofá y el resto en el suelo haciendo un corrillo a su alrededor.

—Caitlin, no te quejaras —Jules me miró a los ojos—. Hemos hecho un viaje relámpago para venir a tu cumple.

Se lo agradecí con una sonrisa, iba cargada de muchos sentimientos.

Jeff se interesó por el ascensor.

—Va como un tiro —respondió Billy mientras jugueteaba con las manos de Elaine—. No ha habido ningún problema.

Hubiese dado lo que fuese porque Jules hiciese lo mismo con las mías, pero nuestra relación era diferente.

—¿Qué tal va el nuevo proyecto? —intervino Robert.

Yo sabía por Elaine de qué trataba, un nuevo ascensor que partiría de la estación espacial hasta más arriba. Escuché con atención.

—Está completada la primera plataforma —respondió Jules— y lista para ensamblarse a la parte superior de la cúpula.

—¿Un segundo ascensor espacial? —hice que no sabía nada—. ¿Hasta dónde se pretende subir?

Varios compañeros se sumaron a mi pregunta. No era oficial lo que estaban contando.

—Hasta muy arriba —Jules gesticulaba con las manos señalando el cielo.

Lo que contaba me preocupó. Me parecía una locura querer llegar más arriba. ¿Hasta dónde llegaría la ambición de los promotores? ¿Qué sentido tenía ese proyecto millonario con la cantidad de problemas que había en nuestro mundo? La crisis energética que asolaba el planeta desde hacía décadas. La crisis alimentaria que provocaba millones de muertes al año. A pesar de las revueltas de la población, la distancia entre los pocos

poderosos y la mayoría de los habitantes de la Tierra era cada vez mayor.

También me preocupó que ese proyecto le haría a Jules permanecer por mucho tiempo trabajando en la estación espacial: meses, incluso años… Esto haría imposible nuestra relación. Elaine tenía la misma señal de preocupación en su mirada y los ojos empañados en lágrimas. Billy la abrazó, mientras le juraba que de momento no volvería a subir. Jules mantuvo las distancias conmigo. Era como si estuviese librando una enorme batalla, acercarse a mi demostraría debilidad. No era capaz de entenderle. Me levanté y fui a la cocina con algún pretexto. Elaine vino detrás de mí.

—¿Sabías que venían? ¿Por eso has llegado tan tarde?

—Era una sorpresa, Caitlin.

—Te lo agradezco. Me ha hecho mucha ilusión, pero ahora me siento fatal. No entiendo para qué viene desde tan lejos y se muestra tan distante. Parece que tuviese miedo a reconocer un compromiso.

—Caitlin, no te pongas así —Elaine trataba de animarme—. Piensa que todos le están preguntando cosas y…

—Tienes toda la razón, Elaine —Decidí disimular. La apreciaba mucho y no quería aguarle la fiesta ni el reencuentro con Billy—. Son tonterías mías. Me ha hecho tanta ilusión ver a Jules que lo quiero solo para mí. Venga, volvamos al salón.

Jules era difícil de engañar. Por la forma cómo me miraba sabía lo que sentía. Para agravar la situación, bromeó ante todos que yo estaba celosa de su trabajo. No tuve otra opción que reírle la gracia, no iba a destapar mi desilusión ante mis compañeros. Me lamenté del poder que ejercía ese hombre sobre mí.

La fiesta acabó de madrugada. Jules me dijo que se quedaba a dormir y, una vez a solas, me arrastró de nuevo entre sus redes. Por la mañana propuso a Billy y Elaine que nos fuésemos los cuatro a pasar los días que tenían libres fuera de Nueva York. Intenté olvidar lo ocurrido en la fiesta y disfrutar de lo poco que tenía. Acepté de forma incondicional las migajas de su amor. Nos dirigimos a la costa. Elaine se mostraba pletórica. Su relación con Billy iba viento en popa y él se quedaba a trabajar a Nueva York. Yo era consciente de que tenía cronometrados los segundos con Jules. En pocos días regresaba a Baltra, para subir de nuevo a la estación espacial. Pensarlo me rompía el corazón.

El último día de la excursión, estaba rota ante la inminente despedida. Hice un esfuerzo por no ser una aguafiestas y participé de las risas del viaje. De vuelta a Nueva York acompañamos a Jules al aeropuerto. Una

vez en la terminal, fue caminando junto a Elaine. Me sorprendió verlos hablar tan serios. Billy y yo íbamos detrás. Jules se detuvo frente a un bar y nos propuso tomar algo antes de dirigirse a la zona de embarque. Elaine y yo nos dirigimos a una mesa, mientras ellos se acercaban a la barra. La miré fijamente. Me estaba ocultando algo.

—Jules me ha pedido que te lo cuente una vez que se marche. Le preocupa que te estés tomando la relación tan en serio. Debido a su trabajo, no puede comprometerse a nada. No quiere condicionarte la vida.

—Entiendo lo que dices y lo que plantea él. ¿Cómo no se ha atrevido a hablarlo conmigo y te ha metido a ti en esta historia? No niego que le falte razón. Es difícil plantear una relación seria en estas circunstancias, pero creo que lo debería decidir yo. Estoy harta de que la gente maneje mi vida. Primero mis padres, ahora él. No digas nada, voy a disimular para no estropear este momento, pero te adelanto que lo nuestro se ha terminado. No digas nada. Siempre he sabido que Jules no era para mí. No te lamentes por haberme abierto los ojos.

—No te enfades con él. Le importas mucho, pero…

La llegada de Jules y Billy interrumpieron la conversación. Venían sonrientes, con las bebidas en las manos, hablando de una y otra cosa. Jules era observador y al instante se dio cuenta de que algo no iba bien. A pesar de que no dejé de sonreír, incluso bromear y reír a carcajadas, mis ojos me delataban.

—¿Te ocurre algo, Caitlin? —me preguntó haciendo un aparte—. Te veo rara.

—¿Qué dices? Me encuentro perfectamente.

Llegó la hora de la despedida. Estaba ansiosa porque entrase en la zona de embarque y perderlo de vista. Jules me dio un abrazo. Me prometió escribirme desde la estación espacial. No pude decir nada. El dolor inundaba mi garganta. Me miró fijamente a los ojos. Se mostraba serio, preocupado. Elaine le hizo un gesto; él supo que ya me había informado. Me solté se sus brazos y me di la vuelta. No había posibilidad de vuelta atrás.

—Lo siento, Caitlin, no sé qué decir —Elaine caminó a mi lado hacia la salida de la terminal—. Me siento mal por habértelo contado. Igual lo hemos exagerado y no tenía la importancia que parecía y…

—Has hecho lo que tenías que hacer y te lo agradezco. En serio, no te preocupes.

CAPÍTULO XVIII

FRENTE AL ABISMO

Era una mañana calurosa de agosto cuando mi mundo saltó de nuevo por los aires. Al entrar en la planta noventa me recibió un tumulto inesperado. Mis compañeros hablaban alborotados alrededor de la mesa de Jeff. Me hice un hueco entre ellos para enterarme qué ocurría.

—Parece que se ha movido la plataforma marina —Jeff señaló la base en la pantalla—. Unidades navales están valorando la situación en la zona, pero el mar de fondo dificulta las labores de inspección.

—¿Es grave? —Mi corazón se puso a bombear a una velocidad vertiginosa, mientras un sudor frío me recorría el cuerpo—. ¿No partía hoy el ascensor?

—Sí, de madrugada.

—¿Se ha contactado con la cabina? —me encontraba al borde del colapso. Sabía que muchos conocidos iban en ese viaje, Jules incluido. Me lo había confirmado en su último mensaje. Me arrepentí de haberle contestado que no me escribiese más.

—No es posible establecer conexión —sentenció Jeff.

—¿Y las cámaras? ¿No se puede visualizar qué está pasando?

—No, Caitlin, el acceso al ascensor está bloqueado.

Salí se la sala e intenté comunicar con Jules. La desesperación ante la falta de respuesta me ahogaba. No había acabado de superar la muerte

de mis padres y me venía otra desgracia encima. Bajé a la planta ochenta y cinco. Necesitaba descargarme con Elaine. Por mucho que intentó consolarme yo sabía que me encontraba frente al fin. Mi intuición me decía que este incidente no se iba a resolver como el sucedido en mi ascenso. Volví a subir a la planta noventa. Estaba tan alterada que no podía permanecer quieta. Me crucé con Billy en las escaleras mecánicas. Tenía la cara descompuesta.

—¿Qué opinas? —lo abordé.

—Lo veo mal, Caitlin. Sé lo que significa Jules para ti y lo siento mucho. Si te sirve de consuelo él sentía lo mismo. Muchas veces me hablaba de ello. No quería comprometerse a una relación formal debido a la distancia. Era malo para ti y también para él. Pero tenía esperanza en el futuro, en regresar a Nueva York, intentarlo contigo.

—Hablas como si estuviese muerto. ¿Sabes algo que yo no sé?

—La base de Baltra acaba de confirmar que se ha abierto una grieta importante en el lecho marino, justo en el área donde se encuentra asentada la plataforma marina.

—¡Dios mío! —Sollocé. Mi mente se encontraba bloqueada, mi corazón al límite de lo soportable. Jules había calado demasiado en mi vida. Me tapé los oídos con las manos. No quería escuchar los detalles. Si la plataforma se desplazaba, el cable se soltaría y el ascensor caería al mar o se perdería en el universo. Entonces recordé las palabras del padre Mathew. La mañana que nos conocimos en la iglesia me preguntó a qué me dedicaba. Al enterarse de que iba a subir en el ascensor espacial me miró afectado.

"—Es increíble que habiendo tanta miseria en el mundo se lleve adelante un proyecto así. La ambición de algunos hombres no tiene límite. Lo que cuentas Caitlin, me recuerda a la historia de la torre de Babel. ¿La conoces?"

"—No —respondí, mirándolo con curiosidad."

"—En el Génesis, el primer libro de la Santa Biblia, se habla de cómo, hace muchos, muchos años, unos hombres quisieron construir una torre que fuese tan alta que llegase al cielo. En aquel entonces, todos hablaban una sola lengua. La historia dice que Dios castigó su soberbia creando una confusión en el lenguaje. Los hombres empezaron a hablar en lenguas diferentes, dejaron de entenderse y, por tanto, de construir la torre".

En ese momento de confusión entendí lo que me había querido transmitir el padre Mathew. ¿Para qué ir tan arriba? ¿Qué sentido tenía llevar a cabo ese costoso proyecto cuando en el mundo morían a diario miles de

personas de hambre? La soberbia de algunos de creerse Dioses y menospreciando a una población mayoritaria que no se había recuperado de las consecuencias de las grandes crisis anteriores: energética, alimentaria, climática… El poder en manos de unos pocos.

Entramos en la planta noventa. El silencio embargaba la sala. Jeff nos hizo un gesto y continuó hablando.

—… me acaban de informar que el cable se ha soltado.

—¿Y el ascensor? —gritó Billy.

Jeff entrecerró los ojos.

—Se sabe que ha caído al mar, pero de momento no dónde. Lo están buscando. Lo siento, por todos.

Nunca hasta ese momento había visto semejante manifestación de emociones entre mis compañeros. ¡Éramos humanos! Jeff se me acercó y me dio un abrazo. Sabía de mi relación con Jules. Me propuso que me marchase a casa.

—Luego le diré al resto que se vaya. Aquí no nos queda nada por hacer. El proyecto está acabado.

Acepté su ofrecimiento, no me encontraba en condiciones de trabajar y no quería escuchar más noticias. Mi mente tenía que prepararse para asumir el desastre.

A media tarde, Elaine vino a casa a contarme lo sucedido. Un submarino militar había localizado los restos del ascensor en el fondo del mar.

—Está todo el mundo destrozado. Nos han dado a todo el departamento cinco días de permiso. La gente esta afectadísima, cualquiera de nosotros tenía relación con alguien y… —rompió a llorar.

No sé qué hubiese hecho si Elaine no hubiese venido en mi auxilio. Me estaba hundiendo, acercándome al borde del precipicio.

Pasaron los días de permiso y regresé al trabajo. Me costó un gran esfuerzo cruzar el vestíbulo de recepción. Todo me resultaba gris, difícil.

—Me gustaría volver a mi puesto, junto al grupo de principiantes —pedí a Jeff cuando entré en la sala de la planta noventa.

—Sí, ahora os lo voy a comunicar. Siéntate un momento.

Cuando los compañeros estuvieron en sus puestos, Jeff se puso en pie.

—Como supondréis, el proyecto se ha cancelado. El costo a nivel político ha sido enorme. Dimisiones, expulsiones… Desde la administración me han ordenado que se cierre esta sala y que cada uno vuelva a sus tareas anteriores.

—¿No se va a investigar qué ha pasado? —preguntó un chico alzando la mano—. ¿Cómo es posible que en un mar en calma suceda algo así?

—Por supuesto. El mismo presidente está detrás de ella y no se cerrará hasta que se llegué a la verdad.

—¿Alguna hipótesis se barajará? Jeff creo que merecemos saberlo. Nos hemos jugado la vida en el primer ascenso.

—Volved cada uno a vuestros puestos originales. Cuando obtenga la autorización os vuelvo a convocar.

Regresé a mi puesto en la planta ochenta y cinco. Me reconfortó volver allí. Elaine estaba en la mesa de lado y los otros principiantes me habían acabado por aceptar. Desde que había ocurrido la catástrofe, todos nos mostrábamos diferentes. Nos reconocíamos, saludábamos, incluso hablábamos. Había tenido que ocurrir una desgracia así para que nos comportásemos como seres humanos, compañeros y no en una continua competitividad.

El sábado por la mañana pasé al lado de la iglesia y entré a saludar al padre Mathew. No nos habíamos vuelto a ver desde el día que entré a preguntar por Damián, el mendigo. Su cercanía me invitó al deshago, le conté lo sucedido con el ascensor, la pérdida de Jules, el dolor que me ahogaba y no me dejaba vivir. Sus palabras amables consiguieron reconfortarme. Me invitó a ayudarle a servir en la cola del hambre. Esto me obligó a mirar en los ojos de aquellas personas desesperadas. Mi dolor no era único, se fundía con el de ellos.

El lunes, al llegar al departamento, me recibió un revuelo estrepitoso. Jeff estaba ordenando a la gente que bajase a la planta ochenta, a la sala principal.

—Un alto cargo de la administración nos va a informar de lo ocurrido —le expliqué a Elaine, que llegó cuando estábamos bajando.

La sala era enorme, ocupaba toda la planta. Parecía imposible poder juntarnos a todos los trabajadores del departamento de informática estatal. Un hombre subió al estrado. Con un tono de voz potente pidió

silencio.

—Lamento comunicarles que el accidente no se ha debido a algo causal, un movimiento sísmico como se creyó en un principio. Se han encontrado restos de bombas que demuestran que la plataforma marina fue objeto de un ataque. Se alteró el lecho marino y debido a ello se desplazó la base provocando que el cable se soltase y el ascensor cayese. Como les han adelantado sus respectivos jefes, el proyecto se ha desestimado. Por el momento es impensable volver a construir una estructura semejante. En el atentado hemos perdido a personas importantes. Les invito a ponerse en pie y brindarles un homenaje.

El sonido de los aplausos no cabía en la sala. El portavoz nombró a Jules, Yuri, Dietrich, Eric… entre otros. Pensé en los momentos tan especiales que habíamos compartido en la estación espacial.

—… también quiero informarles de la puesta en libertad de Alan Donelly por falta de pruebas.

El alboroto se generó al instante. Muchas manos alzadas pidiendo explicaciones.

—Calma, señores. Se les va a informar de los detalles.

Cuando regresamos a la planta ochenta y cinco los ciberagentes que habían requisado el ordenador de Alan nos estaban esperando. Nos colocamos alrededor de la mesa de Jeff. Uno de los agentes tomó la palabra.

—… como saben, la aplicación responsable del sabotaje durante el primer ascenso fue localizada en el ordenador del señor Donelly. Esto nos hizo presuponer que era el responsable, único o en colaboración con alguien. El ordenador fue formateado y la aplicación destruida, sin embargo, el día del atentado fue de nuevo utilizada.

—¿Cómo pueden saber que era la misma aplicación? —intervino un chico en un tono acalorado—. Esto nos pone de nuevo en el punto de mira a todos los trabajadores del departamento. Igual lo ha hecho Alan desde la cárcel.

Jeff hizo un gesto pidiendo que se calmara.

—Desde su detención —respondió un agente del FBI—, el señor Donelly ha permanecido en aislamiento total, sin contacto con otros presos, ni llamadas de teléfono, acceso a ordenador… Es imposible que haya sido él o colaborado con alguien. Ante la falta de pruebas que lo incriminen, y teniendo conocimiento que se ha utilizado la misma aplicación para el

atentando, el juez ha ordenado su puesta en libertad.

Compartí la misma inquietud del compañero. Elaine, entre susurros, dijo que ella también.

—Pregúntales por las conclusiones. Lo haría yo, pero me incomoda hablar en público.

Uno de los ciberagentes atendió su pregunta.

—La conclusión preliminar es que utilizaron al señor Donelly para desviar la atención y actuar con mayor libertad en el atentado que se planeaba cometer.

—Pero el sistema está cerrado —insistió uno de los chicos—. El responsable tiene que ser obligatoriamente alguien relacionado con el departamento.

—La investigación está en manos del FBI, la Interpol, los servicios de inteligencia… varios países están implicados en el proyecto —concluyó el agente del FBI.

Jeff cerró la reunión confirmando que hasta nueva orden el proyecto del ascensor espacial quedaba suspendido.

A última hora de la tarde, cuando me disponía a salir del departamento, me crucé con Robert en el vestíbulo principal.

—¡Caitlin, qué sorpresa!

—Lo mismo digo. No sabía que estabas aquí.

—He llegado hace unas horas de Baltra. ¿Te apetece que tomemos algo?

Accedí al instante. Me moría por saber cómo se había vivido desde la base el atentado. Elegimos un autobar que se encontraba a unos metros del departamento. Me senté junto a la ventana mientras Robert pasaba el chip por la maquina dispensadora y sacaba una botella de vino blanco, una bolsa de cubitos de hielo, y aperitivos salados.

—Me alegré al saber que no estabas en el ascensor —La emoción me trababa las palabras.

—El que esté aquí es obra del destino.

—¿Qué pasó para que no subieras? Jules me dijo que ibas con ellos.

—El día anterior me puse enfermo y el médico de la base no firmó el parte

de viaje. Me sentí fatal cuando me enteré de lo ocurrido.

—Da gracias por ese golpe de suerte.

—¿Qué tal llevas lo de Jules? Te veo mal.

—Estoy mal.

—¿Qué planes tienes ahora que se ha cancelado el proyecto?

—Jeff me ha devuelto a mi puesto original, pero le comunicado mi deseo de pedir una excedencia. No me siento con fuerzas. Primero la muerte de mis padres, ahora lo de Jules, … He intentado concentrarme, pero me resulta imposible mantener la atención. En estas condiciones no puedo realizar bien mi trabajo.

—Lo siento, Caitlin —me cogió de las manos—, no tengo palabras…

Nos quedamos en silencio evitando dejarnos llevar por la emoción, pero estaba ahí. Acabábamos de perder a muchos compañeros, personas con las que habíamos vivido momentos y experiencia inolvidables.

—¿Qué va a pasar con la estación espacial? Imagino que habrá mucha gente. ¿Cómo los van a bajar?

—En cohetes. He venido para ayudar a organizarlo. Primero se desalojará a los turistas. El hotel está completo. Luego a los trabajadores. Es urgente evacuarlos. La estación espacial se encuentra en alerta máxima ante un posible atentado.

——¡No digas eso! —Un escalofrió me recorrió el cuerpo—. ¡Cómo estará de nerviosa la gente!

—¡Imagínate!

—Pobre José. Espero que esté bien.

—¿El camarero del hotel?

—Sí. ¿Cuándo empezará la evacuación?

—Pasado mañana subirán los primeros cohetes. Mi misión es dirigir la evacuación desde aquí.

—Me alegra haberte visto, Robert.

Nos despedimos con un abrazo. Le deseé éxito en la labor que le habían

encomendado y prometimos mantenernos en contacto.

Al llegar al apartamento me metí en la cama Dune se recostó junto a mí. La pastilla para dormir sumada a las dos copas de vino que había tomado con Robert me indujo en una tenue duermevela. En mi sueño me vi en el hotel del resort, Jules estaba a mi lado. Fue entonces cuando decidí adonde iría. Por el dinero no tenía problema, mis padres me habían dejado una importante suma en herencia.

CAPÍTULO XIX

A LA DERIVA

El recuerdo de Jules me empujó a regresar al lugar donde él y yo habíamos sido tan felices. En Costa Tortuga quería olvidar las cosas negativas que me habían hecho sufrir y recrearme sólo en los buenos momentos. Como la noche que nadamos los dos solos en aquel mar cristalino después de una larga caminata por la fina arena. O los aperitivos bajo la sombra de los cocoteros. O las actuaciones durante las cenas en el restaurante. Pero la nostalgia era tan fuerte que me arrastraba hacía abajo en vez de ayudarme a emerger. Mis tías no dejaban de insistir en esto. ‹‹Caitlin, los problemas viajan en tu maleta››. Pero no quería escuchar.

La primera noche que pasé en el resort dejé a Dune en la habitación y me dirigí al restaurante donde solía ir a cenar con Jules y sus amigos. Me emocionó escuchar al cantante corear la misma canción que me había dedicado Jules la noche del karaoke. Después pasó otra noche y otras más… me recreaba en mi soledad.

Durante el día daba largos paseos con Dune, nos bañábamos en el mar, corríamos por la playa… Tanto Elaine, como mis tías, estuvieron pendientes de mí. Hablábamos por videoconferencia a diario, verlas en la

pantalla me hacía sentir acompañada.

La noche del séptimo día en el resort recibí una noticia terrible. Otra vez el horizonte se cubría de nubarrones oscuros.

—Elaine, no te entiendo. ¿Qué ha ocurrido?

—¿No has oído las noticias? ¡Han atentado contra la estación espacial! Los terroristas han interceptado el sistema de control de la estación y la han dejado sin oxígeno. Pobre gente. No puedo pensar que Billy, tu, Jeff hubieseis estado allí. Por suerte, la mayoría habían sido evacuados.

Abrí la tablet. Las noticias informaban que se habían perdido setenta y seis vidas. La esfera se estaba resquebrajando y en horas no quedaría nada. Todo saltaría por los aires. Los cinco edificios, el hotel, la plaza central, los conductos por donde caminábamos. Sólo quedaría en el recuerdo de los que estuvimos allí.

—Si tienes ocasión, pregúntale a Robert por José, el camarero. Me gustaría saber si está a salvo. Me ayudó mucho su conversación.

—Déjalo de mi cuenta. ¿Cuándo vas a volver? Te echamos en falta.

—De momento no voy a volver al departamento. Pero nos veremos pronto, te lo prometo.

Me quedé en el resort unos días más. No sabía cómo continuar con mi vida. Elaine me mantenía informada de todo cuanto ocurría en la oficina. Me confirmó que José había bajado a tiempo. La noticia me animó. Era un punto positivo en medio de tanta desgracia.

—¿Qué tal estas? —me saludó una voz masculina desde el otro lado de la línea—. Espero que mi llamada no sea inoportuna.

Por mucho que miraba la pantalla no sabía con quién estaba hablando. Aunque la voz me resultaba conocida. Meses atrás había tenido problemas con el móvil, me habían cambiado el número y había perdido los contactos de la agenda.

—No sé quién eres.

—Paul.

—¡Cuánto tiempo sin hablar!

—Demasiado tiempo. Estos días me he acordado mucho de ti. Como no podía contactar contigo esta mañana he llamado al departamento y Elaine

me ha dado tu nuevo número.

Me avergonzó haber estado tan esquiva con él. Tras conocer a Jules, dejé de contestar a sus mensajes. Ni siquiera lo invité a la fiesta de cumpleaños. Le hice un resumen de lo ocurrido desde que no habíamos hablado. Empecé por el viaje en el ascensor, mi experiencia en la estación espacial, fue la primera vez que le hablé de Jules.

—Elaine me ha dicho que estás mal y yo quiero ayudarte. Si me lo permites pido unos días de permiso en el laboratorio y voy a buscarte.

—¡Qué locura! ¿Cómo vas a hacer eso? —La situación era surrealista, apenas nos conocíamos. Imaginé que su madre tendría algo que ver, aunque no recordaba que hubiese tenido tanta amistad con la mía.

—Tu madre y la mía se hicieron muy amigas cuando te fuiste a Nueva York. Probablemente se apoyaron mutuamente al tenernos tan lejos.

—Y ahora te está presionando para que cuides de mí…

—Yo también quiero hacerlo. Caitlin, déjame acompañarte. Ha tenido que ser devastador perder a tus padres y luego a tu novio. Que se hunda el proyecto en el que trabajabas…

El tono de voz de Paul me transmitió paz. Me hizo sentir que no estaba sola en ese vacío que me embargaba.

—Iré yo. No conozco Boston y así veo a Elaine también.

—Además tengo algo importante que compartir contigo. ¿Recuerdas que os conté que estaba en medio de una investigación?

—Sí, algo recuerdo. Refréscamelo.

—Por teléfono no puedo, pero te adelanto que puede estar relacionada con la muerte de tu amigo el mendigo.

—¿Damian? ¿De qué se trata?

—Te lo contaré cuando vengas. Voy a prepararte un cuarto en mi casa, así que no te molestes en buscar hotel. Pásame un mensaje con la hora de tu vuelo.

CAPÍTULO XX

OTRO ENIGMA

Aterricé en el aeropuerto de Boston a media tarde. Paul había salido antes del laboratorio y me esperaba en la terminal. Al abrazarnos sentí una sensación diferente a cuando nos reencontramos, meses atrás, en el apartamento de Elaine. Sus llamadas, a diario, me habían hecho acostumbrarme a él. Desde que me localizó en el resort no había dejado ni un solo día de llamarme. Su compañía me hacía sentir bien.

Al entrar en su apartamento me sorprendió cómo lo tenía decorado. Era un trocito de Inglaterra en pleno corazón de Boston. Además, al ser una planta baja, disponía de un pequeño jardín. Dos plantas frondosas, llenas de florecillas blancas, delimitaban el porche a ambos lados.

Dune inspeccionó feliz el jardín, corría de un lado a otro como si estuviese en casa. Le gustaba Paul. Al mínimo descuido le lamía las manos.

—Además de mi invitada, esta noche eres mi paciente —me hizo sentarme en una de las butacas de mimbre del porche—, así que a obedecer mis órdenes.

Estaba tan cansada que obedecí. Cuando me quedé a solas, abrí la tablet y llamé por videoconferencia a Elaine.

—¿Estás en Boston, en casa de Paul? Pero bueno, Caitlin, como eres. ¿Por qué no me has contado nada?

—Lo he decidido en el último momento.

—¿Cuánto tiempo te quedarás? Billy y yo podríamos ir a pasar el fin de

semana. Así te presento a mi familia.

—Lo hablo con Paul y te digo algo. No sé qué planes tendrá.

—Cuanto me alegro, Caitlin. Parece un buen tipo.

—No te aceleres, que te conozco —le dije riendo.

La primera noche apenas hablamos. Aunque le insistí que me contase de que iba la investigación no soltó palabra.

—Mañana vendrá a cenar el abogado con el que comparto la información. He pensado que podrías preparar una videoconferencia con alguno de tus jefes para ponerles en antecedentes.

—¿Es tan grave?

—Cuando leas los informes ya dirás…

Al día siguiente, salió muy temprano al laboratorio. Yo me quedé en la casa. No conocía a nadie en Boston y no tenía ganas de caminar. Tras pasar un rato trasteando en el ordenador se me ocurrió escribir un resumen de lo que había vivido desde mi llegada a Nueva York.

—¿Qué tal has pasado el día? Te veo con mejor cara.

—Sí, y no tengo palabras para agradecerte lo mucho que estás haciendo por mí.

—Veo que has estado trabajando. ¿Qué escribes?

—Nada importante. ¿A qué hora llegará tu amigo? Habrá que preparar algo de cena.

—¿Sabes cocinar?

—La verdad es que no. En casa se ocupaban mis padres y en Nueva York compraba todo preparado.

—Tranquila, me encargo yo. Ve poniendo la mesa en el porche mientras me doy una ducha.

La noche era calurosa y me gustó la idea de cenar en el jardín. Coloqué los platos y demás utensilios y prendí unas velas para ahuyentar a los insectos. Paul se encargó de la ensalada y de cocinar un plato de pasta. Se mostraba feliz y calmado. Esto me hizo pensar en Jules. Era justo lo

contrario. Siempre ansioso, impaciente, con cambios bruscos de humor.

A las siete en punto llegó el invitado. Una vez acomodados en el porche les urgí a que me contasen qué sucedía. Estaba muerta de curiosidad.

—Hace unos meses se comenzaron a recibir en el despacho denuncias de personas que habían perdido a familiares en condiciones sospechosas —El hombre dio un sorbito a la copa de vino—. Me puse en contacto con el laboratorio de biomedicina y el director me presentó a Paul. Desde entonces colaboramos juntos, además de haber hecho una gran amistad.

Se percibía una buena comunicación entre los dos. La historia que relataron me dejó impactada.

—… todas las muertes denunciadas seguían un mismo patrón. Eran personas con minusvalías o enfermedades costosas para el sistema y dependían de medicamentos. Esto me hizo pensar en el caso de tu amigo, el mendigo —concluyó Paul.

—Efectivamente su muerte fue un misterio, según me contó el sacerdote. También le extrañaba los que dejaban de acudir a las colas del hambre. ¿Quién puede estar detrás?

—Barajamos dos hipótesis —intervino el abogado— O se trata de un loco que tiene acceso al sistema informático que se encarga de la distribución domiciliaria de medicamentos, o son los círculos de poder pretendiendo reducir los costos sanitarios y la superpoblación mundial. Somos muchos en el planeta y los recursos son escasos. Las autopsias confirman sustancias tóxicas. Los denunciantes relatan la muerte tras la ingestión de alimentos o la medicación habitual. Si el sistema funcionase como antiguamente con los despachos de farmacia esto no sería posible, pero desde dentro del sistema se puede modificar lo que se envía a cada individuo. ¿O no? Lo mismo ocurre con la alimentación. Todo llega preparado a las casas.

—Efectivamente se podría alterar cualquier producto que se envía a domicilio, pero me cuesta creerlo. El sistema informático está cerrado nadie sin acreditación puede…

—¿Cómo dices esto después de lo que ha pasado en el ascensor y la estación espacial? —me cortó el abogado.

Aunque me costase reconocerlo, tenían razón. El sistema informático no era lo inexpugnable que yo había creído cuando entré a trabajar en el departamento. El abogado continuó con la explicación.

—Del estudio que estamos realizando, en los países desarrollados el objetivo va dirigido a la reducción del número de individuos costosos para

el sistema; enfermedad, falta de trabajo, minusvalías, … En los países menos desarrollados a reducir la superpoblación.

—¿Cómo hacen la selección? —Cada vez estaba más alarmada.

—De forma aleatoria, siguiendo los parámetros que te acabo de exponer. En los países desarrollados de forma más focalizada, en los servicios domiciliarios. En los menos desarrollados las sustancias tóxicas están en el agua de consumo, en zonas determinadas.

—¡Este mundo está enfermo!

—En eso tienes razón, Caitlin —Paul me acarició las manos. Fue el primer contacto y el que marcó el inicio de nuestra relación.

—¿Cómo se va a detener esta atrocidad?

—Por esto te he pedido que organices la videoconferencia con alguno de tus jefes. Ahora que hemos concluido el estudio y tenemos las pruebas para enviar la información a una persona de tu confianza, que no se deje manipular, y que tome las medidas pertinentes.

Escribí un mensaje a Robert. Lo elegí porque me inspiraba confianza y tenía un cargo superior a Jeff. En minutos organicé la videoconferencia. Lo que no pude garantizar era la seguridad de la red. Si estaban en lo cierto, ningún sistema era inexpugnable.

—No entremos en más detalles —Conocía a Robert y se le veía incómodo—. Caitlin, cuando vengas a Nueva York me traes el dossier.

Cuando cerramos la sesión, Paul me propuso ir a pasar el fin de semana a mi casa. Aunque me costaba regresar a mi vida anterior, era inevitable. No era solución convertirme en nómada. Me vinieron a la memoria los sabios consejos de mis tías; los recuerdos, el dolor, viajaban inevitablemente conmigo en la maleta.

—De acuerdo. Imprime la documentación y se la entregamos en persona.

Los ojos de Paul tenían un brillo especial, conocía su significado. Los míos le devolvieron la misma emoción.

CAPÍTULO XXI

EN LA ORILLA

Esta tarde voy a celebrar en el jardín de casa una merienda familiar. El motivo, presentarles a Paul. Hemos llegado hace un par de días de Nueva York y hasta hoy no les he avisado. Quería tener todo preparado para darles la sorpresa.

Tras la videoconferencia con Robert, Paul y el abogado recopilaron la información para adjuntar al expediente; copias de las denuncias, resultados de las autopsias, información de las sustancias tóxicas… Cuando estuvo listo, nos trasladamos a Nueva York. Preparé una reunión en mi apartamento.

—Es una información muy sensible —Robert ojeó rápido las páginas—. Tengo que decidir a quién se la voy a pasar. Os aconsejo que a partir de este momento os mantengáis al margen. Caitlin, no quiero más sustos.

—Tranquilo. Nos vamos a Inglaterra.

—¿Sigues de excedencia?

—Mañana le voy a enviar a Jeff la renuncia. No quiero seguir trabajando en esto.

—¿Qué vas a hacer allí?

—A Paul le han ofrecido una plaza de profesor en la universidad y hemos decidido empezar una nueva vida juntos. Yo no sé qué haré…

—Cuanto me alegro, Caitlin. Estaba preocupado por ti. La que lo va a sentir es Elaine.

—Hemos llegado a un acuerdo —dije sonriendo—. Este verano tendrá

que venir a conocer Inglaterra.

Escuchó el movimiento de recipientes en la cocina. Paul es un gran cocinero y está cortando el rosbif para hacer los sándwiches. Con él todo me resulta fácil, me siento en casa, en familia, como cuando vivían mis padres. Me está enseñando a cocinar y he horneado mi primer bizcocho. Elaborado con el amor de nuestras manos, sin robots uniformados de camareros ni maletas de autocatering como en la fiesta que organicé por mi cumpleaños.

Miró por la ventana del despacho. El servicio de jardinería que contrate en mi último viaje ha hecho un trabajo estupendo. Han vuelto a crecer los rosales y el huerto da sus primeros frutos.

Suena el timbre, Dune salé corriendo escaleras abajo a recibir a los invitados. Desde que hemos vuelto está feliz recuperando sus rincones secretos, donde guardaba sus apreciados tesoros.

Cierro el ordenador. Cojo el manuscrito de lo que he ido escribiendo desde que fui a Boston. Todavía no he decidido si se lo voy a dejar leer. Ni siquiera Paul sabe la realidad de este proyecto. Me avergüenza mostrar mi intimidad, mis emociones, pero lo sucedido es demasiado importante.

Cuando me encuentro con mis tías nos fundimos en un emotivo abrazo. Me dicen que no me van a dejar irme más. Saludo a los padres de Paul. Hasta esta mañana tampoco les hemos avisado de nuestra llegada. De esta forma hemos mantenido la sorpresa hasta el final. Llegan mis primos con sus parejas y el hermano de Paul con la suya. Nos sentamos alrededor de la mesa del porche. La he decorado como hacia mamá. Mis tías me felicitan, sus miradas demuestran orgullo. Uno de mis primos me pregunta por lo que he vivido. Acaba de empezar ingeniería informática en Oxford. Enseño el manuscrito. Paul me mira de reojo. No está enfadado, sonríe, sus ojos me dicen, ‹‹lo que me has ocultado››. Les resumo lo ocurrido en el ascensor espacial, lo que sentí cuando nos quedamos colgados en medio del universo. Mis primeros días en la SS50, la gravedad artificial, el hotel majestuoso, los otros edificios.

—¿Qué harías si volvieses a empezar? —pregunta mi primo— ¿Volverías a participar en el proyecto del ascensor y subir a la estación espacial?

Me quedo en silencio y acarició las manos de Paul. La noche es clara, la luna enorme, redonda. Miro hacia esa infinita oscuridad que tanto me asustaba. Me vienen a la cabeza las palabras que dijo Paul durante nuestro primer encuentro:

“En la vida, Caitlin, hay que tener experiencias. Si no, ¿de dónde surge el

conocimiento?”.

—Sin duda —respondo y mi familia me aplaude. Están orgullosos de mí, del valor de haber participado en un proyecto de semejantes dimensiones.

Miro a Paul a los ojos. Un amor inmensamente grande emana de ellos. Me mira y me sonríe. El día que nos encontramos me salvó la vida. Entró valiente dentro de esa marea oscura y tenebrosa que me arrastraba y tiró con fuerza de mí hasta llevarme a la orilla. Desde entonces, me siento a salvo.